



# UN VERANO DIFERENTE

Manuel Navarro Seva

**Un verano diferente**

**Manuel Navarro Seva**

Título: Un verano diferente

Autor: Manuel Navarro Seva

Editor: Manuel Navarro Seva

Diseño de portada: David Sicilia

Primera edición: junio de 2018

© Manuel Navarro Seva, 2018

Rights Info: Safe Creative 1806087334927

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra a través de cualquier forma o medio sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y la trama que se describen en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es casual.

A Claudia y Marco

«Eran las ocho de la tarde cuando llegó a San Petersburgo. La difuminada luz se mantendría en las calles, cobrando una progresiva palidez, hasta medianoche, en que daría comienzo la eléctrica luminosidad de la Noche Blanca».

*Rusos*

Edward Rutherford

# Índice

## Índice

### Introducción

### Capítulo 1. Amigas inseparables

### Capítulo 2. La partida de los jueves

### Capítulo 3. El maletín negro

### Capítulo 4. Una villa en La Zenia

### Capítulo 5. El viaje a España

### Capítulo 6. El mercadillo de los hippies

### Capítulo 7. Mi hija ha desaparecido

### Capítulo 8. En busca de Vika

### Capítulo 9. Quién es Vladimir

### Capítulo 10. Una llamada desde un número oculto

### Capítulo 11. En la Torre del Moro

### Capítulo 12. El expolicía

### Capítulo 13. Vika puede estar en esa casa

### Capítulo 14. Un grave dilema

### Capítulo 15. El osito de peluche

### Capítulo 16. Día de compras

### Capítulo 17. Un ataque de asma

### Capítulo 18. Un paseo por la urbanización

### Capítulo 19. El vestido de Vika

[Capítulo 20. El intercambio](#)

[Capítulo 21. Una segunda oportunidad](#)

[Capítulo 22. Nueva llamada](#)

[Capítulo 23. Me llamo Sergei](#)

[Capítulo 24. El dinero del rescate](#)

[Capítulo 25. La despedida de Yelena](#)

[Capítulo 26. Los pantalones vaqueros](#)

[Capítulo 27. El resultado de las pruebas](#)

[Capítulo 28. La deuda](#)

[Capítulo 29. Una interesante oferta](#)

[Capítulo 30. Una visita al museo Hermitage](#)

[Capítulo 31. Confiar en la policía](#)

[Capítulo 32. Luna llena](#)

[Capítulo 33. Por qué](#)

[Capítulo 34. Iré a recogerte al aeropuerto](#)

[Capítulo 35. Regreso a San Petersburgo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

## **Introducción**

Alexander y Olga, un matrimonio ruso de San Petersburgo, se disponen a disfrutar de sus vacaciones de verano, con sus dos hijos y una amiga de la hija, en una villa de lujo situada en La Zenia, pequeña localidad de la costa alicantina, junto a la playa y a pocos km de Torrevieja.

Alexander es un empresario de éxito. Dirige una empresa de importación y distribución de productos españoles de alimentación y bebidas, en especial vinos.

Olga, bailarina del Mariinski, dejó su carrera temporalmente al nacer Dima, su primer hijo, con la intención de volver al ballet, pero dos años más tarde tuvo a Vika y decidió dejar de bailar y quedarse en casa al cuidado de su familia.

Este es el quinto verano consecutivo que van a pasar sus vacaciones en España. Vika está muy contenta de volver y llevar consigo, por primera vez, a su amiga Yelena, una compañera de colegio de diez años como ella. Sin embargo, este verano será muy diferente a los anteriores. Ocurrirá un hecho extraordinario que cambiará las vidas de toda la familia.

Unos días después de llegar a España, Vika desaparece en un mercadillo del centro de Torrevieja. Sus padres tratan de encontrarla sin éxito y al fin acuden a la policía española que inicia de inmediato la búsqueda de la menor.

Pasados unos días, al no haber hallado rastro alguno de la niña, Alexander le pide a Yuri, un expolicía ruso que trabaja para él como guardaespaldas y chófer, que lo ayude a encontrarla.

## **Capítulo 1 . Amigas inseparables**

Aquel día, jueves 25 de mayo de 2017, Vika invitó a Yelena a su casa al término de las clases en el colegio. Era su mejor amiga y sin embargo, o quizás debido a ello, a menudo discutían y dejaban de hablarse durante una mañana o a lo largo de todo el día, pero a la mañana siguiente se buscaban y volvían a jugar en el tiempo libre, del mismo modo que la mayoría de las niñas de diez años, y no necesitaban siquiera pedirse disculpas. Alguna que otra tarde era Vika quien acompañaba a Yelena a jugar en su casa.

Los padres de ambas niñas eran buenos amigos desde antes de que ellas nacieran con una diferencia de cuatro días.

Esa tarde Yuri, el chófer, fue a recoger a los niños al colegio, como era habitual, y los llevó a los tres hasta la casa en el BMW de color negro propiedad de su jefe. Las niñas, sentadas detrás, iban riéndose y charlando animadamente, mientras que Dima, apoltronado en el asiento del acompañante con los auriculares en las orejas, oía la música que emitía su teléfono móvil —había conseguido que su padre cediera al fin a sus pretensiones y súplicas y le comprara uno el día de su duodécimo cumpleaños—, y al escuchar la música movía ligeramente la cabeza adelante y atrás. Yuri, como siempre, guardaba silencio, atento a la calzada, sorteando como podía el intenso tráfico de la hora punta de San Petersburgo que lo obligaba a detenerse con frecuencia y esperar a que los coches se movieran al abrirse los semáforos. No tenía prisa, pero constantemente intentaba buscar atajos que le permitieran llegar antes, aunque no siempre lo conseguía.

Al entrar en la residencia familiar, Vika y su hermano fueron en busca de su madre, que se hallaba leyendo en el salón sentada en un cómodo sillón. Yelena los siguió. Olga cerró el libro, lo dejó sobre la mesa de centro, se levantó y le dio un beso a cada uno de los niños. A continuación le dedicó

una sonrisa especial de bienvenida a Yelena y le preguntó por sus padres.

—Están bien, gracias —dijo la niña—. Les mandan recuerdos.

—¿Habéis tenido un buen día en el colegio?

—Sí —respondieron los tres al unísono.

—¿Tenéis deberes que hacer?

—Sí, mamá —contestó Dima.

—¿Y vosotras?

—También, pero hoy tenemos muy pocos.

—Venid a la cocina y os preparo la merienda, luego os vais a vuestro cuarto a realizar las tareas de clase.

Después de pasar por sus habitaciones y dejar las mochilas, los tres niños se sentaron a la mesa de la cocina. Olga les sirvió un buen vaso de leche y un plato de *ponchiks*<sup>[1]</sup> rellenos de crema de chocolate y avellanas que ella misma había preparado poco antes de sentarse a leer.

Al terminar de merendar, las dos niñas se dirigieron a toda prisa a la habitación de Vika, en tanto que Dima se metió en la suya. Olga les dijo que la llamaran si necesitaban ayuda con los trabajos de clase, y volvió al salón a continuar con la lectura.

—¿Hacemos los deberes primero o jugamos a algo? —dijo Vika.

—Primero jugamos y luego hacemos los deberes.

—¿A qué te apetece jugar?

—Bueno, si quieres podemos jugar un rato al P'yanitsa<sup>[2]</sup> — propuso Yelena.

—Vale. Buena idea. Espera un momento, ahora vuelvo —dijo Vika y salió corriendo de la habitación en busca de la baraja, que estaba guardada en un cajón de la estantería del salón.

Olga levantó la vista del libro y le preguntó si necesitaba algo. Vika le mostró la baraja y regresó a su cuarto, donde Yelena la esperaba jugando con una muñeca. Vika se sentó en el suelo de moqueta azul con las piernas cruzadas. Su amiga la imitó y se colocó frente a ella. Vika sacó el mazo de cartas, separó las que no eran necesarias para el juego y las guardó dentro de la cajita. Después de barajarlas, comenzó a repartir las treinta y dos cartas válidas restantes, es decir, del seis al nueve de cada palo más los ases y las figuras. Una vez que cada una dispuso de sus dieciséis cartas, comenzaron a jugar.

Vika fue la primera en llevarse todas las cartas y, por tanto, en ganar la partida; la siguiente mano la ganó Yelena, y siguieron jugando un buen rato hasta que se cansaron del juego. A continuación se sentaron a la mesa para hacer los deberes. En eso, Dima entró en la habitación, pues ya había terminado de hacer los suyos, y les dijo que se iba a ver la televisión. Ellas ni siquiera le hicieron un gesto y se marchó, cerrando la puerta tras él, pensando que eran unas niñas tontas y maleducadas.

Las dos amigas permanecieron en el cuarto, deseando terminar cuanto antes sus tareas del colegio para reunirse con Dima a ver la televisión.

De pronto Vika dejó el bolígrafo sobre la mesa, miró a su amiga y le dijo:

—Me gustaría que te vinieras con nosotros a España este verano.

—¿A España contigo?

—¿Por qué no? Lo pasaríamos muy bien.

—No, si me gustaría mucho. Prefiero estar contigo que irme al

campamento de verano. Además, nunca he estado en España. ¿Cómo es?

—Es un país muy bonito. Hace calor y el mar es muy azul. Te puedes bañar todos los días.

—¿Tan azul como aquí cuando no está nublado?

—Mucho más. Y en verano no llueve nunca. Bueno, recuerdo que una vez, al final del verano, hubo una tormenta de truenos y relámpagos, y llovió mucho durante una o dos horas. Se inundaron las calles de la urbanización y el agua bajaba hasta la arena de la playa como si fuera un río, y la ensuciaba de papeles y colillas. La arena quedó hecha un asco hasta que vinieron al día siguiente a limpiarla, como hacen cada día.

—¿A tus padres no les importará que vaya con vosotros? —dijo Yelena.

—No lo sé, se lo preguntaré a mamá. ¿Y a ti te dejarían venir?

—No creo que me dejen. Si tu madre llamara a la mía y la convenciera..., quizá podría acompañarte. Sería genial.

En eso, Anna, la madre de Yelena, llegó en su coche a casa de Vika. Llamó al timbre de la puerta de entrada y Olga salió a recibirla.

—¿Qué tal se han portado las niñas? —preguntó después de saludarla con un beso en las mejilla.

—Muy bien. Son ya unas jovencitas muy responsables.

—Sí, se les nota la edad —dijo Anna y después miró su reloj de pulsera—. Se me ha hecho un poco tarde. Aún tiene que bañarse. Si te parece bien mañana que se venga Vika a nuestra casa. Yo las recojo en el colegio.

—Mañana no puede ser. Es viernes y Vika tiene clase de ballet en la academia. Tal vez pueda ir el próximo lunes, si te viene bien.

—De acuerdo. Entonces, hasta el lunes. Nos llamamos antes para confirmarlo, ¿de acuerdo?

—Muy bien, nos llamamos.

Poco después de marcharse Yelena con su madre, sonó el timbre del teléfono fijo. Era la voz de Alexander S.

—Hola.

—Hola, Sasha —así es como Olga llamaba siempre a su marido—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Olga, no me esperes despierta. Recuerda que hoy tengo partida de póquer con los amigos. No sé a qué hora volveré. ¿Qué tal están los niños?

—Bien. Están muy bien. Hoy Vika ha pasado la tarde en casa con su amiga Yelena, que acaba de marcharse con Anna.

—Ah, conforme. Dales un beso de mi parte a los niños.

—Que tengas suerte con las cartas.

Olga colgó el teléfono y permaneció unos instantes pensando en su marido. No era la primera vez que Alexander la llamaba a última hora de la tarde para decirle que no lo esperara despierta. Unas veces era por la partida de cartas de los jueves, eso ya lo sabía, y otras por alguna reunión o cena de trabajo con clientes.

A veces se sentía muy sola.

Esa noche Vika no se atrevió a pedirle a su madre que accediera a que su amiga pudiera acompañarlos a España. Notó en su semblante que algo la preocupaba, que algo no iba bien.

—Mamá, ¿qué te ocurre?

—Nada, hija. ¿Por qué lo dices?

—Te veo triste. Dame un beso.

—Estoy bien. Buenas noches, tesoro —dijo acariciando el cabello de su hija y besándola—. Que descanses bien.

A continuación la arropó con el edredón, pues las noches aún eran frías en San Petersburgo. Al salir dejó la puerta entreabierta, como le gustaba a Vika, y se dirigió al cuarto de Dima a darle también las buenas noches.

Olga se retiró a su alcoba. Se desvistió, se puso el camisón, se aseó en el cuarto de baño y se dispuso a leer sentada en la cama, apoyada la espalda en un cojín mullido de plumas. Era una adicta a la lectura, en especial a la novela romántica, aunque leía casi de todo.

Entretanto Vika pensó en cómo decirle a su madre que permitiera a su amiga Yelena acompañarlos a España, y se preguntó cuándo sería el momento oportuno de pedirselo. Tenía mucha ilusión por mostrarle el lugar donde pasaba sus vacaciones de verano, la bonita playa de arena dorada, su casa junto al mar; quería que conociera a los amigos con quienes jugaba en la urbanización...

Se quedó dormida enseguida y tuvo un sueño. En el sueño se vio nadando mar adentro con su querida amiga, que intentaba mantenerse a flote. Yelena se hundía sacando y agitando los brazos, y movía la mano pidiendo su ayuda, pero ella era incapaz de alcanzarla por mucho que se esforzara, era como si alguien la retuviera. Se despertó sobresaltada, sudando, y se tranquilizó al comprobar que todo había sido un mal sueño. Se colocó de lado y se volvió a dormir.

Para Vika ir a España y pasar el verano junto al mar era fantástico, y pensar en lo poco que faltaba para el viaje la hacía muy feliz. Esperaba

ansiosa que llegara el final de curso y partir con su familia hacia la costa española, y deseaba que su amiga pudiera acompañarla. Con todo, ignoraba que ese año las vacaciones iban a ser muy diferentes a las que había disfrutado en años anteriores.

## **Capítulo 2 . La partida de los jueves**

Después de recoger a los niños del colegio y dejarlos en casa de Alexander y Olga, Yuri se dirigió hacia el oeste, hasta las afueras de la ciudad. Aparcó junto a la puerta de entrada principal de la empresa y se dispuso a esperar a Alexander. Bajó del coche y encendió un cigarrillo. Lo fumó con avidez, como si fuera el primer cigarrillo del día, apoyada la espalda y uno de los pies en la pared. Poco después, apagó la colilla en la papelera y regresó al automóvil. Se acomodó en el asiento del conductor, introdujo un disco de música clásica en el reproductor del coche e inclinó ligeramente el asiento hacia atrás. Apoyó la cabeza, cerró los ojos y se dispuso a oír *Las cuatro estaciones*. Conocía de memoria cada nota de esta obra de Antonio Vivaldi y la tarareaba, movía ligeramente la cabeza a uno y otro lado, y con una mano hacía como si estuviera dirigiendo la orquesta.

Yuri era un hombre fornido, de hombros anchos, alto, medía un metro y ochenta y cuatro centímetros, tenía los ojos de color gris con una mezcla de verde, y el pelo entrecano y escaso. Contaba cincuenta y ocho años y llevaba cuatro al servicio de Alexander S. Era leal y silencioso. En el coche, cuando llevaba a su jefe o a Olga o a los niños, no abría la boca si no le preguntaban. Eso sí, era muy observador, se fijaba en todo, no se le escapaba ningún detalle, como buen policía que había sido.

No solo hacía de chófer para Alexander, sino también de guardaespaldas. Usaba una pistola corta, ultra plana, de empuñadura ergonómica, del calibre 9 mm, que mantenía normalmente oculta bajo la ropa, entre el cinturón del pantalón y la espalda.

Tan pronto como todos los empleados abandonaron las instalaciones de la empresa a las seis en punto de la tarde —diez minutos antes de la hora ya formaban una cola ante el reloj de fichar—, Yuri abrió las puertas del BMW

para ventilarlo y poco después se sentó al volante a esperar a su jefe, que ese día aún tardó algo más de una hora en salir por la puerta principal.

Al fin Alexander bajó los tres escalones que lo separaban del asfalto de la calle, levantó un momento la vista al cielo y caminó hasta el coche.

—Hola, Yuri. Parece que va a caer un buen chaparrón dentro de poco.

—Buenas tardes, jefe. Sí, puede que se ponga a llover de un momento a otro. Esa nube negra que viene desde el este trae mucha agua. ¿Le llevo a su casa?

—No, ¡es jueves! Hoy tengo partida de póquer. Pero antes, pásate por el restaurante italiano y tomamos algo de cena.

El día que había partida Alexander y Yuri cenaban juntos en un restaurante italiano situado en la avenida Nevsky. Un restaurante moderno, pero acogedor, en el que, desde las mesas, los comensales podían ver cómo los cocineros —que no eran italianos, sino rusos—, con la cabeza cubierta con un pañuelo estampado atado en la nuca y un delantal blanco, horneaban las pizzas, preparaban las distintas clases de salsas y cocían en los fogones la pasta. El sitio solía estar lleno de gente —en especial, de jóvenes parejas y algún que otro hombre solitario—.

—*Jarashó*<sup>[3]</sup> —dijo Yuri, para expresar que había entendido, y puso en marcha el vehículo dirigiéndolo hacia el centro de la ciudad.

—A ver cómo está el tráfico hoy —dijo Alexander mirando a través de los cristales de la ventanilla.

—Supongo que mal, jefe, como de costumbre.

—Paciencia —dijo Alexander y a continuación sacó el móvil e hizo una llamada.

Estuvo hablando unos minutos por teléfono.

Yuri aparcó el coche en la avenida Vladimirsky, perpendicular a la avenida Nevsky, y acompañó a Alexander al restaurante, situado a pocos metros del puente Anichkov<sup>[4]</sup>. Se sentaron a una mesa y tras echar un vistazo a la carta del restaurante, pidieron un plato de espaguetis a la marinera y una cerveza Baltika grande. Mientras esperaban que les sirvieran los espaguetis, Alexander volvió a usar su teléfono móvil. El camarero se acercó con las cervezas en una bandeja y las colocó sobre la mesa; unos minutos después les llevó los platos de pasta humeante que olían a frutos del mar y a ajo. Fuera estaba lloviendo y se había levantado un viento de tormenta de mil demonios que doblaba los paraguas de los transeúntes.

—Están deliciosos, ¿verdad?, Yuri.

—Sí, jefe. Están muy buenos.

—Vaya tormenta, fíjate cómo cae el agua.

—Pronto dejará de llover.

Una vez que hubieron terminado de cenar, Alexander pagó la cuenta, en metálico, y desde el restaurante caminaron hasta un piso situado en el malecón del río Fontanka. Yuri se quedó en la calle, encendió un cigarrillo y se lo fumó mirando el discurrir del agua oscura del río, apoyados los brazos en la barandilla de hierro. Cuando acabó, tiró la colilla al agua y observó cómo se la llevaba la corriente. Regresó a donde había aparcado el coche y se dispuso a esperar a su jefe sentado en el lugar del conductor. Incluyó el asiento e introdujo en el equipo reproductor el disco de la *Sinfonía Patética* de Chaikovski y se dispuso a escucharlo.

Alexander llamó desde el interfono de un edificio de cuatro plantas al piso donde se celebraba la partida de póquer. La puerta de entrada se abrió

con un clic, cruzó el patio interior y subió a la segunda planta donde se hallaba el apartamento, propiedad de un amigo y a la vez cliente, Anatoli K., dueño de una cadena de supermercados muy popular en Rusia. Saludó a Anatoli y a los tres jugadores que completaban la mesa. Ya habían comenzado la partida. Todos se conocían desde hacía tiempo, y se veían puntualmente una vez a la semana, normalmente los jueves. Se sirvió un gin tonic de una mesita auxiliar con bebidas, vasos y hielo, y ocupó su asiento en la mesa de juego, dejando el vaso a su derecha.

Dispuso una buena cantidad de billetes delante de él. Observó a los demás jugadores un buen rato, bebiendo a sorbos del vaso alargado. Cuando al fin se decidió a participar en la partida, pidió cartas. Ganó y perdió algunas rondas hasta que en un momento dado se jugó su resto con unas dobles parejas de ases y sietes, y no consiguió ganar. Pidió un préstamo a su amigo Anatoli y siguió jugando.

Esa noche perdió varias decenas de miles de rublos. En otras ocasiones había sido mucho peor. Alexander era un jugador empedernido que se dejaba llevar por la intuición, nunca usaba las estadísticas ni la razón y normalmente perdía.

## **Capítulo 3 . El maletín negro**

Era algo más de medianoche cuando Alexander miró su reloj y se despidió de los compañeros de juego. Se levantó de su asiento algo aturdido debido a las copas que había bebido y salió a la calle en busca de Yuri, que se había quedado dormido en el asiento del conductor. Lo despertó y, antes de decirle adónde iba, se acomodó en el coche, sacó el teléfono e hizo una nueva llamada.

El interlocutor le dijo que la entrega se efectuaría en el bar del hotel Astoria, como en otras ocasiones, a las doce y media.

Después de colgar, Alexander le ordenó a Yuri:

—Llévame a tomar una copa.

—¿Adónde, jefe?

—Al hotel Astoria.

—*Jarashó.*

Yuri arrancó y se adentró de nuevo en la avenida Nevsky. Había escaso tráfico a esas horas y muy poca gente caminando por las aceras anchas de la avenida más larga de San Petersburgo. La lluvia había cesado y el cielo estaba casi por completo estrellado. Yuri aparcó el coche en la calle Bolshaya Morskaya, muy cerca del hotel Astoria, y acompañó a su jefe caminando junto a él.

—¿Cómo le ha ido?

—Muy mal —replicó Alexander.

Entraron en el bar del hotel y se sentaron en sendos taburetes de la barra.

—¿Qué quieres tomar? —dijo Alexander.

—Un vodka.

Alexander pidió dos vodkas al camarero. Al fondo de la barra había una mujer sola, sentada con las piernas cruzadas en un taburete, la falda le llegaba a medio muslo. Con los dedos tamborileaba en la madera de la barra, como si estuviera haciendo tiempo. Reparó en los dos hombres y mantuvo la vista en ellos.

—Esa parece que está buscando un cliente —dijo Alexander mirando hacia el lugar que ocupaba la mujer.

—Eso parece, jefe. Es muy guapa.

—Ya lo creo.

Alexander llamó al camarero y pidió otro vodka. Le dijo que le ofreciera en su nombre a la mujer de la esquina de la barra lo que ella quisiera tomar. Yuri se había negado a beber más con la excusa de que tenía que conducir, no era muy dado a la bebida. En eso entró al local un hombre alto y fuerte, vestido con traje negro, camisa también negra, sin corbata; se aproximó a la mujer y le dio un beso suave en la boca. Permaneció de pie, pidió algo de beber y apoyó los codos en la barra. El hombre y la mujer entablaron una conversación y, en cuanto terminaron sus bebidas, el hombre pagó la cuenta y ambos se encaminaron hacia la salida del bar. La mujer le susurró algo al oído cuando pasaron junto a Alexander y Yuri, y el hombre los miró con una sonrisa mordaz.

Yuri y Alexander los siguieron con la vista hasta que desaparecieron por la puerta.

Alexander consultó de nuevo su reloj, sacó el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta e hizo una nueva llamada.

—¿Qué ha pasado? Llevo esperando más de media hora —dijo en un

tono que reflejaba su enfado.

—Lo siento, he tenido que ir a otro lugar. Vuelvo al club y enseguida voy a reunirme con usted.

—No, no vengas, espérame en el club. Iré yo a recogerlo. ¿Sabes si está Vladimir en su despacho?

—No está. Ha salido y no creo que vuelva esta noche.

—Conforme. Si lo ves dile que necesito hablar con él. He estado llamándolo y no me contesta ni me devuelve las llamadas.

Alexander colgó el teléfono, lo guardó, miró a Yuri con cara de pocos amigos y le ordenó:

—Llévame al *Golden girls*.

Al llegar al club, Alexander volvió a telefonar sin bajarse del coche. Estaba cansado y deseaba acabar cuanto antes para irse a casa a dormir. Unos minutos después el hombre con el que había hablado, un tipo de cabeza afeitada, salió del local y le entregó un maletín negro de polipiel. Alexander lo abrió, comprobó su contenido y asintió con la cabeza. Se despidió del hombre y le dijo a Yuri:

—Llévame a casa.

—*Jarashó*.

Yuri lo condujo a la isla Vasilievsky, cruzando el Puente del Palacio sobre el río Neva.

Alexander vivía en un lujoso piso de cuatrocientos metros cuadrados en la zona sureste de la isla, no muy lejos de la Universidad de San Petersburgo, una zona en la que podían hallarse pisos de lujo, muy caros, y a poca distancia, viviendas viejas que amenazaban con derrumbarse en cualquier

momento.

Una vez que hubo dejado a su jefe, Yuri se marchó a su casa en el BMW. Aparcó en las proximidades de su bloque y se dirigió hacia su vivienda, un piso situado en la calle Sadovaya, muy cerca de la plaza Sennaya<sup>[5]</sup>, a orillas del canal Griboyedov. Encontró a Natasha viendo un programa de la televisión. Esta miró el reloj y le dijo:

—Es tarde. ¿Qué tal te ha ido el día?

—Bien. Un poco aburrido.

—¿Te preparo algo de cena?

—No. Ya he cenado con mi jefe.

Yuri se inclinó para besarla y a continuación se sentó a su lado en el diván. Apoyó la cabeza en el respaldo y segundos después se quedó dormido. Natasha le cogió una mano y sonrió al oírlo respirar plácidamente. Lo dejó dormir hasta que terminó la película que estaba viendo. Lo despertó y ambos se fueron a la cama.

Natasha regentaba una pequeña tienda de regalos en los almacenes Gostiny Dvor, en pleno centro de San Petersburgo. El negocio lo había heredado de sus padres. Después de morir el padre, su madre continuó llevándolo hasta que se jubiló y se lo cedió a su hija. Natasha llevaba unos años vendiendo matrioskas, bandejas de latón, cajitas lacadas, muñecas ataviadas a la manera rusa y otros productos para los turistas. Tenía cincuenta y dos años, pero cuidaba su dieta y aún mantenía un cuerpo envidiable. Era una mujer muy atractiva. El negocio no iba muy bien, en especial en invierno, así que más de una vez había pensado en traspasarlo. Tenía una ilusión: pasar el largo invierno ruso en la costa mediterránea española. Yuri compartía con ella esta idea, pero para hacerla realidad necesitaban dinero, no

eran precisamente ricos.

Llevaban diez años casados. Yuri se había divorciado de su primera mujer y dos años después conoció a Natasha precisamente durante unas vacaciones, en un viaje de siete días a una ciudad muy conocida de la Costa Brava española. Los dos se enamoraron durante aquel viaje y también de aquella ciudad del Mediterráneo.

Alexander abrió la puerta blindada de la entrada de su casa y lo primero que hizo fue ir a ver cómo estaban sus hijos. Los dos dormían a gusto en sus habitaciones. Le dio un beso a cada uno y se dirigió a su despacho, donde, después de contar el dinero que contenía el maletín, lo depositó en la caja fuerte y dejó el portafolio vacío en el suelo, junto al escritorio. Sacó un cuaderno y anotó en él la cantidad total que había recibido esa noche, quién se la había entregado y cuánto le correspondía a él. Era una simple tarea de contabilidad. Comprobó que la pistola seguía en su sitio. La sacó y la empuñó un momento pensando que ojalá nunca tuviera la necesidad de usarla. La devolvió a la caja de seguridad junto con el cuaderno y la cerró.

A continuación fue a ver si su esposa se había dormido. Olga aún estaba despierta, leyendo en la cama. Cerró el libro y le preguntó:

—¿Qué tal la partida de póquer?

—No muy bien, como de costumbre, no sé por qué tengo tan mala suerte —dijo Alexander inclinándose para besarla, y luego añadió—: Estoy muy cansado. He tenido un día horrible.

—Yo también estoy cansada. ¿Qué hora es?

—Poco más de la una y media —dijo y después comenzó a desnudarse.

—Alex, que descanses bien.

Olga dejó el libro, apagó la lámpara de la mesilla de noche y se acomodó sobre su lado derecho. Alexander se dirigió al cuarto de baño. Se aseó y poco después se acostó junto a su esposa que ni siquiera se movió. Él la observó durante unos segundos y después se acercó a ella, sin llegar a tocarla, colocó la nariz junto a su cabello, inspiró profundamente y se colmó de su olor inconfundible, el aroma natural de su mujer que tanto le gustaba. Se giró sobre su lado izquierdo y tardó en quedarse dormido pensando en el problema del dinero que debía, una deuda que iba en aumento. Estuvo haciendo cuentas mentalmente, y preguntándose cómo y cuándo podría saldarla.

## **Capítulo 4 . Una villa en La Zenia**

A las ocho y cuarto de la mañana del viernes 26 de mayo Yuri se encontraba esperando a su jefe en el coche, delante del portal de la casa de la isla Vasilievsky. Alexander salió un cuarto de hora después. Llevaba en la mano el maletín negro que contenía una parte del dinero recibido de uno de los empleados de Vladimir la noche anterior, en billetes de mil, dos mil y cinco mil rublos. La otra parte, la que le correspondía a él, la había dejado guardada en la caja fuerte del despacho de su residencia.

Ambos se dirigieron al banco donde Alexander ingresó el dinero del maletín en la cuenta de la empresa.

Desde el banco Yuri condujo a su jefe hasta las dependencias de la compañía, a las afueras de la ciudad. Después de dejarlo en la puerta de las oficinas se marchó a desayunar a una cafetería de la zona. Leyó el periódico sin prisa y a continuación regresó. Aparcó el coche en el lugar de costumbre, enfrente de la puerta principal de la empresa. Se acomodó en el asiento del conductor, puso un disco de una recopilación de arias famosas de distintas óperas cantadas por María Callas, bajó el volumen del reproductor y abrió la novela que estaba leyendo, en inglés. Yuri tenía una extraordinaria facilidad para los idiomas. Además del inglés, hablaba español y alemán con bastante fluidez.

Entretanto Alexander había llamado a su despacho al director financiero y le entregó el recibo del ingreso que acababa de efectuar en el banco a nombre de la empresa.

Olga se levantó de la cama poco después de que lo hiciera Alexander. Se duchó y, después de secarse, se observó desnuda en el espejo. Se palpó los pechos por si encontraba algún bulto sospechoso y recordó con nostalgia

aquel cuerpo joven y esbelto, de piernas largas, que poseía cuando bailaba en la compañía del Mariinski. Pasó la yema del índice por la cicatriz horizontal, que apenas se le notaba en la parte baja del vientre. A continuación se sentó en una banqueta y se aplicó crema hidratante en las piernas y en los pies, unos pies doloridos, debido a los juanetes prematuros y los dedos ligeramente deformados por el apoyo y esfuerzo continuados de bailarina. Secó su pelo con el secador, salió del cuarto de baño, consultó su reloj y se vistió rápidamente.

Despertó a los niños y preparó el desayuno.

Cuando hubieron terminado de desayunar, Olga los llevó en su coche — un Renault Laguna verde metalizado del 2015— al colegio. Conducía ensimismada, pensando en qué haría el resto del día, aparte de dedicarse a leer. Los niños iban en el asiento de atrás, en silencio, todavía con sueño, mirando a través de las ventanillas.

Vika le preguntó súbitamente:

—Mamá, ¿cuándo nos vamos a España de vacaciones?

—Tan pronto como acabéis el curso. Probablemente nos iremos a finales de la primera semana de junio, tengo que confirmarlo con papá.

—Me gustaría que Yelena viniera con nosotros.

Olga no contestó. Quería razonar la respuesta que iba a darle a su hija y hablarlo con su esposo.

—Mamá, ¿me has oído?

—Sí, Vika, te he oído.

—¿Y?

—No creo que sea una buena idea. ¿Y si le ocurriera algo? —dijo sin

dejar de mirar la calzada.

—¿Qué podría ocurrirle? Quiero que venga con nosotros.

—Es mucha responsabilidad para mí. No obstante, déjame que lo piense y lo hable con tu padre.

—Mamá, di que sí, por favor, por favor.

—A mí no me parece bien que te lleves a tu amiga a la playa —dijo Dima mirando de reojo a su hermana y con cara ceñuda—. Menudo rollo.

—Y a ti qué más te da. ¡No te metas en esto, Dima! ¡Ocúpate de tus cosas! —dijo la niña protestando y mirando desafiante a su hermano.

—A mí no me grites, niñaata.

—Niñato serás tú.

—Por favor, dejad de discutir. Estamos llegando al colegio. Tened preparadas vuestras mochilas.

Olga pisó el freno con suavidad y los niños descendieron del coche y corrieron hacia la puerta principal del colegio. Esperó a que entraran con los demás. Acto seguido se marchó.

Mientras conducía el coche de regreso a su casa evocó el día en que su madre la llevó por primera vez a la academia de baile. La profesora la observó de arriba abajo y la hizo caminar, girar sobre sí misma, elevar los brazos. Tenía tan solo seis años. Era una niña preciosa, se fijaba en todo con interés y aprendía deprisa. En tan solo unos meses se adaptó perfectamente a las clases. Fue una alumna sobresaliente.

Con diez años Olga consiguió superar la audición para conseguir una plaza de estudiante en la Academia Vaganova de Ballet<sup>[6]</sup> y la admitieron.

Desde ese momento, su vida cambió. El ballet se convirtió en su verdadera y principal afición. Su máximo anhelo era que su nombre figurara en los programas junto a sus estrellas favoritas del ballet clásico. La danza exigía un trabajo arduo al que se dedicaba en cuerpo y alma, después de atender sus clases en el colegio. Era bastante duro, pero ella tenía mucho amor propio y estaba decidida a ser bailarina. Al terminar los estudios obligatorios, con dieciséis años, ingresó en el ballet del Mariinski.

Dejó de bailar cuando Dima, su primer hijo, se desarrollaba en su vientre. Pensó que más tarde, cuando el niño naciera y ella se recuperara del parto, volvería a bailar, pero no lo hizo. Decidió dejarlo temporalmente, pues quería dedicarse a cuidar de su hijo. Así que consideró la idea que tenía en mente desde hacía mucho: abrir su propia escuela de baile cuando no pudiera bailar más, pero dos años después llegó Vika y de nuevo aplazó el proyecto sin fijarse un plazo.

Esa noche estaban en la cama cuando Olga le preguntó a Alexander qué día se marcharían a España.

—Yo había pensado que al final de la primera semana de junio, como el año pasado. Podría ser el sábado día 3. Puedo tomarme libre toda la semana siguiente, pasar esos días con vosotros y volver a San Petersburgo el domingo, el lunes tengo una reunión muy importante y no puedo faltar. ¿Te parece bien?

—Por mí está bien. Los niños ya están deseando que nos vayamos de vacaciones.

Dicho esto, Olga abrió el libro y se dispuso a leer un rato. De repente recordó lo que le había pedido su hija y dijo:

—Sasha, Vika quiere que nos llevemos a su amiga Yelena. ¿Qué te

parece a ti?

—Me parece bien. ¿Sus padres la dejan venir con nosotros?

—No lo sé. Todavía no lo he hablado con Anna. Quería conocer antes tu opinión. A mí me da un poco de miedo, la verdad, por si le pasara algo.

—¿Qué podría pasarle? Si a Vika le apetece llevarse a su amiga, no veo ningún inconveniente. Podría quedarse esa semana con nosotros y volver conmigo a San Petersburgo el domingo.

—Entonces, hablaré con su madre y se lo propondré.

—Conforme.

Los padres de Yelena, a pesar de sus reticencias y miedos, aceptaron, mirando el lado positivo de la invitación: era una excelente oportunidad para su hija de conocer España.

Días después Alexander le pidió a su secretaria que reservara los billetes de avión desde el aeropuerto de Pulkovo hasta El Altet, así como que alquilara un coche con conductor para el traslado desde el aeropuerto de Alicante hasta La Zenia<sup>[7]</sup>, lugar donde poseían una villa de lujo, una villa de algo más de trescientos metros cuadrados construidos y mil metros cuadrados de parcela; dos plantas y terraza solárium de ochenta metros cuadrados, cinco habitaciones, tres baños, una amplia cocina; piscina y jardín con una parcela de césped y otra zona embaldosada, cuatro palmeras canarias, y varias clases de árboles mediterráneos, como dos naranjos, un limonero, un olivo, un pino, un laurel y un galán de noche. La villa se hallaba en una urbanización situada a menos de cien metros de la playa. Hacía cinco años que la habían comprado, a un buen precio, y desde entonces pasaban en ella cada verano.

Este sería el quinto verano.

Unos días antes de emprender el viaje, Olga llamó a María —la asistente española que mantenía la villa limpia y ventilada durante todo el invierno, y cuyo esposo, Juan, se ocupaba del jardín cuando se necesitaba cortar el césped o los hibiscos de diferentes colores que cubrían la tapia que separaba la casa de la calle, o podar el arbolado, o arreglar alguno de los aspersores de riego—. La llamó para avisarla de la fecha de su llegada con la familia, y asegurarse de que podía ayudarla en la casa durante el verano, así como encargarle que hiciera una limpieza general a fondo. Olga era capaz de hablar un poco el español. No conseguía entender todo lo que le decían en este idioma, pero sí lo suficiente si le hablaban despacio.

María y Juan habían trabajado antes para unos amigos de Olga y Alexander —que habían vivido en la urbanización antes de que los padres de Vika les compraran su chalet, y habían dejado de ir en verano—. Fueron estos amigos, rusos como ellos, quienes se los habían recomendado.

Eran personas sencillas y solícitas que prestaban sus servicios por horas a un precio razonable. Ella, en el periodo de verano, solía ir a la villa por la mañana, tres veces por semana, pues tenía muchas residencias que atender. Aseaba la casa, lavaba la ropa, planchaba y, en ocasiones, hacía la compra semanal para la familia. Juan, iba de cuando en cuando, si lo llamaban o si comprendía que en el jardín hacía falta realizar alguna tarea.

A María le gustaban los niños —perdió una niña de ocho años y luego no pudo tener más hijos—. Les había tomado cariño a los dos hijos de Olga, en especial, a Vika. Le encantaba peinarla y hacerle unas bonitas trenzas, y le hablaba despacio y en voz alta para que la entendiera y aprendiera el español. Vika era una niña preciosa, despierta, que aprendía deprisa, poseía una memoria excepcional y le gustaba que María la peinara y le contara historias

y cuentos españoles.

Juan se había dedicado toda la vida a la agricultura. Poseía una finca de varias tahúllas de tierra fértil, de regadío, en la que cultivaba hortalizas como, por ejemplo, alcachofas, pimientos y ñoras; y también tenía un huerto de limones y naranjas en el término municipal de Rojales<sup>[8]</sup>.

La pareja vivía en la finca, en una casa propia. Una casa modesta, pero espaciosa, con cuatro habitaciones en la planta baja, dos a cada lado del pasillo, cocina, comedor y cuarto de baño moderno; y una segunda planta, que usaban en parte como trastero, en el que guardaban algunos muebles viejos y toda clase de enseres inservibles, y disponía asimismo de dos habitaciones, una de ellas con baño incorporado, que se habían hecho construir por si alguna vez la necesitaban; de hecho la hermana de Juan y su marido, más sus tres hijos, dos chicos y una chica, ya mocitos, de vez en cuando, en fiestas o por las navidades, pasaban a visitarlos y se quedaban varios días con ellos.

Juan y María eran dos personas muy distintas entre sí. Olga no entendía cómo habían llegado a congeniar y a casarse. María siempre iba muy arreglada y era una mujer muy enérgica en sus gestos y muy trabajadora y activa. Por el contrario, Juan era un desastre, un hombre desaliñado, estaba grueso, tenía una barriga enorme, y caminaba como si estuviera cansado siempre. Un buen hombre que conocía su oficio de labrador y quería a su mujer a su manera, cediendo en todo lo que ella deseaba, sin oponer ninguna queja.

## **Capítulo 5 . El viaje a España**

El día elegido para el viaje a España fue el sábado 3 de junio. Yuri los llevó al aeropuerto Pulkovo con tiempo suficiente para realizar la facturación del equipaje y obtener la tarjeta de embarque, mientras que a Yelena la acompañaron sus padres en su coche. Se encontraron todos en el mostrador de facturación y se saludaron unos a otros.

Los padres de Yelena se despidieron de ella con lágrimas en los ojos y un sinfín de recomendaciones.

—Pórtate bien, hija, y no hagas locuras.

—Sí, mamá. No te preocupes, estaré bien.

—En la maleta llevas la medicación. No dejes de tomarla cada día.

—Sí, mamá.

—El inhalador va en la mochila, por si lo necesitas. Tan pronto notes los síntomas, ya sabes qué debes hacer.

—Mamá, lo sé, todo irá bien.

Antes de pasar el control de equipajes se despidieron de nuevo de los padres de Yelena, se pusieron en la cola, dejaron los bolsos de mano en la cinta transportadora y ellos pasaron por el arco detector de metales. A continuación se dirigieron hacia la puerta de embarque y esperaron hasta que la azafata dio la orden de entrar en el avión. Los tres niños se sentaron juntos mientras que Olga y Alexander lo hicieron en la fila contigua.

Salieron algo más tarde de las diez de la noche en un vuelo directo hasta el aeropuerto El Altet de Alicante, un vuelo que duró poco más de cinco horas.

Los tres niños fueron durmiendo una buena parte del trayecto, aunque

cuando estaban despiertos se levantaban a menudo para usar el cuarto de baño o simplemente porque no podían permanecer quietos. Para Yelena la experiencia de visitar un país extranjero por primera vez, más todo cuanto le había contado su amiga sobre el lugar donde iban a pasar sus vacaciones la inquietaba y al mismo tiempo la entusiasmaba.

Al llegar a El Altet un chófer los esperaba en la terminal de llegadas con un letrero entre las manos en el que figuraba el nombre Alexander S., en letras grandes. El conductor los llevó hasta la salida y fue a buscar el monovolumen de ocho plazas al aparcamiento donde lo había estacionado. Lo acercó hasta la terminal y cargó el equipaje de la familia mientras todos ellos se acomodaban dentro del vehículo.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chófer.

—A La Zenia. Yo *indicar* a usted el camino a mi casa cuando *llegar* a urbanización —dijo Alexander en español.

No dominaba este idioma, pero lo hablaba y lo entendía razonablemente bien, mucho mejor que Olga. Alexander lo había estudiado y lo practicaba en sus frecuentes viajes de negocios a España a causa de su trabajo de importación de vinos a granel y embotellados. Compraba, además del vino, otros productos de alimentación, tales como jamones ibéricos, embutidos, quesos y conservas, que luego distribuía en toda la Federación Rusa, principalmente en Moscú, San Petersburgo y otras grandes ciudades, donde el consumo per cápita de vino había aumentado en los últimos tiempos a casi ocho litros al año, y apuntaba a una ligera tendencia al alza. España es, junto con Francia e Italia, uno de los principales proveedores europeos de este producto en Rusia.

Yuri, desde que trabajaba para Alexander, solía acompañarlo en sus viajes a España, siempre que se lo pedía su jefe, debido a que hablaba un

español fluido y, además, para ocuparse de su seguridad.

El conductor del taxi se puso en marcha en cuanto todos se hubieron acomodado en el coche. Durante el trayecto los niños volvieron a dormirse un rato.

Cuando llegaron al chalet, encontraron en la mesa de la cocina una tortilla de patatas que María les había preparado, y en el frigorífico algunos productos de alimentación que había comprado tales como pan, leche, café, algo de fruta, mantequilla, mermelada y madalenas.

El chófer se marchó después de descargar las maletas, dejarlas en el suelo, junto al porche, y cobrar la carrera.

Los niños se encontraban cansados del viaje, que había sido bastante largo y tedioso para ellos, pero aun así, Vika y Dima quisieron mostrarle la casa a Yelena: el salón, la cocina, la habitación de Vika, donde iban a dormir las dos niñas, los baños, el jardín, la piscina... Cuando hubieron terminado de recorrerla, tomaron un vaso de leche y una madalena, y se fueron a la cama. Olga y Alexander cenaron un trozo de tortilla y, después de abrir las maletas y retirar lo imprescindible, se cambiaron y se acostaron después de asearse.

A la mañana siguiente, en cuanto desayunaron, los niños pidieron permiso a los padres para acercarse un momento a la playa a ver el mar.

—¿Podemos ir solos, mamá?

—Sí, pero no hagáis ninguna travesura y volved pronto.

Los tres niños franquearon la puerta del jardín y se fueron a la playa. Hacía una mañana espléndida, el mar estaba en calma, solo una tenue brisa encrespaba ligeramente la superficie del agua, un agua transparente, y el sol comenzaba a caldear el ambiente. En esos momentos todavía no había mucha gente en la playa, únicamente algunos paseantes que caminaban por la orilla

del mar, algunas sombrillas plantadas en la arena y silletas o tumbonas junto a ellas, niños jugando en la arena y gente mayor leyendo el periódico o mirando a los paseantes.

Yelena se emocionó al contemplar aquella hermosa playa de arena tostada, al sentir el olor marino y la caricia del sol en su piel, al ver un cielo tan limpio y azul. Los tres corrieron de un lado a otro y a continuación se sentaron en la arena. Con las manos comenzaron a cavar un hoyo donde, una vez terminado, Yelena colocó sus pies en tanto que Vika y Dima se los cubrieron de arena hasta las rodillas. Dima les hizo varias fotos con su teléfono móvil. Después le susurró algo al oído a Vika y salió corriendo. Se acercó hasta la casa para coger un balón y volver enseguida a reunirse con ellas. Olga le preguntó dónde estaban las niñas y le recriminó que las hubiera dejado solas, como si temiera que algún peligro las acechara. Le ordenó que fuera a buscarlas y regresaran los tres para deshacer sus maletas y colocar la ropa en los armarios. Dima volvió a la playa corriendo, sin el balón que había ido a buscar, y los tres regresaron a casa. Más tarde, volvieron todos juntos a la playa y se bañaron, y jugaron con la pelota dentro del mar.

El tiempo transcurría con placidez en la villa, y demasiado rápido. Empezaba a hacer calor, pero aún no había demasiada gente en la playa como ocurría en julio y, especialmente, en agosto, cuando la mayoría de la gente se tomaba las vacaciones de verano. Los niños solían pasar la tarde refrescándose en la piscina, no había manera de sacarlos del agua. Los tres sabían nadar, así que Olga, después de darse un baño corto, o nadar un rato, se sentaba en una tumbona a tomar el sol, o debajo de una sombrilla, y se dedicaba a la lectura, sin dejar de vigilarlos.

Alexander, en verano, cuando estaba en España, acudía alguna tarde a

casa de un vecino de la urbanización, ruso también como él y como el resto de los participantes, a jugar una partida de póquer. Pasaban la tarde bebiendo cervezas, riendo y jugando a las cartas. Echaba de menos las partidas de los jueves en San Petersburgo, en las que se apostaba mucho más dinero que en estas, pero, pese a que normalmente también perdía, se divertía y se relacionaba con sus compatriotas.

Una mañana fueron todos a la playa. Se adelantaron los tres niños. Alexander tenía que hacer unas llamadas antes de unirse a ellos, y Olga los dejó ir solos, pero les prohibió meterse en el agua hasta que ella no llegara. Se quedó elaborando la lista de la compra para que María fuera al supermercado del centro comercial. En ocasiones la acompañaba Juan en su coche y la ayudaba a cargar las bolsas en el maletero y a descargarlas al llegar a la casa. María lo ordenaba todo en la despensa y el frigorífico, y a veces preparaba la comida antes de marcharse a su casa, mientras que Juan repasaba el jardín y recogía del suelo las flores secas de los hibiscos y de otras plantas.

Dima encontró una estrella de mar en la arena húmeda, lo que no era frecuente en aquella zona de playa. Llamó a las niñas y se arrodillaron los tres alrededor de aquel ejemplar de cinco puntas que parecía estar muerto de lo quieto que estaba. La contemplaban con atención y cierta aprensión, y ninguno se atrevía a tocarla. De improviso el equinodermo movió levemente una de sus cinco patas, de piel calcificada para protegerse de los depredadores, e inició la marcha, y los tres se retiraron unos centímetros sin dejar de observarla. Era de color anaranjado con líneas violetas a lo largo de sus cinco brazos. Dima se atrevió al fin a tocarla con un dedo y el animal se detuvo de inmediato. El niño la cogió de una punta con los dedos índice y pulgar, se puso en pie y la acercó hasta la orilla del mar; las dos niñas lo siguieron y él la dejó en contacto con el agua. Permanecieron expectantes

hasta comprobar que el animal se movía y desaparecía debajo de las pequeñas olas que intentaban llevarlo de nuevo a tierra.

Desde ese día, Yelena y Vika se dedicaban de vez en cuando a buscar conchas por la orilla, las seleccionaban y las guardaban en un cubo pequeño con un poco de agua para que quedaran bien limpias y relucientes.

Poco después, cuando los padres llegaron, se metieron los cinco en el agua, nadaron y jugaron con un balón de plástico que intentaban mantener en el aire el mayor tiempo posible sin que cayera al agua, golpeándolo por turnos con las manos abiertas.

Yelena se sentía feliz, como si formara parte de aquella encantadora familia. Echaba de menos a sus padres, sí, pero no tanto como para desear volver a Rusia. En cuanto se acostaba por las noches, abrazaba a su osito de peluche, un osito que se había traído de San Petersburgo en la maleta, y con él en los brazos se dormía enseguida, aun cuando Vika le estuviera hablando desde su cama.

Esa misma mañana, en la playa, ocurrió un hecho inesperado. Quizás el ejercicio al aire libre y la emoción que sentía provocaran en Yelena un ataque de asma. La niña no podía respirar con normalidad, se ahogaba. Se asustaron todos al verla inspirar con dificultad. Una señora se acercó a opinar sobre qué había que hacer en estos casos. Vika lloraba al ver a su amiga en ese estado. Olga le pidió a Dima que corriera a la casa a buscar el inhalador y lo trajera a toda prisa. El niño tardó muy poco en ir y volver con el aparato, asustado como estaba al ver a Yelena que intentaba respirar y no podía. Tras usarlo, Yelena reaccionó, poco a poco comenzó a sentirse mejor y al fin superó la crisis.

Después del susto, Olga se sintió preocupada por la salud de la niña, pues nunca antes la había visto así. Los padres de Yelena le habían advertido de su

enfermedad y le habían explicado qué hacer en estos casos, y Olga había estado pendiente de que Yelena tomara su medicación, pero era la primera vez que le ocurría esto y se alarmó, al igual que Alexander y los niños.

Cuando llegaron a la casa, Olga compartió a solas con Alexander su miedo a que Yelena volviera a sufrir otra crisis. Lo que le acababa de ocurrir no era más que un aviso, podía haber sido mucho peor.

Alexander le dijo que tuviera paciencia, era jueves 8 de junio, y solo le faltaban tres días para regresar a San Petersburgo y llevarse a la niña con él.

## **Capítulo 6 . El mercadillo de los hippies**

Yelena se encontraba mucho mejor del ataque de asma que había sufrido por la mañana. Esa tarde, después de un baño en la piscina, para refrescarse del calor, y una buena ducha al aire libre en el jardín, todos se arreglaron para ir a la feria de Torre Vieja. Querían disfrutar de las atracciones, recorrer el mercadillo de los hippies<sup>[9]</sup> y cenar en una pizzería del centro.

Los tres niños lo pasaron en grande en los cochecitos de choque. Vika y Yelena ocuparon el mismo coche en tanto que Dima subió en otro y las persiguió por la pista tratando de golpearlas con el parachoques sin compasión, riendo a carcajadas. Después de los coches montaron en las barcas con motor fueraborda intentando dominarlas con el volante, lo que no era tan fácil como parecía desde fuera, y, a continuación, entraron en el tren de la bruja. Los niños querían subir también al Aladino, pero Alexander se negó rotundamente, les dijo que esa atracción no era para niños de su edad.

Desde la feria se dirigieron hacia el mercadillo.

Yelena y Vika caminaban cogidas de la mano, detrás de Dima, Alexander y Olga, mirando aquí y allá, deteniéndose en cada puesto para observar de cerca los artículos en venta. En un momento dado, Olga giró la cabeza y no consiguió verlas.

—¿Dónde están las niñas? —preguntó mirando a su alrededor con los ojos bien abiertos y una sombra de angustia en su rostro.

Alexander y Dima miraron hacia uno y otro lado, deseando encontrarlas. De súbito vieron que Yelena se acercaba hacia ellos, pero iba sola. Vika no estaba con ella. Yelena se abrió paso por entre la gente.

Olga fue a su encuentro y le preguntó, con el semblante serio y en tono de reprimenda, como si estuviera culpándola de haber perdido a Vika:

—¿Dónde está Vika? ¡¿No iba contigo?!

—No lo sé. Iba conmigo, pero me distraje un momento frente a uno de los puestos y dejé de verla. Pensé que estaría con vosotros.

Comenzaron los cuatro a buscarla en el mercadillo y en la feria.

—Se habrá distraído y nos estará buscando —dijo Alexander.

Había mucha gente, no tanta como en un fin de semana o en pleno mes de agosto cuando la ciudad es un hervidero de turistas extranjeros y nacionales, en especial, de Madrid y de las poblaciones cercanas, pero había gente suficiente para perderse, para no encontrarla con facilidad.

Recorrieron todo el mercadillo una y otra vez. Olga fue mirando en una dirección con Yelena cogida de la mano, en tanto que Alexander y Dima fueron en dirección contraria. Más tarde se reunieron los cuatro en el punto donde habían comenzado la búsqueda sin haber conseguido hallar a Vika.

¿Qué le había ocurrido? Se preguntaron con lágrimas en los ojos.

Alexander les pidió calma, aun cuando él estaba bastante alterado.

—Intentemos pensar con sensatez. Imaginemos a dónde ha podido ir. Yelena, dinos dónde la perdiste de vista —dijo Alexander.

—Creo que fue en ese puesto de pulseras y collares —replicó la niña señalando la dirección donde estaba la caseta a la que se refería.

Se encaminaron los cuatro hacia el puesto indicado por Yelena y preguntaron al vendedor si había visto a Vika. La respuesta de este, ante la foto de la niña que le mostró Alexander, fue negativa.

Recorrieron el camino que habían seguido desde la última atracción de feria en la que habían subido los tres niños. Preguntaron por Vika a los encargados de esta y de otras atracciones, volvieron al mercadillo,

preguntaron a los vendedores y no consiguieron averiguar nada. Nadie la había visto.

Vika había desaparecido tan rápido que parecía imposible.

Dima recriminó injustamente a Yelena por haber perdido a su hermana.

Olga pensó que la culpa no era de Yelena, sino suya por no haber estado más pendiente de su hija. Se limpió con la mano las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y miró a Alexander esperando que le dijera que todo era un mal sueño.

—Se habrá despistado y no ha podido encontrarnos —dijo Alexander tratando de mantener la calma—. Sigamos buscándola.

Y lo hicieron, la buscaron por todos los lugares colindantes, miraron en las rocas del paseo marítimo, preguntaron de nuevo a unos y a otros si la habían visto, se fijaron en la gente que tomaba helados o refrescos en las terrazas de las heladerías, en las cafeterías, o cenaba en los restaurantes, con la esperanza de que Vika estuviera sentada a una mesa acompañada de las personas que pudieran haberla localizado.

Cansados de buscarla, intentaron pedir ayuda a la policía, pero no hallaron a ningún agente a quien acudir en los alrededores del mercadillo. Volvieron a preguntar aquí y allá si alguien había visto a una niña de diez años, rubia, de pelo largo, que llevaba un vestido sin mangas de color rojo, y solo hablaba ruso y un poco de español.

Fue en vano. Nadie había reparado en ella.

No encontraron ningún rastro de Vika.

Alexander era incapaz de aceptar que debían acudir a denunciar la desaparición de Vika a la policía, pero se trataba de su hija y tenía que

hacerlo.

Subieron en un taxi de los estacionados en la parada, junto al mercadillo, y le pidieron al taxista que los llevara a las dependencias de la Guardia Civil o de la Policía Nacional. El conductor los llevó al cuartel de la Guardia Civil de la calle Patricio Zammit. Una vez allí, Alexander habló con un agente de la Benemérita y le explicó lo mejor que pudo qué le había ocurrido a su hija, en qué lugar dejaron de verla y cómo la habían buscado sin éxito.

El guardia civil le pidió los datos y la información necesaria para cumplimentar una denuncia por la desaparición de una menor. Alexander describió a su hija y contó al agente cómo iba vestida en el momento de la desaparición, que debió de acaecer alrededor de las ocho de la tarde, qué edad tenía y dónde dejaron de verla.

—¿Tienen una foto suya? —pidió el guardia.

—Sí, claro —dijo Alexander y acto seguido le entregó una fotografía de su hija que llevaba en el billetero junto con las de Olga y Dima.

—¿No se habrá escapado? —preguntó el guardia.

—No. No lo creo. No hay ninguna razón para pensar que Vika *escapar* —replicó Alexander.

—Lo digo porque si lo hubiera hecho lo más probable es que aparezca enseguida. A veces es lo que ocurre, se escapan y vuelven a casa.

—Imposible. Mi hija es muy pequeña y no tiene ningún motivo para escapar ni a donde ir.

Eran casi las doce de la noche cuando, terminados los trámites de la denuncia, volvieron al lugar donde había desaparecido Vika y siguieron

buscándola, pero el cansancio y la angustia que sentían los llevaron a comprender que no tenían más opciones que confiar en la Guardia Civil.

Pasada la medianoche subieron de nuevo en un taxi y se dirigieron a casa, derrotados y en silencio, pensando en mil cosas que podían haberle ocurrido a Vika.

Cuando todos iban camino de casa en el taxi, Yelena tuvo que usar el inhalador, no podía respirar con normalidad. Pidieron al conductor que parase el coche un momento y Olga se sentó a su lado, en el centro, desplazando a Dima al extremo derecho del asiento.

Al llegar a casa, la niña se sentía mejor, se había recuperado de aquel ligero ataque de asma. Se sentaron a la mesa de la cocina mientras Olga preparaba algo de cena. Yelena no tenía ganas de tomar nada, pero al fin se comió un sándwich y se bebió un vaso de leche. Dima tomó lo mismo que Yelena, Olga y Alexander no cenaron nada.

Pidieron a los niños que se marcharan a su cuarto y se acostaran.

—Nosotros estaremos atentos al teléfono por si llama la policía. Marchaos a dormir, si hay alguna novedad os avisaremos. Seguro que mañana tendremos noticias de Vika —les dijo Alexander.

Tan pronto como los dos niños se fueron a su cuarto, los padres se desplomaron en el sofá del salón y permanecieron en silencio, preocupados, pensando en un sinfín de cosas, esperando una llamada de la policía que no se produjo.

—Voy a telefonar a la Guardia Civil —dijo Alexander repentinamente y a continuación marcó el número en su teléfono móvil—. Necesito saber si están buscándola y si tienen alguna noticia.

—Sí, por favor, llama a ver si saben algo ya —dijo Olga.

Un agente le dijo a Alexander que habían enviado la denuncia al juez de guardia, y este había dado la orden de búsqueda inmediata. El guardia añadió que un dispositivo, compuesto por todos los efectivos disponibles de la Policía Nacional y de la Guardia Civil, estaba efectuando un rastreo por los alrededores del lugar donde había desaparecido Vika, e interrogando a los responsables de las atracciones de feria y a todos los comerciantes del mercadillo que aún permanecían en sus puestos de venta. Por el momento no había pista alguna de la niña, pero la policía española se había hecho cargo del caso y la búsqueda había comenzado.

—Tan pronto la encontremos o tengamos alguna noticia sobre el paradero de su hija, les llamaremos —dijo el guardia civil.

—Tienen que encontrarla cuanto antes, por favor. Hagan todo lo que puedan por encontrar a mi niña —dijo Alexander sin poder contener las lágrimas.

—Intenten descansar. Nosotros no dejaremos de buscarla y si no la encontráramos esta noche, mañana a primera hora ampliaremos el dispositivo de búsqueda con más efectivos.

—Muchas gracias.

Olga permaneció al lado de Alexander esperando que este le explicara qué le habían dicho. Él le dijo que había muchos agentes de la Guardia Civil y de la Policía Nacional buscando a Vika, pero aún no la habían encontrado.

—Cada minuto que pasa hará más difícil la localización de mi niña —dijo Olga sin poder dejar de llorar.

—¿Por qué dices eso, mujer? No seas pesimista.

—Porque pienso que a Vika la han raptado unos miserables traficantes de niños y se la han llevado en un coche lejos de aquí.

—Yo prefiero creer que la niña se ha perdido y que la vamos a encontrar. Ya lo verás.

—Es culpa mía. No sé cómo me confié tanto y no estuve más atenta. Con la multitud que había en ese maldito mercadillo debí llevarla a mi lado cogida de la mano.

—No te culpes, cariño —dijo Alexander y abrazó a su esposa—. Todos debimos estar más vigilantes, pero ¿quién podía prever una cosa así? Vámonos a la cama, a ver si conseguimos dormir algo. Nosotros no podemos hacer nada más en este momento. Si no nos llaman esta noche, mañana a primera hora iremos a ver cómo va la búsqueda y nos uniremos a ella.

Pasaron a ver a los niños, y los hallaron durmiendo como si nada hubiera ocurrido. Acto seguido se dirigieron a su dormitorio y se echaron en la cama, vestidos como estaban. Permanecieron en silencio, pendientes del timbre del teléfono, que no sonó en toda la noche. No consiguieron dormirse.

Alexander se levantó de la cama cuando la claridad del día penetraba por las rendijas de las persianas y los pájaros piaban desde las ramas del pino del jardín.

## **Capítulo 7 . Mi hija ha desaparecido**

Olga se levantó poco después de que lo hiciera Alexander y se dirigió a las habitaciones de Dima y Yelena. Comprobó que los dos estaban bien y aún dormían profundamente. Al mirar la cama vacía de Vika, salió de la habitación y estalló en un llanto sin consuelo. Cuando al fin logró calmarse, la inquietud y la duda se alojaron en su mente. Volvió a pensar en que alguien podía haber secuestrado a su pequeña, pero ¿por qué?, ¿con qué fin?, ¿dónde se la había llevado?

Fue en busca de Alexander, que se encontraba en la cocina preparando el café. Se saludaron y Olga le preguntó:

—¿Has conseguido descansar algo?

—Muy poco. ¿Y tú, cómo has dormido?

—Mal, creo que no he pegado ojo en toda la noche. Quizá haya dormido algo porque he soñado con Vika. Se me ha aparecido en un sueño. Me llamaba, mamá, mamá, ven... Fui en su busca para abrazarla y ella se sentó en la cama y estiró sus bracitos, como si me estuviera pidiendo ayuda, como si intuyera que alguien se la iba a llevar, y en ese momento me he despertado y he dejado de verla.

Permanecieron un rato en silencio, con la vista perdida en algún sitio, sin atreverse a mirarse a los ojos, intentando contener las emociones que los afligían. Al fin Olga miró a Alexander, lo miró fijamente, y le dijo:

—¿Tú no crees que han secuestrado a Vika?

—Olga, no lo sé. Puede ser que la niña se despistara, comenzara a buscarnos y no consiguiera localizarnos. Había mucha gente en el mercadillo. Quizá en estos momentos esté durmiendo a salvo en algún lugar.

—Quizá, pero y si la hubieran secuestrado...

—Mira, no especulemos con eso, vamos a centrarnos en los hechos que conocemos. Vika desapareció ayer tarde y la policía española la está buscando. Estoy convencido de que la vamos a encontrar.

—Yo pienso que la niña está ya lejos de aquí, se la han llevado y tal vez a estas horas ya no esté ni siquiera en España... Será difícil encontrarla. Cada día que pasa estará más lejos y será aún más difícil —dijo Olga sin poder contener el llanto.

—Tranquilízate, por favor. ¿Por qué piensas que se la han llevado a otro país? Todo saldrá bien. Ya lo verás. Mira, voy a ducharme rápido para despejarme y me acerco al puesto de la Guardia Civil a ver qué saben y en qué podemos ayudar nosotros.

Olga asintió y dijo:

—Te acompaño. Quiero buscar a mi hija.

—Conforme. ¿Qué hacemos con los niños?

—Los llevo a casa de los vecinos para que cuiden de ellos hasta que regresemos. Creo que deberíamos llamar a los padres de Yelena para que vengan a llevársela. Por favor, llámalos tú. Yo no me siento con fuerzas de contarles qué le ha pasado a Vika. Diles que hemos perdido a nuestra hija y que en estos momentos tengo miedo de que le pueda ocurrir algo parecido a Yelena.

—Conforme. Yo los llamaré. Procura no ser tan pesimista, a Yelena no tiene por qué sucederle lo mismo que le ha pasado a Vika.

Alexander telefoneó a Oleg, el padre de Yelena.

—Alló!, Oleg...

—Hola, Alexander. ¿Cómo está Yelena? ¿Se lo está pasando bien en

España? ¿Se porta bien?

—Está muy bien... Pero tengo algo que comunicarte.

—¿Qué sucede? ¿Le ha ocurrido algo a Yelena? ¿Ha tenido uno de sus ataques de asma?

—No, no es eso. Ella está bien. No te preocupes por ella.

—Entonces... ¿Qué es?

—Mi hija ha desaparecido —al decir esto a Alexander se le puso un nudo en la garganta que no lo dejaba hablar. Al cabo de un rato añadió—: Oleg, la hemos perdido.

—¿Qué? ¿Que ha desaparecido Vika? ¿Cómo la habéis perdido? ¿Dónde?

—Es inexplicable. Estábamos todos juntos en un mercadillo y de repente... dejamos de verla.

—¿Dejasteis de verla? Pero...

Alexander le explicó cómo y dónde había ocurrido, y lo que habían hecho hasta ese momento. Los ojos se le habían inundado de lágrimas y, después de un rato añadió:

—Quería decirte que no podré regresar a San Petersburgo el domingo, como tenía previsto, y por lo tanto no podré llevaros a Yelena, a menos que Vika aparezca antes.

—¿Quieres que vaya yo a recogerla? —dijo Oleg.

—Como tú veas. Si quieres venir a recogerla, de acuerdo. Olga está muy nerviosa, pero yo creo que no es necesario que vengáis. Puede quedarse con nosotros todo el tiempo que ella quiera, o vosotros queráis.

—Lo siento mucho, Alexander. Ojalá todo quede en un buen susto y Vika

esté bien y la encontréis pronto.

—Ojalá. Ya hablaremos.

Alexander colgó y Oleg se quedó inmóvil durante un buen rato, pensando en lo que le había sucedido a Vika. Intentó ponerse en la piel de sus amigos. Imaginó que debían de estar destrozados, rotos por el dolor. Llamó a Anna, su mujer, para explicarle lo que acababa de oír por teléfono a Alexander. Esta sintió profundamente la desaparición de Vika, y pensó que podía haberle ocurrido a Yelena en lugar de a su amiga. Se alegró de que no hubiera sido así, de que su hija estuviera a salvo, pero enseguida pensó que podría sucederle lo mismo.

—Creo que deberíamos ir a traernos a Yelena —dijo Anna—. Olga estará demasiado preocupada como para tener que ocuparse de ella, y yo tengo mucho miedo de que le ocurra algo parecido a nuestra hija.

—Sí, quizás sea lo mejor, pero no puedo ausentarme ahora, en estos momentos tengo mucho lío en el trabajo. Alexander me ha dicho que no hay ningún problema, que vayamos si queremos, pero Yelena está bien. En mi opinión podemos esperar unos días a ver si Vika aparece y si no, vamos nosotros a recoger a Yelena un fin de semana y nos tomamos un par de días libres para apoyar a nuestros amigos y hacerles compañía.

—De acuerdo. Ojalá Vika aparezca pronto. Pero si no fuera así, quiero ir a traerme a Yelena. Si tú no puedes iré yo.

Eran las nueve de la mañana. Habían pasado trece horas desde la desaparición de Vika. Olga llevó a Yelena y a Dima a casa de los vecinos y acompañó a Alexander al puesto de la Guardia Civil de Torre vieja para conocer cómo iba la búsqueda de su hija y sumarse a las brigadas que la

estaban buscando.

El oficial al mando del dispositivo policial les informó de que ya estaban desde las ocho de la mañana rastreando toda la zona colindante al lugar donde había desaparecido Vika, y les dijo también que se habían incrementado los efectivos dedicados a la búsqueda con agentes y especialistas llegados desde toda España, así como unidades caninas y subacuáticas de la Guardia Civil, además de la Policía Nacional y el Cuerpo de Bomberos de la provincia de Alicante.

Por desgracia, no habían hallado ninguna pista hasta el momento, pero el oficial les dijo que seguirían poniendo todos los recursos necesarios hasta encontrar a la niña y que, en paralelo, la UCO<sup>[10]</sup> ya había comenzado a interrogar a los feriantes y a los comerciantes del mercadillo, y tenían previsto entrevistar inmediatamente a las personas más cercanas a la familia y a todos los vecinos de la urbanización de La Zenia.

Lo que les había contado el oficial los tranquilizó muy poco: habían dedicado más medios a la búsqueda, pero aún no había ninguna pista que seguir. Alexander comenzó a dar crédito a la teoría de Olga en cuanto al posible secuestro llevado a cabo por una red de tráfico de niños.

Después de hablar con el oficial de la Guardia Civil el matrimonio se unió a las tareas de búsqueda de Vika por los alrededores del lugar donde había desaparecido.

## **Capítulo 8 . En busca de Vika**

La prensa y las cadenas de televisión españolas informaron con puntualidad de la noticia de la desaparición de la niña rusa que había venido de vacaciones a una zona de la costa alicantina. Cada día se hablaba de ello en todas las noticias. En la foto que publicaron los medios, una foto de pasaporte, Vika aparecía con el pelo rubio recogido detrás en una coleta, la mirada inocente de ojos azules de una niña de diez años y una sonrisa espontánea. Se pedía a cualquier persona que la hubiera visto o pudiera dar alguna razón sobre su paradero que se pusiera en contacto inmediatamente con la Policía Nacional o la Guardia Civil.

Algunos periodistas se concentraron de manera casi permanente en las proximidades de la villa de Alexander y Olga en La Zenia, a la caza de la noticia de última hora, ávidos de cualquier tipo de información relacionada con Vika o con sus padres. De dónde eran, si estaban casados, a qué se dedicaban, cuántos años llevaban viniendo de vacaciones a España..., y tratando de entrevistar a alguno de los vecinos, que se acercaban a la villa, para recabar su opinión sobre el caso de la desaparición de la niña rusa.

El asunto trascendió a la prensa internacional y los medios de comunicación rusos también publicaron la noticia, lo que provocó en la gente no solo un sentimiento de condena, de lástima por la niña y su familia, sino también de recelo a viajar a las costas españolas con sus hijos.

Los padres de Vika fueron entrevistados por diversas cadenas de televisión. En las grabaciones de vídeo emitidas dirigían un ruego a los posibles secuestradores, tanto en el idioma ruso como en español, reclamando la devolución de la niña lo antes posible, y suplicando, con lágrimas en los ojos, que no le hicieran ningún daño.

Daban por hecho que Vika había sido secuestrada.

También pidieron a la población que cualquiera que la hubiera visto se pusiera en contacto con la Policía Nacional o con la Guardia Civil. Ofrecieron una buena recompensa a quien pudiera dar información veraz que permitiera encontrarla.

La desaparición de Vika provocó una gran conmoción en el vecindario de La Zenia, en las poblaciones de los alrededores y, en especial, en la colonia rusa diseminada por distintos lugares de la costa alicantina. Los padres redoblaron la vigilancia de sus hijos pequeños, temerosos de que pudiera pasarles lo mismo que a Vika.

Después de la emisión de las entrevistas en la televisión, varias personas llamaron al 092 para informar de posibles avistamientos de la niña en distintas poblaciones próximas a la ciudad de Torrevieja. Sin embargo, la policía, tras comprobar cada una de las informaciones recibidas, concluyó que ninguna de ellas llevaba a conseguir pista alguna.

Al conocer la noticia, muchos vecinos y amigos de la urbanización acudieron a la villa de Alexander y Olga a interesarse por lo que le había ocurrido a Vika, y a ofrecer su ayuda para lo que necesitaran. Uno de los vecinos les propuso hacer carteles con la foto de Vika, pidiendo en ellos, una vez más, a quien pudiera haberla visto que llamara a la policía. Este mismo vecino se encargó de redactar la nota, confeccionar los carteles y sacar fotocopias.

En cuanto todo estuvo dispuesto se encargó también de buscar voluntarios y de organizar la colocación de los carteles en farolas y otros elementos urbanos de La Zenia, Cabo Roig, Punta Prima, Torrevieja..., y de organizar la entrega de los carteles a diversos comercios, supermercados, bares, restaurantes y establecimientos públicos en general para que los responsables de dichos negocios los exhibieran en lugares bien visibles.

Cientos de voluntarios se ofrecieron para colaborar con la policía española en la búsqueda de Vika. Sin embargo, pese a los esfuerzos y recursos que se estaban dedicando, transcurridos varios días desde su desaparición las labores de búsqueda continuaban sin lograr éxito alguno.

Una manifestación espontánea de vecinos para apoyar a la familia y reclamar la vuelta de Vika se concentró en la plaza de la Constitución<sup>[11]</sup>.

Representantes del Ministerio del Interior y de la Embajada de la Federación Rusa en España se personaron en la ciudad de las habaneras<sup>[12]</sup> para pedir información a los responsables policiales de la marcha de los trabajos de búsqueda, y respaldar a los padres de Vika, a los que se les aseguró que no pararían hasta encontrarla.

Todas las hipótesis estaban abiertas. No había ninguna pista que poder seguir.

Así las cosas, Alexander pensó en contratar a un detective privado para que buscara a Vika, y de pronto se dio cuenta de que Yuri, como expolicía que era, podría ayudarlos. Tomó la decisión de llamarlo por teléfono para pedirle que se reuniera con ellos en La Zenia. Se dijo a sí mismo que su experiencia como inspector de la policía rusa podría serles muy útil.

Al recibir la llamada de Alexander, Yuri se encontraba con su esposa en Repino<sup>[13]</sup>. Se habían tomado una semana de vacaciones y disfrutaban de la tranquilidad del lugar. Se alojaban en un hotel cercano a la playa, donde daban buenos paseos descalzos por la arena y nadaban en un agua bastante fría. Yuri clavó la vista en su mujer y le dijo:

—Lo siento, Natasha, debo irme a España, Vika ha desaparecido y mi jefe me reclama.

—¿Desaparecida? ¿Cómo ha sido?

—No conozco los detalles. Parece ser que la han raptado. Alexander me ha pedido que los ayude a encontrarla.

—Pobre niña.

—¿Por qué no me acompañas?

—No. Es tu trabajo y no quiero ser un estorbo para ti, estarás muy ocupado buscando a Vika. Yo volveré a San Petersburgo contigo y me quedaré en casa. Debo volver al trabajo. Estamos en temporada alta y hay que aprovechar el momento.

Yuri insistió en que lo acompañara, pero Natasha no cedió. Quería mucho a la niña y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para encontrarla. Reservó por teléfono un billete con destino a Alicante y viajó dos días después.

Al llegar a La Zenia, Alexander lo alojó en una de las habitaciones de la villa y lo puso al corriente de cómo había desaparecido Vika y todo lo que habían hecho ellos desde aquel desgraciado instante en que la perdieron de vista.

Yuri tomó algunas notas en un cuaderno, y comenzó a diseñar un plan que contemplaba recabar información de las personas que pudieran haberla visto, como los feriantes que gestionaban las atracciones, los comerciantes del mercadillo de los hippies, los habitantes de la urbanización..., y, por supuesto, de la policía española.

Al día siguiente de su llegada Yuri se despertó muy temprano y se encaminó hacia la playa para dar un paseo descalzo por la orilla del mar, y recapacitar sobre cómo llevaría a cabo sus investigaciones. La brisa de la mañana era fresca aún, pero el sol, que comenzaba a elevarse en un cielo azul

casi sin nubes, auguraba un buen día de calor.

Volvió a la casa media hora después. Alexander estaba en la cocina preparando el café. Desayunó con él y con Olga y a continuación los tres se marcharon al puesto de la Guardia Civil de Torrevieja. El Renault Laguna de alquiler lo condujo Alexander, pues conocía el camino mejor que Yuri.

Los recibió un agente que, al saber quiénes eran, los acompañó al despacho del oficial al mando. Yuri recabó información sobre la marcha de la búsqueda y de la investigación policial. El oficial les dijo que los trabajos de búsqueda seguían su curso normal. Y añadió que una operación conjunta de la Policía Nacional y la Guardia Civil mantenían bajo vigilancia a varios individuos sospechosos pertenecientes a la mafia rusa, afincados en la provincia de Alicante, así como a todos los pederastas de la zona fichados por la policía, a quienes habían interrogado. Al oír el término *pederasta*, tanto Alexander como Olga dieron un respingo en la silla, no habían pensado en la posibilidad de que su hija hubiera sido raptada por un inicuo pederasta que hubiera abusado de ella, la hubiera matado y se hubiera desecho del cadáver.

—No hay nada importante que pueda compartir con ustedes hasta el día de hoy —dijo el oficial—. Tan pronto tengamos alguna novedad les llamaremos.

Al salir de las instalaciones del instituto armado Yuri le pidió a Alexander que lo llevara al lugar donde aquella tarde echaron en falta a Vika. Estacionaron el coche en el aparcamiento del Puerto Pesquero. Eran las once de la mañana y las atracciones de feria estaban cerradas, solo algunos puestos del mercadillo habían abierto a esas horas. Yuri tomaba notas en su cuaderno a medida que Alexander y Olga le indicaban en qué atracciones habían subido los niños y qué hicieron después, en qué puesto se había distraído Yelena y había dejado de ver a Vika.

Después de esto se unieron los tres a las brigadas de búsqueda.

Esa noche Yuri y Alexander volvieron a la feria, que estaba en pleno apogeo, había un ruido del demonio, la música sonaba a todo volumen, la gente gritaba para poder escucharse, los padres esperaban pacientes que sus niños terminaran su viaje de recreo, deseando abandonar aquel ruidoso lugar cuanto antes. Yuri mostró una foto de Vika a cada una de las personas que atendían las diversas instalaciones de la feria y a los comerciantes del mercadillo. Todos miraban la foto un momento, sin prestar quizá la debida atención, a juicio de Yuri, y decían que no con la cabeza.

Fue inútil.

Nadie recordaba haber visto a aquella niña rusa que había desaparecido. Pero Yuri era una persona muy tenaz. Estaba seguro de que alguien habría visto a Vika aquella noche, y tal vez también a la persona que pudiera haberla raptado. Así que pensó que volvería a la feria a preguntar en otra ocasión. Tal vez esa persona que pudiera haber visto a Vika no habría ido a trabajar esa noche.

Y Yuri lo hizo, volvió al mercadillo a preguntar una vez más, pero fue en vano. No encontró a nadie que la hubiera visto.

## **Capítulo 9 . Quién es Vladimir**

Había pasado una semana desde el día de la desaparición de Vika. Sus padres estaban desolados, rotos. Pensaban en mil cosas que pudieran haberle sucedido a su hija y, aunque no habían perdido la esperanza de encontrarla, eran conscientes de que cada día que pasaba se alejaban las posibilidades de que estuviera aún con vida. Los periodistas seguían al acecho, buscando cualquier comentario de los padres para informar a los televidentes o lectores. Alexander solía contestar a sus preguntas con paciencia, en tanto que Olga los rehuía.

La policía continuaba buscando algún rastro, alguna prenda de la niña, alguna persona que pudiera haberla visto. Cada día a las ocho de la mañana comenzaban a rastrear una zona distinta, cada vez mayor.

Yuri se preguntaba por qué nadie se había puesto aún en contacto con la familia para pedir un rescate, si es que acaso se trataba de un secuestro por dinero. Pero también cabía la posibilidad, se decía a sí mismo, de que alguien quisiera vengarse de su jefe por algún motivo desconocido para él. Era preciso, pues, hablar con Alexander por si esa posibilidad existía realmente.

Una de las noches en que estuvieron preguntando a los feriantes y comerciantes del mercadillo de los hippies, Yuri y Alexander, cansados de ir de un lado a otro, mostrando la fotografía de Vika sin conseguir resultados positivos, se sentaron a descansar en una terraza al aire libre del paseo marítimo Juan Aparicio<sup>[14]</sup>. Desde la terraza sus ojos alcanzaban a ver el mar. Hacía una noche de calor sin una pizca de viento, de cielo estrellado. La luna comenzaba a subir lentamente por el horizonte. Pidieron dos cervezas. Estaban los dos en silencio mirando a la gente que deambulaba despacio disfrutando del paseo, cuando de súbito Yuri volvió la vista hacia Alexander y, tuteándolo por vez primera desde que trabajaba para él, le preguntó:

—Alexander... Dime quién es Vladimir.

—¿Vladimir?

—Sí, el hombre por quien preguntaste una noche cuando fuimos a recoger el maletín al club *Golden Girls*, ¿recuerdas?

—Ah, ya. Se trata de Vladimir B., uno de los capos de la mafia de San Petersburgo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me has pedido que te ayude a encontrar a tu hija, ¿no es cierto? Así que necesito que confíes en mí. Dime qué tipo de relación existe entre vosotros dos.

Alexander permaneció unos segundos en silencio, mirando su vaso casi vacío. En principio, no tenía intención de contarle a Yuri cuál era su papel dentro de la organización criminal, era un riesgo que no quería correr, podía ir a la cárcel por muchos años. Sin embargo, supuso que Yuri sabía mucho más de lo que aparentaba saber, de modo que se dijo a sí mismo que si se lo contaba todo no le revelaría nada nuevo, lo único que haría hablándole de ello sería confirmar sus sospechas. En cualquier caso, no debía preocuparse, pensó, pues Yuri había demostrado con creces su lealtad desde que lo contrató. Y, por otra parte, había una razón de peso para contárselo todo: se trataba de darle la información que pidiera y colaborar con él en todo lo posible para recuperar a su hija Vika.

Dejó el vaso en la mesa, se aclaró la garganta, miró fijamente a Yuri y con el semblante serio le dijo:

—Esto que voy a contarte es muy confidencial, Yuri, solo lo conoce el director financiero de mi empresa. No se lo he dicho a nadie más, ni siquiera a mi esposa. —Alexander se detuvo unos instantes y al cabo añadió—: Debes saber que yo no participo directamente en ninguna de las operaciones de la

organización, me mantengo totalmente al margen de la actividad delictiva que realizan. Ellos me entregan periódicamente dinero procedente del tráfico de drogas y de la prostitución y lo que yo hago es ayudarlos a blanquearlo a través de la facturación y las cuentas de mi empresa: mezclo el dinero legal con el dinero negro. A cambio recibo una remuneración, una importante retribución acorde con las cantidades que pongo en el circuito legal y el riesgo que corro. Es así de sencillo.

—Pero eso es también un delito, Alexander.

—Lo sé, por eso te pido confidencialidad, si descubren lo que hago puedo pasar encerrado en la cárcel bastantes años. El haber acudido a la policía para denunciar la desaparición de Vika me compromete mucho, pero debía hacerlo.

—No te preocupes por mí. Sé guardar un secreto. ¿Tiene Vladimir algún motivo especial para querer extorsionarte o vengarse de ti?

—No. Al menos que yo sepa. Le debo dinero, eso sí, bastante dinero, pero no creo que esta sea una razón para vengarse de mí, y mucho menos haciendo daño a una niña indefensa. No digo que no sea capaz de ello y de mucho más, es un delincuente peligroso, pero no, yo creo que no tiene ningún motivo para vengarse de mí.

—En ese caso no habría que preocuparse. No obstante, habla con él y pídele que averigüe si alguno de sus *colegas* en España ha oído algo relacionado con el secuestro de Vika. A ver qué te dice. Ya sabes que en este ambiente mafioso a menudo se enteran de ciertas cosas que podrían ayudarnos.

—¿Piensas que ha podido ser la mafia rusa quien ha secuestrado a Vika?

—Yo no lo descartaría, Alexander. Dada tu relación con Vladimir y el

dinero que le debes me extraña mucho que no tenga nada que ver con el asunto. Me parece el sospechoso número uno. En todo caso, insisto, si él no ha sido es posible que alguien de los suyos haya oído algo al respecto de la desaparición de tu hija.

Alexander pensó que Yuri podía tener razón y después de una breve pausa le dijo:

—Conforme. Lo llamaré. Sé que Vladimir es renuente a hablar por teléfono, tal vez ni me conteste. Él piensa que la policía lo está investigando constantemente y escuchan sus conversaciones telefónicas. Tampoco a mí me seduce mucho la idea de que me puedan relacionar con él, pero es mi hija y lo haré.

—Sí llámalo y si no te contesta insiste hasta que lo haga. Es necesario, podría servirnos de mucha ayuda.

Alexander cogió el vaso de la mesa y apuró su contenido. Estuvo un rato pensando en lo que acababa de hablar con Yuri, y en que sí había motivos para sospechar de su *socio*. Después le preguntó a Yuri si quería tomar otra cerveza. Este dijo que no y se levantaron para volver a La Zenia.

Esa noche Anna llamó a Olga para preguntarle qué sabían de Vika.

—Aún no sabemos nada. La policía sigue buscándola, pero no han encontrado ninguna pista. Es desesperante.

—Lo lamento mucho. Estaréis destrozados.

—Imagínate. Es un infierno, y lo malo es que no sabemos qué podemos hacer, me siento impotente.

—Me lo imagino. ¿Cómo está mi hija?

—Yelena está muy bien. Echa de menos a su amiga, y a vosotros, pero está bien.

—Me gustaría hablar con ella. ¿Está por ahí?

—Sí, espera un momento. Está viendo la televisión. Ahora le digo que se ponga.

Olga le dio el teléfono a Yelena.

—Toma, es tu madre.

—¡Hola, mami!

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mamá, estoy bien. Lástima que Vika no esté, pero dice Olga que regresará pronto.

—Claro que regresará pronto. ¿Nos echas de menos?

—Sí, mami.

—¿Quieres que vayamos papá y yo a recogerte?

—Os echo mucho de menos, pero no hace falta que vengáis, quiero quedarme aquí hasta que vuelva Vika.

—Cariño, papá y yo queremos ir a recogerte este fin de semana.

—No. No venid aún. Quiero quedarme un poco más, por favor.

—Te llamo con lo que decidamos tu padre y yo. Un beso muy fuerte y pórtate bien, cariño. Dile a Olga que se ponga.

—Olga, estamos pensando en ir a recoger a Yelena este fin de semana, pero parece que a ella no le gusta la idea.

—Dejadla una semana más. No tengáis prisa, Yelena me hace mucha

compañía. Ella está bien y quiere esperar hasta que vuelva Vika.

—Lo hablo con Oleg y te vuelvo a llamar. Mucho ánimo, Olga. Espero que recuperéis pronto a Vika. Un abrazo muy fuerte.

—Gracias, Anna. Un abrazo para ti y otro para Oleg.

## **Capítulo 10 . Una llamada desde un número oculto**

Vladimir B. era un hombre de cuarenta y cinco años, delgado, de un metro y setenta y ocho centímetros de alto, pómulos hundidos y mirada huidiza. Tenía la cara marcada por una cicatriz, producto de una pelea callejera en la que dejó malherido a su oponente. Cambiaba de humor con frecuencia sin ningún motivo aparente. Vivía con su pareja en un piso de la calle Kazanskaya, a escasos metros de la catedral de Kazán<sup>[15]</sup>. No tenía hijos ni intención de tenerlos, influenciado quizá por su desdichada niñez.

A los pocos días de nacer, su madre lo abandonó en un orfanato de Moscú y nunca más se interesó por él. Era un niño de bajo peso, ojos diminutos y tenía un surco nasolabial plano o liso; pese a ello parecía normal, reaccionaba a los estímulos según lo esperado para un niño recién nacido. Su madre, alcohólica, nunca supo quién la había dejado embarazada.

Vladimir se había amoldado al ambiente sórdido del hospicio cuando un matrimonio sin hijos lo adoptó con apenas cinco años. Al comenzar la enseñanza obligatoria, a los seis, su profesora notó que le costaba aprender más que a sus condiscípulos, era un niño rebelde e hiperactivo, no prestaba ninguna atención a las clases y se enrabetaba por cualquier causa, especialmente, cuando no conseguía aquello que quería. La profesora llamó a su madre adoptiva y le recomendó que lo llevara al médico a fin de saber qué le ocurría, por qué se comportaba de aquella manera tan díscola y errática, y poder seguir un tratamiento adecuado. Fue entonces cuando le diagnosticaron que lo que le ocurría era debido al llamado síndrome de alcoholismo fetal.

Los padres adoptivos no pudieron con él y dos años después de adoptarlo decidieron devolverlo al orfanato. Este segundo abandono empeoró, si cabe, su personalidad.

Más tarde, en su juventud, tuvo graves problemas con el alcohol y otro

tipo de drogas. Acabó trapicheando con narcóticos y colaborando con la mafia en diversas actividades delictivas. La policía lo detuvo en más de una ocasión.

Recaló en San Petersburgo y años después llegó a dirigir una organización criminal que se dedicaba, en especial, al tráfico de drogas y a la trata de mujeres. Una organización que tenía ramificaciones en la costa mediterránea española.

Alexander consiguió, después de varios intentos, hablar con Vladimir por teléfono. Le expuso lo que le había ocurrido a Vika y le pidió ayuda.

—¿Y qué puedo hacer yo? —dijo el capo.

—Enterarte de si alguien de tu organización ha oído hablar del secuestro de mi hija y si sabe algo al respecto. Llama a tu gente, por favor, y pregunta.

—Está bien. Lo haré y si consigo alguna información te lo notificaré.

—Gracias.

Después de colgar, Alexander se sintió aliviado. Se alegró de haber hablado con Vladimir. Le pareció que Yuri tenía razón: si la mafia había tenido algo que ver con el secuestro, sin duda había llamado a la puerta adecuada. Desde luego, Vladimir no merecía su confianza, no era un santo, pero sí era el hombre que podía ayudarlo.

«¿Y si hubiera sido él quien hubiese ordenado el secuestro de mi hija? No, no es posible. Nunca me haría algo semejante a mí», se dijo a sí mismo.

Yelena se levantó temprano y se sentó frente al televisor en espera de que alguien le preparara el desayuno como siempre. Dima ya se había ido a la piscina a darse un baño. Desde que Vika faltaba, él seguía sosteniendo,

injustamente, la idea de que Yelena habría podido hacer algo más para evitar la desaparición de su hermana. Sabía que ella no era la guardiana de Vika, pero aun así no podía evitar pensar que si hubiera estado más atenta no habría ocurrido lo que ocurrió. Así que no podía soportar su presencia en la casa, un sentimiento que era incapaz de controlar. Habría preferido que los padres de Yelena hubieran venido a recogerla y se la hubieran llevado a San Petersburgo.

Después de darse un baño en la piscina, Dima entró en la casa y reparó en Yelena, que estaba sentada aún en el salón. Ni siquiera le preguntó si había desayunado, o si había dormido bien, no le dirigió la palabra. Ella, al verlo aparecer por la puerta, lo llamó y le preguntó si quería acompañarla a la playa después del desayuno. Él le dijo que ya había desayunado y se había bañado en la piscina y que se iba con la bici a dar un paseo por la urbanización con su amigo Misha.

Yelena se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico y llenó un vaso de leche. Lo metió en el microondas y lo calentó. En ese momento aparecieron Olga y Alexander, que habían pasado una mala noche y apenas habían podido dormir. La saludaron.

—¿Quieres que te prepare una tostada con mantequilla y mermelada? — le preguntó Olga.

—Bueno —dijo la niña y a continuación se puso a llorar.

—¿Qué te ocurre?

—Quiero volver a San Petersburgo con mis padres.

Olga se acercó a ella y la abrazó. Dijo:

—Pronto te llevaremos o vendrán ellos a recogerte si lo prefieres. Sabemos que Vika está bien, y que regresará muy pronto con nosotros.

—¿Sí? ¿Y dónde está?

—La tienen unos señores y la traerán a casa en unos días —le dijo Olga y pensó que eso era lo que a ella le gustaría creer, que estaba viva y la iba a recuperar en breve, pero quizá no era sino una fantasía, un sueño. A menudo imaginaba que nunca más volvería a verla y se pasaba un buen rato llorando a solas en su alcoba.

Yelena se limpió las mejillas con las manos y esbozó una sonrisa. Se comió la tostada y se bebió de un trago el vaso de leche con azúcar.

—¿Quieres que nos vayamos a la playa a darnos un baño? —le preguntó Olga.

—Sí, me gustaría mucho.

—Ve a ponerte el bañador y enseguida nos vamos. ¿Has visto a Dima?

—Sí, se ha marchado con la bicicleta. ¿Por qué no quiere hablar conmigo? Está muy raro —dijo Yelena.

—Es que se acuerda mucho de su hermana.

—Y yo también la echo mucho de menos, pero no estoy enfadada con él.

—Cuando vuelva Vika todo será distinto —dijo Olga mirando a Yelena con una sonrisa forzada.

Al día siguiente de mantener la conversación telefónica con Vladimir, a eso de las cuatro de la tarde Alexander recibió una llamada de teléfono desde un número oculto, una llamada en la que una mujer que se expresaba en ruso con precisión, y una voz sugestiva y pausada, le dijo que tenían a Vika y le pidió un rescate de veinticinco mil euros en metálico si quería recuperarla viva.

Aun cuando Alexander esperaba una noticia como esta en cualquier momento, al oír aquella voz sintió un escalofrío, un estremecimiento en todo su cuerpo, como si la tierra estuviera moviéndose debajo de sus pies. Notó que la mujer había dicho *tenían*, en plural, demostrando con ello que no estaba sola en el secuestro. Se quedó sin habla, sin saber qué contestar. Pensó en que su hija estaba viva, pero necesitaba confirmarlo, asegurarse de que aquella voz femenina que le hablaba no le estaba mintiendo, sino que, en verdad, tenía secuestrada a Vika.

Cuando al fin consiguió rehacerse, formuló esta pregunta:

—¿Cómo has conseguido mi teléfono?

—Nos lo ha dado tu hijita.

La respuesta le pareció incontestable, Vika conocía su número de teléfono de memoria. No obstante, la mujer también podía haber conseguido el número por alguna otra vía. Así que necesitaba confirmar que la secuestradora no le estaba mintiendo con el único fin de hacerle pagar un rescate sin tener retenida a Vika.

—¿Cómo sé que es cierto que tienes a mi hija?

—Tendrás que fiarte de mí si quieres volver a verla con vida.

Alexander dudó, pensó que no debía confiar en aquella desconocida. Al cabo de unos segundos contestó:

—No. No puedo fiarme de ti. Necesito una prueba de que la tienes y que mi hija está bien.

La secuestradora no dijo nada durante algunos segundos y a continuación Alexander oyó la voz de una niña que llamaba a su madre entre sollozos. Notó cómo el corazón galopaba en su pecho como un potro desbocado. Las

lágrimas inundaron sus ojos a punto de desbordarse y su ánimo se derrumbó. Se limpió las mejillas y poco después encontró la fuerza necesaria para decir:

—No le hagáis ningún daño a mi hija, por favor. Tendréis el dinero.

—¿Cuándo podrás tenerlo?

—Es mucho dinero. No dispongo de esa cantidad ni en mi casa ni en el banco.

—¿Cuánto puedes conseguir para mañana mismo?

Alexander reflexionó y al cabo de unos segundos dijo:

—¿Para mañana? No lo sé. Depende de lo que puedan darme en el banco por ventanilla sin previo aviso. No creo que pueda conseguir más de tres mil euros.

—Entonces no hay trato. No volverás a ver a tu hija.

Alexander se asustó y recapacitó, pensó que no podía arriesgarse a que le hicieran daño a Vika y dijo:

—Espera. Tal vez pueda conseguir algo más.

—¿Algo más?..., ¿cuánto?

—Pongamos que podría reunir unos ocho o diez mil euros en total, entre lo que pueda conseguir del banco y lo que guardo en mi casa. Para obtener el resto del dinero necesito más tiempo. Tendré que ordenar una transferencia desde mi cuenta en Rusia y el dinero tardará varios días en llegar.

Hubo un silencio de varios segundos. Al cabo la voz de mujer dijo:

—De acuerdo, que sean diez mil. Mañana ve a sacar el dinero del banco en billetes de cincuenta y cien, y junto con el que tienes en tu casa lo metes en un sobre y esperas mis instrucciones. Consigue lo antes posible el dinero

que falta y espera a que te llame de nuevo en unos días para indicarte los detalles de la entrega de los quince mil euros restantes. En ese momento, cuando pagues el resto, te entregaremos a tu hija. Ah, y una cosa más, no hables de esta llamada con la policía. Si lo haces no volverás a verla viva.

—Conforme —dijo Alexander con un hilo de voz.

—Hacia las diez de la mañana te llamaré para indicarte dónde debes hacer la entrega de los diez mil euros.

Cuando colgó el teléfono, Alexander se preguntó quién podría ser aquella mujer. Era rusa, sin lugar a dudas, pero ¿perteneía a una organización criminal?, ¿tenía alguna relación con Vladimir o, por el contrario, actuaba por su cuenta?

Lo que le quedaba claro era que le reclamaba un rescate a cambio de su hija. Era evidente que la tenía retenida, pues había oído su voz por el móvil y, además, Vika conocía su número de teléfono, cómo, si no, lo habría conseguido la secuestradora.

Yuri, Yelena y Dima llegaron en ese momento después de darse un baño en la playa. Olga no había tenido ganas de acompañarlos, se había quedado en su dormitorio, tendida en la cama. Los niños saludaron a Alexander y se marcharon a ducharse.

Yuri se sentó con su jefe en el porche. Encendieron un cigarrillo, y Alexander le contó lo que había hablado por teléfono con la mujer rusa. Yuri le aconsejó acudir a la policía lo antes posible para denunciarla.

—Ten en cuenta que la policía dispone de los recursos necesarios para investigarla si volviera a llamar —añadió Yuri.

Pero Alexander le dijo que no. No quería poner en peligro a Vika. Así que estaba decidido a efectuar la entrega de los diez mil euros en el lugar

donde le indicaran los secuestradores al día siguiente.

—En ese caso, te acompañaré para hacer la entrega.

—Mañana decidiré si vienes conmigo o no. Ahora mismo voy a ordenar una transferencia del resto del dinero desde mi cuenta en Rusia a mi banco de Torre Vieja.

—Como tú veas. Estoy a tu disposición —replicó Yuri.

—Quizá cuando vuelvan a llamarme los secuestradores para el segundo pago y la entrega de Vika te pida que me acompañes.

Yuri se encogió de hombros e insistió en acudir a la policía, y Alexander reiteró su negativa, tenía claro que no quería arriesgarse a que le hicieran daño a su querida hija.

A continuación Alexander fue en busca de Olga para darle la noticia de la petición del rescate, y de lo que había decidido hacer. Ella estaba aún tendida en la cama, sin ganas de hacer nada. Al oír el relato de Alexander se levantó y, llorando, le dio un abrazo. Le dijo: «Dales todo lo que pidan». Acto seguido le preguntó cuándo podría tener el dinero que faltaba. Alexander le comentó que había que esperar dos o tres días, hasta que llegara la transferencia de San Petersburgo y aquella mujer volviera a llamarlo. Olga se entristeció, no sabía si sería capaz de aguardar tanto tiempo para recuperar a su niña. Alexander la abrazó y trató de animarla.

## **Capítulo 11 . En la Torre del Moro**

Alexander se levantó de la cama muy temprano a pesar de que no había podido dormir en toda la noche, como le ocurría desde que había desaparecido Vika. Le daba vueltas a la idea de hacerse acompañar por Yuri para entregar los diez mil euros a los secuestradores, y esperaba con inquietud la llamada de estos para recibir las instrucciones sobre cómo debía proceder. Pensaba que Yuri, con su experiencia como policía, podía serle útil, pero, por otro lado, temía que la persona que debía recibir el dinero del rescate pudiera verlo, pensar que lo acompañaba un agente de la policía española y, en consecuencia, cumplir sus amenazas de muerte.

Se dirigió a la cocina para hacer el café, como de costumbre, y se calentó en el microondas una taza de leche que mezcló con el café recién hecho. Se sentó a la mesa y mientras bebía a sorbos el café con leche, llegó Yuri de dar su paseo matutino por la playa.

Eran las ocho y media. Se saludaron y Yuri se preparó también una taza de café.

—Quiero que me acompañes a la ciudad —dijo Alexander.

—Claro, lo que tú digas. ¿Te han llamado los secuestradores?

—Aún no. Nos vamos a sacar el dinero del banco y esperamos juntos a que me llamen.

—*Jarashó.*

Terminaron sus cafés y Yuri se encaminó a su habitación a ducharse y cambiarse de ropa. Se vistió con unos vaqueros y una camisa de manga corta, y emplazó su pistola entre la correa del pantalón y su espalda, debajo de la camisa suelta. Unos minutos después se reunió con Alexander, que había sacado el Renault Laguna del garaje y lo esperaba al volante, con el motor en

marcha.

—Si quieres conduzco yo —dijo Yuri.

—Sí, será mejor. Ya conoces bien el camino y yo estoy un poco nervioso —reconoció Alexander.

Este dejó a Yuri el asiento del conductor y él se acomodó en el del copiloto. Se abrochó el cinturón de seguridad y ordenó:

—¡Vámonos!

Yuri puso la primera marcha y enfiló hacia el centro de la ciudad. Cuando estaban llegando, preguntó si aparcaba en el parking del Puerto Pesquero y Alexander le dijo que sí. Estacionó el vehículo y los dos se encaminaron hacia las oficinas del banco, en la calle Ramón Gallud. Yuri se ajustó la pistola para asegurarse de que estaba bien ubicada en su sitio. Entraron en la sucursal del banco. Yuri se quedó de pie en la entrada, mientras que Alexander se situó en la cola de la caja, solo había dos personas que habían madrugado más que él para sacar dinero. Cuando llegó su turno le dijo al cajero que quería retirar tres mil euros de su cuenta.

El hombre lo escrutó y le preguntó cuánto había dicho, como si no lo hubiera oído bien o se hubiera extrañado de la cantidad solicitada. Alexander repitió la cifra y le dijo que a ser posible lo quería en billetes de cincuenta y cien. El empleado del banco le pidió el pasaporte y le dijo:

—Tengo que consultarlo. Es mucho dinero y tenía usted que habernos avisado con al menos veinticuatro horas de antelación para preverlo y evitar problemas a la hora de atender los reintegros en efectivo del día. Por favor, espere un momento.

—Conforme, yo *esperar*.

El empleado se levantó y se dirigió al despacho del subdirector. Volvió unos minutos después, le preparó un recibo y se lo entregó para que lo firmara. Acto seguido sacó el dinero de la caja, lo contó y se lo entregó a Alexander, en billetes de cincuenta euros. Alexander metió los tres mil euros en el mismo sobre donde llevaba los siete mil que traía desde su casa y lo guardó en el bolso de piel que colgaba de su hombro, cruzado sobre el cuerpo.

Yuri miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba pendiente de lo que hacía su jefe.

Alexander le ordenó a Yuri que esperara un momento y llamó al despacho del subdirector del banco. Entró y le dijo que había pedido a su banco ruso una transferencia de veinte mil euros y que tan pronto llegara el dinero necesitaba retirar quince mil en efectivo.

—De acuerdo, no hay ningún problema, pero avíseme con tiempo, al menos un día antes para pedirlo y tenerlo preparado en la sucursal.

—Conforme.

—Tome mi tarjeta —dijo el subdirector.

A continuación Yuri y Alexander salieron a la calle y se encaminaron hacia la cafetería del casino<sup>[16]</sup>. Se sentaron a una mesa en la terraza y pidieron un café con leche y un vaso de agua fría cada uno. Alexander le preguntó a Yuri si deseaba comer algo y este le dijo que no. Colocó el móvil sobre la mesa, mantuvo el bolso colgado del hombro, como si temiera dejarlo en una silla, y consultó su reloj. Eran las nueve y media de la mañana.

Yuri sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Dejó el paquete en la mesa y Alexander cogió un cigarro y se lo puso entre los labios. Yuri le dio fuego. El camarero les sirvió los cafés y Alexander le pidió edulcorante en

lugar del azúcar que le había servido con la taza. El camarero le dio un sobrecito de sacarina que sacó de un bolsillo del pantalón y se retiró, haciendo una ligera reverencia.

Los dos fumaron sin dejar de mirar el teléfono, en silencio, esperando la llamada de la secuestradora.

Serían las diez y media cuando sonó el tono de llamada del móvil. Alexander leyó en la pantalla que se trataba de un número oculto. Descolgó, pensando que era la secuestradora, y dijo:

—¿Sí?

—Hola, ¿ya tienes el dinero?

Era la misma voz de mujer que lo había llamado el día anterior.

—Por supuesto que sí. ¿Cómo está mi hija?

—Está bien, no te preocupes por ella. Mete el dinero en un sobre.

—Eso no es problema, ya está hecho.

—¿Sabes dónde está la Torre del Moro<sup>[17]</sup>?

—Sí, en cabo Cervera, cerca del hotel Masa. He pasado por ese lugar montones de veces y la he visto.

—Exactamente. Bien... Pues ve hasta allí y deja el sobre dentro de la papelera metálica para residuos caninos que encontrarás a la izquierda del acceso a la torre desde la carretera. Pasaremos a recogerlo. No se te ocurra avisar a la policía. Si lo haces no volverás a ver a Vika, te lo repito por si lo has olvidado.

—Conforme. Ahora mismo me dirigiré hasta allí con el coche. No tardaré más de un cuarto de hora o veinte minutos en llegar.

—Bien... Cuando hayas depositado el sobre en la papelera te marchas a toda leche de allí, ¿de acuerdo?

—Sí, eso haré.

—¿Cuándo tendrás el resto del dinero?

—Ya te lo dije. Ayer he ordenado la transferencia a mi cuenta en España. Lo tendré en dos o tres días si todo va bien.

—Te volveré a llamar. Ahora date prisa y haz lo que te he pedido. Y recuerda... No quiero ver a ningún poli por los alrededores de la torre.

Después de decir esto la mujer colgó.

Alexander le explicó a Yuri qué tenían que hacer según las instrucciones que acababa de recibir. Pagó los cafés y se marcharon a retirar el coche del aparcamiento. Salieron de Torrevieja en dirección norte. Cuando llegaron a la Torre del Moro, Yuri estacionó el Laguna en un espacio fuera de la calzada, muy cerca de la torre, y Alexander se apeó y enseguida localizó la papelera, que tenía la imagen bien visible de un perro, donde debía dejar el sobre; se acercó a ella, miró a su derecha y a su izquierda y no vio a nadie; entonces sacó el sobre del bolso y lo dejó caer en la papelera. Regresó al coche y le dijo a Yuri que diera la vuelta para marcharse de allí.

Había un tráfico normal para las once y cuarto de la mañana de un miércoles de junio, no demasiado denso. Yuri arrancó y bordeó el pequeño jardín de forma triangular, donde se encuentra el monumento a Nils Gäbel<sup>[18]</sup>, con la intención de incorporarse a la avenida Alfredo Nobel para regresar a casa, pero repentinamente frenó antes de meterse en la avenida y le dijo a Alexander:

—Creo que deberíamos esperar a ver quién es la persona que retira el dinero.

—¿Tú crees?, puede ser peligroso. Si nos descubre podría hacerle daño a Vika.

—No nos descubrirá si tenemos cuidado.

—Prefiero que nos vayamos, Yuri.

—Es una oportunidad de encontrar a Vika que seguramente no volveremos a tener, una oportunidad única. Por favor, confía en mí.

—Yuri, a mí me gustaría recuperar a mi hija cuanto antes, ya lo sabes, pero creo que debemos esperar a que vuelva a llamar la secuestradora para la entrega del resto del dinero. Entonces nos devolverán a Vika.

—Quizás tengas razón, pero insisto. Esperemos un momento, vemos quién viene a recoger el dinero, le hacemos unas fotos con el móvil, por si pudiéramos necesitarlas más adelante, y nos vamos a casa.

## **Capítulo 12 . El expolicía**

Alexander admitió en su fuero interno que el expolicía tenía razón. Merecía la pena arriesgarse a cambio de obtener unas fotos de la persona que iba a retirar el dinero. Así que aceptó la sugerencia de Yuri, no sin reservas. Este hizo marcha atrás y estacionó el coche cerca de un contenedor de basura, en una esquina del jardín triangular desde donde podían vigilar el acceso a la torre almenada.

Alexander encendió la radio del coche, bajó el volumen, sintonizó una emisora que emitía música instrumental, y se dispusieron los dos a esperar dentro del vehículo. El tiempo transcurría despacio. Eran casi las doce del mediodía y no aparecía nadie por allí a recoger el sobre. Yuri sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno a su jefe; este lo aceptó, el expolicía le dio fuego y él se puso otro cigarro entre los labios y lo encendió. Expulsaban el humo de cada calada por las ventanillas, cuyos cristales estaban bajados por completo. Empezaba a hacer calor, bastante calor. No dejaron de mirar hacia el lugar por donde debía entrar el secuestrador al recinto ajardinado de la torre para llegar hasta la papelera en la que estaba depositado el dinero.

De pronto Alexander giró la cabeza hacia Yuri y le dijo:

—¿Por qué dejaste la policía? Hace tiempo que quería preguntártelo.

—¿Por qué la dejé? Bueno, fue una decisión difícil de tomar. En parte la culpa la tuvo una bala del calibre 9 mm que me atravesó el hombro izquierdo y bien pudo llevarme al otro barrio si no hubiera conseguido apartarme de su trayectoria: la bala iba dirigida directamente a mi corazón. Maté de un tiro a mi agresor, un delincuente peligroso al que perseguía en una redada. Cuando me recuperé de la herida, después de un largo periodo de rehabilitación, aquel incidente me indujo a aceptar la baja en el cuerpo de policía gracias a la presión de Natasha y a una buena indemnización, que me permitió vivir sin

trabajar durante unos años, pasados los cuales estaba dispuesto a aceptar cualquier clase de empleo que me ofrecieran. Y entonces apareciste tú, y me ofreciste un empleo como chófer y guardaespaldas, un trabajo mucho mejor que el de empleado de un comercio, pues en aquel tiempo ayudaba a mi esposa en la tienda de souvenirs; la falta de actividad y el aburrimiento me ponían de los nervios, así que acepté tu oferta de empleo.

Alexander asintió y le dedicó una sonrisa cómplice.

Después de unos segundos de silencio, durante los que no dejaban de vigilar la entrada a la torre, Alexander dijo:

—Te agradezco mucho que hayas venido a España a ayudarnos a encontrar a Vika cuando podías estar de vacaciones con tu mujer.

—No tienes por qué darme las gracias, es mi trabajo y por eso me pagas. Lo hago con mucho gusto, de verdad... Lo importante ahora es encontrar a Vika. Ojalá pudiéramos rescatarla pronto. Aunque la verdad es que preferiría que la niña no hubiera desaparecido y poder estar con Natasha en Repino o en San Petersburgo de vacaciones.

—Aun cuando encontráramos pronto a Vika, como me gustaría, mi invitación para que venga Natasha seguiría en pie. Podéis quedaros en mi casa de La Zenia todo el tiempo que os apetezca.

—No creas que no lo había pensado. Le pedí a mi mujer que me acompañara cuando me avisaste, y ella me dijo que no quería interferir en mi trabajo. Sin embargo, estoy seguro de que le gustaría pasar unos días en España. Así que ya hablaremos del asunto más adelante.

—Pues hazlo. Llámala. Sería, además, mirando el lado egoísta por mi parte, una beneficiosa compañía para Olga, que está bastante deprimida, o triste, no lo sé, y muy sola desde que desapareció Vika. Dima también está

muy raro. Tiene una edad difícil y seguro que le está afectando la falta de su hermana.

Yuri meneó la cabeza y dijo:

—Estoy convencido de que encontremos pronto a Vika.

Terminaron de fumar el segundo cigarrillo y lo apagaron en el cenicero del coche. Alexander intentó encontrar otra emisora en el dial y le preguntó a Yuri qué música prefería. Este le dijo que buscara algo de clásica. Sintió Radio Clásica y en ese momento sonaba la Obertura 1612 de Chaikovski. «Déjalo ahí, por favor», pidió Yuri. Se mantuvieron en silencio, vigilantes, escuchando la música, sin dejar de consultar el reloj del salpicadero del coche.

A eso de la una y media de la tarde el conductor de un coche lo estacionó junto al acceso a la torre. Yuri y Alexander vieron a un hombre de mediana edad que descendía del vehículo, miraba a su alrededor y se acercaba hasta la papelería situada a la izquierda del acceso. El hombre miró dentro de la papelería, metió el brazo hasta el fondo y obtuvo lo que buscaba: un sobre abultado que contenía los diez mil euros. Lo abrió y observó que el dinero que esperaba encontrar estaba dentro. Aunque no lo contó. Lo guardó en una bolsa y regresó al coche, un Nissan todoterreno de color azul oscuro. Desde la posición del Laguna, ni Yuri ni Alexander pudieron leer la matrícula. El Nissan hizo marcha atrás y se incorporó a la avenida Alfredo Nobel, en dirección a la N-332. Yuri arrancó el coche y, accediendo también a la avenida desde el jardín de Nils Gäbel, se dispuso a seguirlo.

Consiguió colocarse detrás de dos coches que circulaban a continuación del Nissan. Este giró a la izquierda a la altura del restaurante asiático Sunshine y se metió en la ronda José Samper García. El tráfico en esa calle era mucho menos denso que el de la avenida Alfredo Nobel, y Yuri se

mantuvo a una distancia razonable, suficiente para evitar las sospechas del conductor del Nissan. Este desaceleró y aparcó delante de una casa de tres plantas. Yuri aparcó el Laguna enfrente de la casa, a una cierta distancia para no llamar la atención. Tomó nota en su cuaderno de la matrícula del Nissan y esperó junto a Alexander dentro del coche.

Después de transcurridos unos segundos el secuestrador descendió del todoterreno y se dirigió a la casa de tres plantas. Abrió la puerta metálica que daba entrada a un patio exterior, cruzó el patio, abrió la puerta de acceso a la planta baja de la vivienda, entró en ella y cerró tras él.

Yuri tomó nota de la dirección exacta de la casa en su cuaderno.

El corazón de Alexander latía a más de ciento veinte pulsaciones por minuto y la adrenalina fluía desmedida por su sistema circulatorio. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y dijo:

—Yuri, ¿te das cuenta?, Vika puede estar dentro de esa casa. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Yo sugiero que esperemos en el coche para observar los movimientos de esta gente. No sabemos cuántos son y, sí, como dices es muy probable que tu hija esté en esa casa. En mi opinión, deberíamos llamar a la Guardia Civil y explicar a los agentes lo que ha ocurrido hasta este momento: las llamadas de la secuestradora, la entrega del dinero, la recogida del sobre por parte de ese hombre, el seguimiento al Nissan hasta la casa donde el hombre ha entrado. Y pedirle a la Guardia Civil que se persone en este lugar con rapidez para rescatar a Vika.

—No sé qué hacer, Yuri, puede resultar muy peligroso para mi hija si la tuvieran ahí dentro. Ellos me indicaron con amenazas de muerte que no avisara a la policía.

—Sí, pero la policía sabe mucho mejor que nosotros qué hay que hacer en estos casos, y dispone de los recursos necesarios para hacerlo. Créeme. ¿Quieres que llame yo?

—No, espera un momento. Déjame pensarlo.

## **Capítulo 13 . Vika puede estar en esa casa**

Entretanto, Olga se encontraba sentada en un cómodo sillón de mimbre en el jardín de la villa, a la sombra de un frondoso pino, e intentaba leer la novela *Tokio Blues* de Murakami, pero cada cinco minutos consultaba su reloj, incapaz de concentrarse en la lectura. Se preguntaba qué habría sucedido con la entrega del rescate en la Torre del Moro, y por qué Alexander no la había llamado, por qué no habían regresado aún. Pensó que algo no había salido bien.

Se acercaba la hora del almuerzo y Olga abandonó sus elucubraciones y les dijo a Yelena y a Dima, que estaban nadando en la piscina, que salieran inmediatamente del agua y se ducharan antes de comer. Se levantó del sillón y dejó el libro en una mesita auxiliar. Entró en la casa a preparar algo de comida y, mientras ponía la mesa, oyó el tono de llamada de su teléfono móvil. Contestó enseguida:

—*Alló!*

—Olga, te llamo para que sepas que la entrega del rescate ha ido bien.

—Pero es muy tarde, ¿qué ha sucedido? Estaba preocupada.

—Que hemos estado esperando a ver quién recogía el dinero, y el hombre que lo ha hecho se ha demorado bastante en retirarlo.

—¿Ya estáis de vuelta?

—No. Todavía no. Hemos seguido al secuestrador hasta su casa y estamos vigilándola.

—Vika puede estar en esa casa.

—Sí, puede ser, por eso la estamos vigilando desde la acera de enfrente.

—¿Por qué no llamas a la policía?

—No. Pueden hacerle daño a Vika. Ahora debo colgar. Luego te volveré a llamar.

La llamada de Alexander la inquietó aún más de lo que estaba. Pensó que si él y Yuri se encontraban vigilando la casa donde los secuestradores podían tener a Vika lo lógico era llamar a la policía para que fueran a rescatarla. Pero tal vez Alexander tuviera razón, si lo hacía podía poner en peligro a Vika tal como le habían advertido por teléfono. Entonces ¿qué pensaban hacer para rescatarla? Sintió la necesidad de sentarse en una silla e imaginó a Vika atada de pies y manos en una habitación de la casa de los secuestradores, y a Yuri y Alexander, apostados a pocos metros de ella intentando recuperarla, pero cómo iban a hacerlo ellos solos, cómo podrían conseguirlo sin la ayuda de la policía.

Sin dejar de pensar en ello se levantó de la silla y se dirigió al frigorífico. Lo abrió, sacó unos filetes de ternera y los dejó en un plato sobre la encimera de la cocina. Se dijo a sí misma que quizá había llegado el momento tan esperado de volver a ver a su hijita, de poder abrazarla y mimarla. Se asomó al porche y comprobó que los niños ya habían salido de la piscina y estaban duchándose. Volvió a llamarlos.

Dima y Yelena se secaron con las toallas y entraron en la casa, se cambiaron de bañador en sus habitaciones y se pusieron una camiseta limpia. Acto seguido se sentaron a la mesa.

Olga ya había puesto la carne en la plancha y las patatas en la sartén, y había preparado una buena y abundante ensalada mixta. Les sirvió los filetes con patatas fritas y les puso ensalada en un plato aparte. Ella no tenía ganas de comer, estaba ausente, solo pensaba en que Alexander podía traerle a Vika de un momento a otro, anhelaba verla descender del coche, besarla, abrazarla.

—¿Y papá? —preguntó Dima al ver a su madre preocupada.

—Ha llamado para decir que él y Yuri vendrán un poco más tarde.

—¿Por qué?

Olga le contó a su hijo que Alexander y Yuri habían ido a entregar el dinero del rescate que habían pedido los secuestradores de su hermana.

—¿Del rescate? —dijo Dima con el ceño fruncido.

—Sí. Una mujer llamó a tu padre pidiendo dinero a cambio de la entrega de tu hermana.

—¿Por qué no me lo habíais dicho?

—Pensamos que era lo mejor. No debéis hablar de ello con nadie, ¿de acuerdo? Si lo hicierais pondríais en peligro a Vika.

—Sí, mamá. Sé guardar un secreto.

—Y yo también —dijo Yelena que había seguido muy atenta la conversación—. ¿Entonces van a recuperar a Vika hoy? —preguntó.

—Puede que sí, cariño, pero quizá debemos esperar unos días más. Los secuestradores han pedido más dinero. En cuanto lo tengamos, lo entregaremos y en ese momento nos darán a Vika.

—¿Habéis llamado a la policía? —preguntó Dima.

—No.

—¿Por qué?

—Para que los secuestradores no le hagan ningún daño a tu hermana. Nos lo han prohibido con amenazas muy serias.

Dima asintió varias veces con la cabeza y arrugó de nuevo el ceño.

Yelena preguntó:

—¿Vika está bien?

—Claro que sí.

—Tengo muchas ganas de volver a verla.

—Muy pronto volverá a estar con nosotros —le dijo Olga.

Los niños terminaron de comer y se marcharon de nuevo a la piscina. Olga salió al jardín y se sentó en un sillón, dispuesta a esperar la llegada de Alexander y Yuri, especulando con la posibilidad de que estos le trajeran a Vika.

## **Capítulo 14. Un grave dilema**

Alexander y Yuri se hallaban dentro del Laguna, estacionado enfrente de la vivienda donde acababa de entrar el hombre que había retirado el sobre del rescate. Alexander no había decidido aún si denunciar el secuestro a la policía —con el consiguiente riesgo que tal cosa representaba para Vika— o, por el contrario, no denunciarlo, y esperar unos días hasta que los secuestradores volvieran a llamarlo por teléfono para transmitirle las nuevas instrucciones sobre la entrega del resto del dinero a cambio de su hija.

Resolvió hacer esto último, y se lo comunicó a Yuri.

—Vámonos, no quiero exponer a mi hija a que esos delincuentes bastardos puedan hacerle algún daño irreparable si llamamos a la policía.

Yuri movió la cabeza en un gesto de desaprobación que no pasó inadvertido para Alexander.

—De acuerdo, pero me gustaría vigilar la casa durante un rato —dijo Yuri—, si no te importa. Puede que podamos averiguar si Vika está ahí dentro y si además del hombre que acaba de entrar hay alguna otra persona.

—Conforme —dijo Alexander y consultó su reloj de pulsera.

Reclinaron un poco los asientos para no ser vistos desde la calle. Los dos observaban la casa, por si alguien salía o entraba, con el teléfono móvil en la mano, dispuesto para hacer fotos. Yuri, además, intentaba averiguar si había alguna manera de acceder a la casa. Se trataba de un adosado de tres plantas, construido en ladrillo blanco, en medio de otras dos viviendas iguales. Desde la calle se accedía a un patio pequeño a través de una puerta metálica de chapa lacada en blanco, y cruzando dicho patio se veía una nueva puerta blindada de madera, que daba acceso a la planta baja de la vivienda. En la fachada de la planta baja había dos ventanas enrejadas, cuyas persianas

estaban subidas casi hasta arriba. Sobre la planta baja había un alero de teja que sobresalía medio metro de la pared y, encima, una balaustrada de setenta centímetros de hormigón, pintada de blanco, detrás de la cual había una terraza. En la primera planta podía verse una ventana con persiana y reja metálica, y al lado de ella un ventanal de salida a la terraza, con persiana y verja metálica plegable. Las persianas, tanto la de la ventana como la del ventanal, estaban levantadas hasta media altura, y la verja plegable se encontraba medio abierta. En la segunda planta había dos ventanas con rejas, y las persianas estaban totalmente bajadas, como si nadie usara esas habitaciones.

Yuri, mientras observaba la casa, se había hecho una idea de cómo podía acceder al interior de la vivienda si fuera necesario.

Giró la vista hacia su jefe y le preguntó:

—¿No tienes hambre?

—No mucha, la verdad, pero tengo la boca seca. ¿Y tú?

—Yo estoy hambriento. ¿Por qué no vas a comprar algo mientras yo vigilo la casa? O si lo prefieres voy yo y tú te quedas vigilando.

—Será mejor que vaya yo. ¿Qué quieres?

—Un bocadillo de lo que sea y un refresco serán suficientes.

Alexander miró hacia la casa y se apeó del Laguna. Empezó una caminata hasta que encontró una tienda de comestibles en una de las calles de la zona adyacente. Compró dos bocadillos de jamón y dos Coca Colas, y regresó al coche con la comida en una bolsa de plástico.

Eran algo más de las tres de la tarde y habían acabado de comerse los bocadillos cuando vieron salir a dos personas de la casa. Una de ellas era el

hombre de mediana edad, unos cuarenta años, que había recogido de la papelería el sobre del dinero. La otra persona era una mujer, también de mediana edad, de pelo castaño, suelto en una melena hasta más abajo de los hombros. Él iba vestido con pantalón corto y camisa de manga corta por fuera del pantalón; ella llevaba un bañador, una blusa blanca anudada a la cintura y un sombrero de ala ancha en la mano. Después de cerrar la puerta de la calle con llave, se alejaron caminando en dirección a la playa. Yuri les hizo varias fotografías con el teléfono móvil antes de que la mujer se pusiera la pámela para cubrirse de los rayos abrasadores del sol.

—Esa mujer podría ser la misma que me llamó pidiendo el rescate —dijo Alexander señalando con la cabeza.

—Es posible que sea ella, sí.

—¿Tú crees que dentro de la casa podría estar mi hija?

—No lo sé, Alexander. Puede ser que tu hija esté ahí dentro, pero también podría estar en otro lugar al cuidado de una tercera persona. Me gustaría salir de dudas. ¿Te has fijado en que la verja plegable del ventanal del primer piso no está cerrada del todo?

—No me he fijado. A ver... Sí, tienes razón. ¿Qué insinúas?

—Fíjate, no parece tan difícil acceder a la casa subiendo a la terraza y entrando por el ventanal.

—¿Entrar en la casa?

—Pues sí. Así salimos de dudas. Tú quédate en el coche y me avisas con un mensaje de móvil si ves volver a esos dos.

—¿Y si hay alguien dentro de la casa vigilando a Vika? Podría ser fatal para ella y para ti.

—No te preocupes, tengo esto —dijo Yuri mostrándole la pistola. Voy para allá. Tú vigila.

Yuri se apeó del coche, guardó el arma donde solía llevarla y cruzó la calle a paso rápido hasta la casa. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que no venía nadie en ese momento y franqueó el muro de la casa para incorporarse al pequeño patio exterior. Desde el patio se subió a un muro de separación con la casa adosada y consiguió encaramarse hasta la balaustrada y saltar a la terraza del primero. Yuri era un hombre fuerte y no estaba grueso, sino en buena forma.

Se asomó a la ventana enrejada y comprobó que no había nadie en la habitación de la izquierda. Empuñó la pistola y descorrió la verja, lentamente, procurando no hacer ningún ruido, lo que no consiguió del todo. El ventanal abierto le permitió meterse en la habitación grande del primer piso de la casa. Comprobó que no había nadie en ninguna de las dos estancias, y a continuación miró en el cuarto de baño donde tampoco encontró a nadie. Subió por la escalera al segundo piso de la vivienda, se encontró con un pasillo y las puertas cerradas de dos habitaciones más un baño. Permaneció parado unos instantes, prestando atención por si podía oír algún ruido. Todo estaba en absoluto silencio. Entró empuñando el arma en la primera habitación, donde no había más que dos camas, una mesilla y un armario, pero ninguna persona; después hizo lo mismo con la segunda habitación y tampoco encontró a nadie. Por último miró en el cuarto de baño. Acto seguido bajó hasta la planta baja, donde halló el salón, un dormitorio más, una cocina, un patio pequeño en la parte posterior de la casa y un aseo. Con el arma en la mano lo escrutó todo y constató que en aquella casa no había nadie.

Vika no estaba allí.

Desde dentro abrió la puerta de la entrada, que no estaba cerrada con llave, y salió al pequeño patio exterior; desde allí saltó a la calle y se dirigió hasta el Laguna donde lo esperaba Alexander.

—¿Qué ha pasado? ¿No está Vika?

—La casa está vacía. Dentro no hay ni rastro de tu hija. No la tienen en esa casa.

—Entonces... ¿Dónde la tienen?

—Esa es una buena pregunta cuya respuesta tendremos que averiguar.

Alexander permaneció callado con el entrecejo fruncido. Yuri lo miró fijamente y vio a un hombre abatido.

Yuri puso en marcha el motor del coche y regresaron a La Zenia. Ninguno de los dos abrió la boca en todo el trayecto. Yuri seguía pensando en que debían acudir a la policía a denunciar el secuestro, pero no quería volver a sacar a colación el tema, sabía perfectamente qué opinaba su jefe.

Alexander confiaba en que, después de entregar el dinero que faltaba para completar el rescate, recuperaría a su hija y se olvidaría de todo lo que habían sufrido él y su familia. Pero mientras eso no ocurriera sabía que no podría volver a dormir tranquilo por la noche si no ingería algún fármaco. Sentía una opresión en el pecho cuando imaginaba que podían haber abusado de su hija, o que la hubieran matado y enterrado en algún lugar recóndito, o arrojado el cadáver dentro de un pozo, o en una balsa de riego en el campo. Trataba de evitar estos horribles pensamientos que lo atormentaban, e intentaba discurrir con claridad y con sentido común. Quería suponer que los delincuentes que habían raptado a Vika actuaban por dinero, solo por dinero, y que tan pronto obtuvieran su botín la dejarían marchar.

Olga, al ver entrar el coche en el garaje, fue rápidamente al encuentro de

Alexander y le preguntó qué había ocurrido. Este le explicó con todo detalle qué habían estado haciendo él y Yuri después de sacar el dinero del banco y depositarlo en la papelera de la Torre del Moro, y cómo Yuri se había arriesgado a entrar en la casa donde suponían que estaba retenida Vika, pero desgraciadamente no la había encontrado.

—¿No la habéis encontrado? ¿Dónde está mi hija? —dijo Olga mirando fijamente a su esposo, reflejando en su rostro la profunda decepción que había sufrido.

—No lo sé. Puede ser que la tengan en otro lugar.

—¿Otro lugar? ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Creo que debemos esperar a que los secuestradores vuelvan a llamarnos. No me fio de esta gente, la verdad, pero no tenemos otra alternativa si no queremos poner en peligro a nuestra hija, si queremos recuperarla viva y sin daño alguno.

Olga se giró y comenzó a llorar sin consuelo mientras se encaminaba hacia su alcoba.

Yuri se dirigió también a su habitación y se tumbó en la cama, encendió un cigarrillo y estuvo recapacitando. Apagó la colilla en el cenicero, se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Necesitaba encontrar algún indicio que lo ayudara a localizar a Vika. Se puso en pie y buscó su cuaderno de notas en un cajón del escritorio. Se sentó en la silla y estuvo un buen rato repasando lo que había escrito en él desde su llegada a La Zenia. Concluyó que los únicos hilos de los que podía tirar estaban relacionados con la llamada telefónica de la mujer a Alexander pidiéndole el rescate, la entrega del sobre y el hombre que lo recogió de la papelera, la casa de la ronda José

Samper García, la pareja que había salido de aquella casa, y, en principio, no tenía nada más.

Se hizo a sí mismo algunas preguntas, con el fin de aclarar sus ideas y ver si se le ocurría alguna estrategia a seguir.

¿Quiénes eran las dos personas que habían salido de la casa? Yuri supuso que la mujer era la misma que había llamado por teléfono a Alexander, y sabía también que era rusa, según le había dicho su jefe.

¿También era ruso el hombre que recogió el sobre? Era lo más probable, y seguramente el conocer su nacionalidad no tuviera ninguna relevancia, a menos que los dos pudieran estar relacionados con Vladimir. O quizá pertenecieran a una organización mafiosa distinta y Vladimir no tuviera nada que ver con el secuestro, y ni siquiera estuviera al tanto del mismo. Esto último parecía bastante plausible, existiendo como existía la relación *financiera* entre este y su jefe. Sin embargo, había que tener en cuenta que Vladimir era un tipo peligroso y Alexander le debía mucho dinero.

¿Acaso las dos personas que acababan de dejar la casa actuaban por libre? Podría ser, aun cuando cabía la posibilidad de que hubiera una tercera persona que estuviera a cargo de la niña en algún otro apartamento, y por eso no la encontró en la casa de la ronda José Samper García.

Pero, se preguntaba también, ¿por qué retener a la niña en otro lugar, habiendo como había suficiente espacio en la casa en la que él había entrado sin permiso? Tal vez desearan tener a Vika en un lugar aislado, solitario, donde nadie pudiera verla e identificarla como la niña secuestrada que había aparecido en la televisión y los periódicos.

¿Quiénes eran, pues, los secuestradores? ¿Tenían antecedentes policiales? No poder acudir a la policía para averiguar si estaban fichados y quiénes eran

suponía un inconveniente serio. Disponía de sus fotos y la policía podría identificarlos, pero esto no era negociable con Alexander por el momento, así que esa posibilidad existía. Sin embargo, no podía utilizarla.

Yuri se levantó de la silla, dejó el cuaderno sobre la mesa y se cambió de ropa para darse un buen baño en la piscina, hacía calor y necesitaba refrescarse, hacer un poco de ejercicio y relajarse. Pero no dejó de pensar en qué podía hacer para encontrar a Vika.

## **Capítulo 15 . El osito de peluche**

Eran las nueve de la mañana de un día radiante de finales de junio, de cielo azul sin una sola nube. Un día que presagiaba calor y mucha humedad, como para no dejar de sudar. María estaba limpiando los cristales de la casa con una bayeta y un espray. Alexander se le acercó y le preguntó si había visto el osito de peluche de Yelena.

—Supongo que se refiere al osito que dejo apoyado en su almohada después de hacerle la cama.

—Sí, ese.

—Anteayer, cuando hice la habitación de las niñas, no lo encontré. Pensé que ella se lo habría llevado y lo habría dejado olvidado en algún lugar de la casa.

—Anoche al acostarse Yelena no *encontrar* osito en su cama. Como tiene la costumbre de dormir abrazada a él, se puso a llorar y no había manera de *calmar a ella*. Estaba muy nerviosa. Olga y yo *buscar* por toda la casa y no *encontrar*. Olga le dio un osito de Vika, pero Yelena *querer* el suyo.

—Pues no lo he visto. Lo siento mucho. Por cierto, qué saben de Vika.

—Nada, no *saber* nada todavía —dijo Alexander sin darle más explicaciones.

María meneó la cabeza de un lado a otro y continuó con su tarea. Sin volver la vista hacia Alexander, le dijo:

—Espero que esté bien y que la recuperemos pronto.

—Eso *esperar* todos, gracias —dijo Alexander y se marchó hacia la cocina a preparar el café como de costumbre.

Olga y los niños se hallaban aún en la cama, y Yuri se había marchado a

caminar descalzo por la orilla del mar, tal como solía hacer a diario. Alexander estaba desayunando en la cocina cuando Yuri regresó de la playa y se unió a él. Se preparó un café con leche, se sentó a la mesa y le preguntó:

—¿Todavía no te han llamado los secuestradores?

—Aún no. Es pronto. Les dije que tardaría unos días en recibir la transferencia. El dinero debe de estar a punto de llegar. Es muy probable que llegue hoy o mañana a mi cuenta del banco.

—Perdona que insista, Alexander, ¿no has cambiado de opinión en cuanto a informar a la policía española?

—No, no quiero arriesgarme en absoluto, se trata de la vida de mi hija.

—¿Y si das el dinero y ellos no te la devuelven?

—Espero que eso no ocurra. De todas formas tendré que arriesgarme.

—Debes pedir que te entreguen a la niña en el momento de darles el dinero. Yo te acompañaré si quieres.

En ese instante apareció Olga en la cocina. Saludó y se preparó un café con leche. Preguntó lo mismo que había preguntado Yuri unos minutos antes.

—¿Te han llamado?

—Aún no —dijo Alexander.

—¡¿Y a qué esperan?! ¡¿Por qué no nos han llamado aún?! —espetó Olga, fuera de sí.

—No lo sé, cariño. He mirado la cuenta por internet y aún no ha llegado la transferencia. Vamos a tranquilizarnos.

—¿Y la policía? ¿Qué está haciendo la policía? ¿Por qué no nos llaman para informarnos de cómo va la búsqueda de Vika?

—Supongo que no habrán encontrado nada nuevo para llamarnos —dijo Alexander.

—Creo que debemos informar a la policía de la llamada de la secuestradora y entrega del rescate.

—No. En mi opinión, tenemos que esperar a que nos vuelvan a llamar los secuestradores.

Olga guardó silencio. Se tomó su café a sorbos, de pie, apoyada la espalda en la encimera de la cocina, absorta, con la vista puesta en la taza y, como si de repente se hubiera acordado, levantó la vista hacia Alexander y le dijo:

—Voy a ver si María sabe dónde está el osito de peluche de Yelena.

—No te molestes. Ya he hablado yo con ella de ese tema hace un momento y me ha dicho que no sabe nada.

—No lo entiendo. Lo hemos buscado por todas partes. O Yelena lo ha dejado en cualquier lugar y no se acuerda o alguien lo ha cogido de la cama, pero ¿quién?, ¿por qué?

—Yo no he sido —dijo Yuri doblando los brazos hacia arriba con las palmas de las manos abiertas, tal como hacen algunos futbolistas cuando acaban de cometer una falta evidente y el árbitro la señala.

—Entonces solo puede haber sido Dima. Pero ¿para qué lo quiere él? ¿Por qué lo habrá hecho? —dijo Olga.

Dima negó haber cogido el peluche cuando su madre le preguntó por él. Salió como un cohete de la casa, cogió la bicicleta que había dejado tumbada en el césped del jardín y se fue a dar una vuelta por la urbanización. Antes de salir, Olga le dijo:

—¿Te vas? No has desayunado aún.

—Cuando vuelva desayunaré, mamá.

En eso Yelena se despertó y llamó varias veces a Olga. Olga fue hasta su cuarto y la encontró llorando. Se sentó en el borde de la cama y le preguntó:

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Quiero irme con mis padres.

—Los echas de menos, ¿verdad?

—Sí, y a Vika también.

—Ella pronto estará de nuevo con nosotros, ya lo verás —dijo Olga y esperó unos segundos con el fin de contener las lágrimas. Al cabo continuó —: ¿Quieres que Yuri nos lleve de tiendas a las dos? Podríamos comprar otro peluche.

—Yo prefiero el mío.

—Lo encontraremos, te lo prometo. Ven a desayunar. Después te ayudo a elegir un vestido, te peino y nos vamos al centro comercial, o mejor aún, nos vamos a la ciudad.

Olga cogió de la mano a Yelena y se la llevó a la cocina. Le preparó un buen vaso de leche y una tostada con mantequilla, y se sentó con ella a la mesa. Después la acompañó, cogida de la mano otra vez, a su cuarto. Yelena había cambiado de humor, estaba contenta de que Olga le prestara atención y la llevara de compras. El episodio de la pérdida del osito de peluche la había disgustado exageradamente. Era su fetiche y no podía dormirse sin él. Pero ahora pensaba en que Olga la iba a llevar de compras y se había olvidado del osito.

—¿Quieres ponerte un vestido de Vika? Ven, miremos en su armario a

ver cuál de ellos te gusta.

Olga abrió las puertas del ropero de su hija y buscó entre los vestidos colgados en la barra un vestido blanco de piqué estampado de flores de tonos verde, beige y rojo, sin mangas y cuello redondo, que Vika había estrenado unos días antes de desaparecer, pero no pudo encontrarlo. El vestido no estaba colgado de ninguna percha. Había desaparecido como ella. Lo buscó una vez más e incluso abrió los cajones donde Vika guardaba la ropa interior, los pijamas, los jerseys de temporada, las camisetas..., por si acaso ella lo hubiera metido doblado en alguno de ellos, y al husmear en los cajones a Olga le pareció que faltaba algo, pero pensó que acaso se debiera al perfecto orden en que la ropa estaba amontonada. Se hallaba todo ordenado, sí, y cada prenda en su cajón, y, con todo, había algo que no cuadraba. Vika era bastante desordenada y guardaba su ropa de cualquier manera. Puede que no faltara nada más, pero el vestido había desaparecido, de eso Olga estaba segura. Supuso que María lo habría colgado en el armario de Yelena. Y miró en el armario de Yelena. Pero tampoco estaba allí. «Quizás María lo haya estropeado al lavarlo o al plancharlo, y lo haya tirado a la basura, o qué sé yo —se dijo para sí—. Si lo ha estropeado y tirado tenía que haberme informado. Mañana le preguntaré qué ha pasado con el vestido».

Cogió otro vestido del armario de Vika y se lo entregó a Yelena.

—Toma, cariño, ponte este.

Yelena se lo probó y vio que le quedaba perfecto, ella y Vika usaban la misma talla. Se miró en el espejo y se dio la vuelta varias veces, observándose.

—Estás muy guapa.

—Gracias, Olga.

—Ven que te peine.

Olga le hizo una coleta y, después de mirarse de nuevo en el espejo de cuerpo entero de su armario, Yelena la abrazó y Olga le devolvió el abrazo, la besó en la mejilla y se emocionó.

Las dos salieron del cuarto cogidas de la mano.

Yelena esperó a Olga sentada frente a la televisión mientras esta se arreglaba para salir.

Olga le pidió a Yuri, que estaba limpiando el coche en el garaje, si podía llevarlas a la ciudad.

—¿Adónde queréis ir?

—Llévanos al centro de Torre Vieja. Vamos de compras —dijo Olga mirando a Yelena con un gesto de complicidad.

—*Jarashó* —dijo Yuri esbozando una sonrisa amplia.

Yuri sacó el Renault Laguna del garaje y esperó a que Olga y Yelena se acomodaran detrás para arrancar y dirigirse hacia la ciudad.

Alexander se quedó en la casa. Se puso el bañador y se fue a la piscina a nadar unos largos. Después se tumbó en una hamaca con una lata de cerveza en la mano y encendió un cigarrillo. Llevaba más de diez años sin fumar, pero hacía días que fumaba a escondidas o cuando Yuri le ofrecía uno de su cajetilla. Se lo fumó mirando el cielo azul, disfrutando de cada calada, y pensando en que Vika volvería a casa muy pronto. Se incorporó y antes de zambullirse en el agua recibió una llamada telefónica.

—*Da!* —dijo pensando que era la secuestradora.

—Hola, ¿cómo va todo por ahí?

Era una voz masculina que Alexander no reconoció de inmediato. Tras unos segundos de vacilación, dijo:

—Hola, Vladimir, esperaba tu llamada. ¿Sabes algo del secuestro de mi hija?

—Hice lo que me pediste, he preguntado por ahí a mis contactos y no he podido enterarme de nada.

—¿Nadie ha oído hablar del secuestro?

—No. Si hubiera sabido algo te habría llamado.

Alexander se percató de que la llamada de Vladimir tenía otro objetivo distinto al que a él le interesaba, y supo de inmediato cuál era.

—Te lo agradezco.

—Te llamo por otro asunto. Me acaban de comunicar que me han devuelto las facturas. Y no es la primera vez. ¿Qué pasa? ¿Tienes problemas de dinero o qué?

—No. Hablaré con mi gente. Debe de haber algún error.

—¿Un error? Mira, no me toques los huevos. No me gusta que me engañen.

—En serio, debe de tratarse de un malentendido. Voy a hablar con mi departamento de Administración para aclararlo ahora mismo.

—Eso espero. Ya sabes que...

—No te preocupes. Esta misma mañana llamaré a ver qué ha ocurrido con las facturas y trataré de solucionarlo. Te digo algo.

—Llámame cuando lo aclares, *amigo* —dijo utilizando un énfasis inquietante.

Dicho esto, Vladimir colgó.

Alexander evocó cómo había conocido a Vladimir B. Fue su amigo Nikolai quien se lo presentó un jueves en su casa, antes de comenzar la partida de póquer. Vladimir no era un jugador habitual de las partidas de los jueves, solo acudía de cuando en cuando. Una noche, después de terminar la partida, Vladimir le propuso a Alexander una manera sencilla de ganarse un buen dinero. Él se lo pensó y decidió arriesgarse. Le dijo que sí y desde esa fecha comenzó a recibir maletines de dinero, al menos, una vez al mes.

Alexander regresó a la realidad, se lanzó al agua y nadó hasta que no pudo aguantar más, le dolía todo el cuerpo, pensó que tenía que adelgazar y ponerse en forma. Salió de la piscina por la escalerilla de acero inoxidable y permaneció de pie hasta que el sol le secó la humedad de la piel. Encendió otro cigarrillo y se lo fumó pensando en que lo que acababa de reclamarle Vladimir no era ni con mucho tan importante como la ausencia de su hija. Con todo, tenía que ver cómo podía pagarle las facturas cuanto antes, no debía incomodarlo, podía ser un enemigo cruel, capaz de cualquier cosa, pero por el momento no podía saldar la deuda, era imposible. Necesitaba un aplazamiento hasta que las cosas le fueran mejor.

## **Capítulo 16 . Día de compras**

Olga y Yelena recorrieron las tiendas de ropa del centro de la ciudad. Entraron en una y en otra, y en algunas más, y se probaron un sinfín de prendas. Yelena estaba feliz, le gustaba que Olga estuviera pendiente de ella. Esta intentaba complacerla, distraerse y olvidarse de que su pensamiento se ausentaba de vez en cuando al acordarse de Vika. Una sonrisa, un gesto espontáneo, una mirada ingenua de Yelena le recordaba a su hija continuamente.

Mientras tanto Yuri se acercó al puesto de la Guardia Civil a preguntar por el estado de la investigación de la desaparición de Vika. Lo hicieron esperar, sentado en una silla, alrededor de media hora, y finalmente un agente lo acompañó hasta el despacho de su superior. Este le explicó a Yuri que seguían buscándola y estaban siguiendo una pista, pero era demasiado débil todavía. Le dijo que un comerciante de raza negra, que vendía artesanía y artículos de regalo, aseguró haber visto aquella noche a la niña de la fotografía cogida de la mano de una mujer. No se fijó lo suficiente en la mujer, sino solo en la niña, así que no había podido describirla. Sin embargo, sí estaba seguro de que la menor, si no era Vika, se parecía bastante a la que estaban buscando, debía de tener la misma edad y llevaba un vestido rojo.

—¿Pero la niña iba de buen grado con la mujer o esta la llevaba a la fuerza? —preguntó Yuri al oficial.

—No está claro. Esa misma pregunta se la formulamos al comerciante negro y él cree que la acompañaba voluntariamente, pero no pudo asegurarlo.

Yuri escribió una nota en su cuaderno y se encogió de hombros.

—Eso significa que Vika conocía a la mujer que la llevaba de la mano —dijo Yuri.

—No necesariamente. Puede ser que la niña se desorientara y esa mujer, al verla perdida, le prometió acompañarla a buscar a sus padres o a la policía —dijo el oficial.

—Sí, puede ser. También parece lógico pensar que esa mujer la retuvo en lugar de buscar a sus padres para entregarla.

Yuri acarició la idea de contarle al guardia civil que su jefe había recibido una llamada telefónica pidiendo un rescate, pero no podía hablar de ello por la petición expresa que le había hecho Alexander de dejar al margen a la policía, por miedo a que le hicieran daño a Vika, así que no lo hizo.

—¿Por qué no nos han llamado para informarnos de esta declaración del comerciante? Parece una buena pista a seguir —dijo Yuri.

—Mire... Sabemos lo que están sufriendo los padres de Vika, pero quiero que sepa que estamos realizando nuestro trabajo lo mejor que sabemos y dentro de nuestras posibilidades —dijo el oficial en tono de disculpa y tras una breve pausa añadió—: Compréndalo, no podemos estar informando de cada indicio que encontremos, puede crear falsas expectativas en los familiares. Tenga en cuenta que hemos recibido varias llamadas denunciando posibles avistamientos de la niña que, una vez comprobados, no resultaron ser positivos. Se lo he comentado a usted ahora que ha venido a preguntar, y usted decide si debe contárselo a los padres o no.

—Puede que tenga usted razón. Le agradezco que me haya hablado de ello, y de que estén haciendo todo lo posible, pero comprenda la angustia que sienten los padres al no tener noticias de su hija —dijo Yuri y pensó que intentaría localizar al comerciante negro que había visto a Vika con el fin de averiguar algo más.

—Dígame cómo puedo encontrar a ese comerciante que vio a la niña —

dijo Yuri.

—Es un senegalés que tiene una caseta cerca del comienzo del paseo del Dique de Levante<sup>[19]</sup>.

—¿Cómo se llama?

—No lo recuerdo. Espere un momento.

El oficial se levantó y consultó el expediente de Vika. Al cabo de unos minutos regresó y dijo:

—Su nombre es Madou.

—Gracias.

Desde las dependencias de la Guardia Civil Yuri se encaminó hacia la heladería Sirvent, la que hay en la plaza Waldo Calero<sup>[20]</sup>, donde se había citado con Olga y Yelena. Se sentó a una mesa en la terraza y pidió una cerveza. Era ya la hora del almuerzo y supuso que no tardarían en llegar. De pronto vio venir a Olga y Yelena cargadas de bolsas de papel. Caminaban sonrientes, cogidas de la mano. Yuri se levantó de su asiento cuando las dos llegaron a su lado. Se saludaron y todos se sentaron a la mesa. Ellas suspiraron, cansadas, y dejaron las bolsas en una silla vacía.

Hacía bastante calor. Olga se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de papel. Un camarero, al verlas, se acercó a la mesa que ocupaban y les preguntó qué iba a ser. A Yelena le apetecía tomar un helado, pero Olga le dijo que era un poco tarde para helados, pronto llegarían a casa a comer; pidieron dos bebidas: Yelena, una Coca Cola y Olga una cerveza fría.

—¿Qué te ha dicho la Guardia Civil? —preguntó Olga.

Yuri supuso que no era el momento adecuado de contarle lo que le había dicho el guardia civil a propósito del comerciante negro, pues Olga estaba

pasando un buen día con Yelena y no quería estropeárselo, entristecerla recordándole la desaparición de Vika, y dándole falsas esperanzas. «Más tarde se lo explicaré a Alexander y a ella», se dijo a sí mismo.

—Nada nuevo. Siguen investigando y buscándola aún —dijo Yuri.

Olga vio venir al camarero con los refrescos en una bandeja y asintió moviendo la cabeza.

—¿Qué habéis comprado? —dijo Yuri.

Yelena sacó un osito de peluche de una de las bolsas y se lo mostró.

—¿Te gusta?

—Sí, es como el tuyo.

—Como el mío no es, pero me gusta mucho. También hemos comprado dos camisetas y un vestido para mí.

—¿Puedo verlos?

—Claro —dijo la niña. Sacó la ropa de las bolsas y se la mostró a Yuri.

—Me gustan mucho las camisetas y el vestido también es muy bonito.

—Me sientan muy bien, ya lo verás cuando llegemos a casa y me los pruebe.

Olga pagó la consumición al camarero, a pesar de que Yuri intentó hacerse cargo de la cuenta, y después se levantaron de la mesa.

Cuando caminaban hacia el coche, en el parking del puerto se encontraron con María y Juan, que estaban guardando en el maletero las bolsas de las compras que habían realizado. Olga se acercó a ellos y los llamó antes de que entraran en el coche. Se saludaron con amabilidad.

—¡Hola, Olga! —dijo María y se acercó a ella a darle un beso, le dio otro

beso a Yelena y le alargó la mano a Yuri para estrechársela. Juan solo dijo qué tal y se mantuvo en silencio detrás de María. Tras una fugaz pausa esta añadió—: Hemos venido a hacer la compra. Nos gusta venir a La Plasa de Torre Vieja de vez en cuando, tienen un pescado muy fresco y muy buena fruta. ¿Y vosotros?

—No la he entendido bien —dijo Olga dirigiéndose a Yuri. Este le tradujo lo que había dicho María.

—Nosotros también *venir* a comprar ropa—dijo Olga.

Yelena le mostró a María el osito de peluche que le habían comprado en una tienda de juguetes.

—¡Ah, estupendo! ¿Aún no has encontrado el tuyo?

Yuri le tradujo a la niña la pregunta. Y ella dijo:

—*Niet, niet.*

—Ese es muy bonito también. Cuando vaya a La Zenia, si quieres, te ayudo a buscarlo por toda la casa.

De nuevo Yuri tradujo lo que había dicho María y Yelena asintió.

—Bueno, tenemos que marcharnos —dijo María—, aún tengo que hacer la comida y recoger la casa, llevamos casi toda la mañana por ahí.

—Adiós —dijo Olga.

—Mañana no puedo ir a la villa, iba a llamarte para decírtelo. Es que operan a mi madre en el hospital de la Vega Baja.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Yuri.

—Tiene una hernia inguinal, lleva tiempo con dolores en esa zona, y el médico nos dijo que no debía dejar pasar mucho más tiempo sin operarse. Ya

le han hecho el preoperatorio y está citada para mañana en el hospital. Estaré con ella algún día. Me han dicho que serán solo uno o dos días.

—Espero que todo le vaya bien a tu madre —dijo Yuri y tradujo para Olga.

—Gracias —dijo María—. Olga, te avisaré si hubiera algún problema y si no, volveré en un par de días.

María se acomodó en el asiento del acompañante, y Juan arrancó el coche y dijo adiós con un movimiento de la mano.

Antes de que se fueran, Olga le pidió a Yuri que le dijera a Juan que el césped estaba bastante largo. Yuri tradujo y Juan asintió con la cabeza y le dijo que iría en unos días a cortarlo.

En cuanto se hubieron marchado, Yuri le preguntó a Olga:

—¿María tiene hijos?

—No, no tiene, me dijo una vez que se le había muerto una hija y luego no pudo tener ninguno más, pero no sé cuál fue la causa de la muerte, no la entendí bien o no me lo dijo. Creo que no le gusta hablar de ello. ¿Por qué me lo preguntas?

—No es por nada, es solo por curiosidad.

Yuri se acercó al coche con las llaves preparadas en la mano. Lo abrió, dejaron las bolsas en el maletero y se acomodaron los tres, Olga y Yelena en el asiento de atrás, Yuri frente al volante.

Salieron del aparcamiento del puerto en dirección a La Zenia.

## **Capítulo 17 . Un ataque de asma**

Tres días después del encuentro con María y Juan en el parking del puerto, a eso de las ocho y media de la mañana Alexander se dirigió a saludar a Juan, que estaba cortando el césped de la parcela del chalet. La máquina hacía un ruido infernal así que Alexander pensó que podía despertar a Olga. Los niños dormían mucho mejor que ella a esa hora temprana y él llevaba un buen rato despierto.

—Hola, Juan. Es muy temprano para *cortar césped*.

Juan detuvo la máquina cortacésped para saludarlo.

—Hola, Alexander. Sí, es temprano, pero luego hace mucho calor.

—¿Cómo *estar* tu suegra?

—Bien. Todo ha ido bien. Ha sido rápido, ayer le dieron el alta médica en el hospital y ya está en su casa. María me ha dicho que podrá venir mañana a trabajar, luego se lo diré a Olga.

—Me alegro. ¿Cómo *ver* tú el jardín?

—Yo lo veo bastante bien. En febrero, si te parece, vendré a podar los árboles y mandaré venir a alguien para que pode las cuatro palmeras, yo ahí arriba no me puedo subir, y también el pino, que está muy grande.

—Conforme, ven cuando tú *creer* mejor momento para podar.

Juan asintió, volvió a poner en marcha el cortacésped y continuó con su tarea. Después de cortar la hierba tenía que desmochar los arbustos y los hibiscos del contorno de la parcela, recoger los residuos y llevarlos al contenedor.

—¡Se me olvidaba! —dijo Alexander elevando el tono de voz para que el ruido de la máquina le permitiera a Juan oírlo—. *Tener* que fumigar el jardín,

para no *haber* mosquitos.

—De acuerdo. Vendré uno de estos días con la máquina de fumigar y el insecticida.

Poco después Alexander acompañó a Yuri a dar un paseo por la playa. El mar estaba en calma y los rayos del sol centelleaban en las aguas rizadas por la brisa. Caminaban deprisa el uno junto al otro. Alexander apenas podía mantener el ritmo rápido de Yuri y se esforzaba por seguir a su lado. No hacía aún mucho calor, pero las gotas de sudor le empapaban la camiseta y le resbalaban por la frente.

Yuri le comentó que había estado en el puesto de la Guardia Civil recabando información, y el oficial al mando le había hablado de que un comerciante senegalés había visto en el mercadillo a Vika, o a una niña que se parecía mucho a ella, cogida de la mano de una mujer el día de su desaparición.

—¿Vio a mi hija de la mano de una mujer?

—Sí. El comerciante cree que era Vika, pero no pudo describir a la mujer.

—Podría tratarse de la secuestradora que me llamó.

—Desde luego que sí. No obstante, quiero ir al mercadillo a interrogar a ese hombre.

—Me gustaría ir contigo.

—Por supuesto.

Continuaron caminando y Yuri le contó que se habían encontrado con María y Juan en el aparcamiento del puerto.

—Se mostraron muy cordiales al vernos —dijo Yuri.

—Es normal, son personas muy afables.

Alexander le dijo a Yuri que no podía caminar más, que se iba a dar un baño. Yuri lo siguió. Los dos se metieron en el agua, cristalina y templada, y nadaron un buen rato.

Mientras tanto, Yelena, Dima y Olga se encontraban desayunando en la cocina. Yelena derramó, sin querer, un vaso de zumo de naranja en la mesa e intentó limpiarlo con unas servilletas de papel.

Dima dio un respingo y dijo:

—¡Qué torpe eres!

—Ha sido sin querer —alegó Yelena.

—No tenías que haber venido con nosotros de vacaciones.

Yelena se levantó de la mesa y se marchó llorando a su cuarto.

Olga reprendió a Dima con severidad. Le dijo que no le hablara de esa manera a la niña. Olga se levantó de la mesa y se encaminó en busca de Yelena, que seguía llorando tumbada boca abajo en su cama. Olga se sentó en el borde de la cama, le acarició el cabello y le rogó que se calmara.

Yelena comenzó a notar que le faltaba el aire. Respiraba con dificultad. Olga se levantó en busca del inhalador. No lo halló en la mesita de noche ni en el escritorio ni en los cajones del armario. No consiguió encontrarlo. Le preguntó a Yelena dónde podía estar el aparato. La niña balbuceó que quizás estuviera en su mochila, señalando el lugar donde la había dejado. Olga rebuscó en la mochila, pero fue en vano. Llamó a su hijo y le ordenó que encontrara el inhalador de Yelena. Dima lo buscó sin éxito por toda la casa.

En ese momento Yelena tenía un ataque de asma. Olga llamó al 112 y explicó la razón por la que necesitaba urgentemente un médico. Una media

hora después oyó el sonido estridente de la sirena de una ambulancia que se acercaba a la villa. Un médico, acompañado de un enfermero, llamó al timbre de la puerta del chalet, después de que la sirena dejara de sonar. Olga mandó a Dima a abrir la puerta, y este hizo pasar a los dos sanitarios a la habitación donde se hallaba Yelena tendida en la cama. Olga les explicó lo que había ocurrido y el doctor asintió con la cabeza, dándose por enterado. Le habló a Yelena tratando de calmarla y sacó del maletín, que había dejado sobre la cama, un fonendoscopio. Auscultó el pecho de la niña y percibió los silbidos de sus bronquios. Después le comentó a Olga que le iba a aplicar un broncodilatador de acción corta por vía oral, por medio de un inhalador, y a continuación le administraría un antiinflamatorio. El doctor esperó hasta comprobar que Yelena reaccionaba correctamente a los medicamentos. Después le explicó a Olga que la crisis no era severa, y que no consideraba preciso trasladarla al hospital. Le dijo que mantuviera el control de los síntomas y evitara una nueva crisis mediante el uso de los medicamentos de acción preventiva que le habían prescrito a la niña, y que Olga le había mostrado al doctor. Este le recetó un nuevo inhalador para que lo utilizara cuando fuera preciso. Le recomendó que llamara al servicio de urgencias en caso necesario o que, si volvía a tener una nueva crisis, la llevara al hospital.

Yelena mejoró notablemente y Dima se acercó a ella, consciente de que posiblemente esta crisis había sido provocada por él mismo, por su manera descortés y cruel de tratarla. Se acercó a ella, se inclinó y le dio un beso en la frente. Acto seguido se marchó de la habitación y unos minutos después volvió con el osito de Yelena que él le había *robado* y escondido en un cajón del escritorio de su cuarto. Yelena, al ver su osito, sonrió y le dio las gracias a Dima por devolvérselo, y ambos se abrazaron.

Más tarde, Olga se reunió a solas con Dima, le preguntó por qué le había quitado a Yelena su peluche, y le riñó por ello. El niño se disculpó y le dijo

que no sabía por qué lo había hecho.

—Quizá —dijo— lo haya hecho porque quería que se marchara de nuestra casa.

—Puede ser que sigas culpándola de la desaparición de tu hermana.

—Quizá sea por eso, mamá. No puedo evitarlo —se sinceró—. La verdad es que sé que ella no tiene la culpa de que Vika no esté con nosotros.

—Por supuesto que no, Yelena no tiene la culpa. Nadie es culpable de que la hayan secuestrado. En todo caso, sería yo la responsable de la desaparición de tu hermana por no haber estado más pendiente de ella.

—Lo siento mucho, mamá. No volveré a hacerlo. Y creo que tú tampoco tuviste la culpa.

Su madre se acercó a él y lo estrechó con fuerza contra su cuerpo.

Volvieron a la habitación de Yelena y descubrieron que la niña se había dormido encima de la cama. Tenía el osito de peluche entre sus brazos y respiraba casi con normalidad.

Olga permaneció con ella un buen rato, sentada en el borde de la cama, observándola, y Dima se marchó a pedalear por la urbanización, se sentía culpable, pensaba que él había sido el causante de lo que acababa de sucederle a Yelena.

Cuando Alexander regresó con Yuri de la playa, Olga lo llamó aparte. Le contó el asunto de la crisis de Yelena y le hizo saber quién había tenido el osito desde que este desapareció.

—¿Dónde está Dima? —preguntó Alexander sin poder disimular su disgusto.

—Se ha marchado a dar una vuelta con la bicicleta. Ya le he reñido y me ha pedido perdón.

—Luego hablaré con él.

—Alex, creo que ha llegado la hora de que Yelena regrese con sus padres, los echa de menos, y no lo está pasando bien sin tener a Vika a su lado.

—Tienes razón, pero en estos momentos no me apetece invitarlos a venir a recogerla. Supongo que llamarán de un momento a otro para anunciarnos que vienen.

—Es raro que no hayan llamado aún. ¿Les habrá ocurrido algo?

—El caso es que yo debería ir a San Petersburgo, tengo aplazada una reunión de trabajo, y debo ver cómo van las cosas en la oficina, pero no es el momento adecuado. Lo importante ahora es recuperar a Vika. Espero que llamen los secuestradores y después de eso decidiremos qué vamos a hacer con respecto a Yelena.

—Sí, recuperar a Vika es lo único que nos debe importar ahora mismo — dijo Olga.

## **Capítulo 18 . Un paseo por la urbanización**

Alexander comprobó en su cuenta bancaria que había llegado el dinero de la transferencia. Se lo comunicó de inmediato a Olga y a Yuri. Para recuperar a Vika solo necesitaba que la secuestradora lo llamara para indicarle cómo y dónde se realizaría el intercambio. Acto seguido tendría que telefonar al director del banco para que preparara los quince mil euros en efectivo y el cajero no le pusiera ninguna pega.

Hacía dos semanas que no veían a Vika, quince largos días desde aquella aciaga tarde del 8 de junio en que desapareció en el mercadillo de los hippies de Torre vieja.

Olga y Alexander estaban muy irritables, discutían por cualquier cosa y apenas podían dormir más de dos o tres horas seguidas. Anhelaban que el teléfono móvil de Alexander sonara, y que el drama que padecían se acabara cuanto antes con la vuelta de Vika a casa. Imaginar que la vida podía volver a ser como antes, era lo único que los animaba a seguir haciendo todo lo que fuera necesario sin flaquear ni un solo minuto.

Olga pensaba que cuando recuperara a Vika tendría que llevarla al médico para que la sometiera a un examen completo, y quizá tendría que recurrir también a un psicólogo para que la ayudara a superar el sufrimiento psíquico que el secuestro pudiera haberle causado. Vika era muy fuerte, sí, pero no era más que una niña y quizá no entendiera por qué había sido secuestrada, por qué sus padres no habían conseguido liberarla aún. Olga tampoco entendía por qué le había ocurrido a su hija y no a otra niña.

«Dios sabe si le habrán dado bien de comer, si habrá podido dormir tranquila por la noche, si habrán abusado de ella, si la habrán sedado durante el día para mantenerla dormida...», se decía a sí misma una y otra vez, incapaz de desviar su mente hacia otros asuntos o actividades de la vida

cotidiana.

Le planteaba a Alexander todas sus dudas y proyectos y él le contestaba que harían todo lo que fuera necesario para que Vika se recuperara completamente y volviera a ser la niña sana, alegre y confiada que había sido.

Alexander se preguntaba si debía acudir a la policía para denunciar a los secuestradores una vez que hubiera recuperado a Vika. Pensaba que era lo que tenía que hacer, porque era necesario que los detuvieran, juzgaran y metieran en la cárcel, y para que no volvieran a secuestrar a nadie más. Pero no estaba convencido de que fuera lo mejor para él, que era un delincuente, y para su familia. «Cuando tengamos a Vika, pensó, volveremos a casa, a San Petersburgo, dejaremos este lugar y trataremos de olvidarnos de todo. Quizá deba vender esta villa y no volver nunca más por aquí».

Esa mañana estuvieron todos pendientes del teléfono y cuando este sonó, Alexander descolgó y se llevó una enorme decepción, no era la voz de la secuestradora, sino la de María para decir que su madre no se encontraba bien y tenía que ocuparse de ella.

—Si no le importa a Olga, iré mañana.

—Conforme —dijo Alexander—. Yo *decir* a Olga. Que tu madre *recuperar* pronto.

A media mañana, Dima y Yelena estuvieron juntos bañándose en la piscina. Desde que ocurrió el episodio del osito de peluche el niño trataba de complacer a la amiga de su hermana, de prestarle más atención, y ese día pidieron permiso a Olga, y Dima la invitó a acompañarlo en bicicleta a dar un paseo por la urbanización —un lugar seguro, desde que el año anterior habían instalado cámaras de video vigilancia por todas partes—. Ella se subió en la bicicleta de Vika y él en la suya. Iban pedaleando juntos por la calzada y

Dima le dijo:

—¿Sabes que posiblemente Vika regrese muy pronto a casa?

—Sí, me lo ha dicho tu madre. ¿Por qué la han secuestrado?

—Lo han hecho por dinero.

—¿Por dinero? ¿Quién?

—No lo sabemos. Han sido unos secuestradores de niños.

—¿Y a mí también podrían secuestrarme?

—Claro que sí, pero no creo que lo hagan, aquí en la urbanización es muy difícil. ¿Aún tienes ganas de volver con tus padres?

—Sí. Los echo mucho de menos, pero si van a dejar libre a Vika, a lo mejor prefiero quedarme más tiempo con vosotros.

—Te voy a presentar a un amigo. Sígueme.

Dima comenzó a pedalear con fuerza y Yelena lo siguió con dificultad. Llegaron hasta uno de los chalets de la urbanización y dejaron las bicis apoyadas en el muro exterior. Un pastor alemán corrió hasta la valla, ladrando y empinándose sobre ella. Dima pulsó el timbre de llamada y una voz femenina preguntó en ruso, desde el interfono de la casa, quién era.

—Soy Dima, ¿no está Misha?

—No. Se ha marchado con su padre a la playa.

—Vale.

—¿Cómo están tus padres?

—Están bien. Gracias.

—Dales recuerdos. ¿Quieres que le diga algo a Misha?

—Que he venido a verlo por si quería acompañarme con la bici.

—Se lo diré.

Subieron en las bicicletas y volvieron despacio a la villa.

—¿Quién es Misha? —preguntó Yelena.

—Un amigo. Muchos días vamos a pedalear juntos por la urbanización. Cuando quieras puedes venirte con nosotros.

—Gracias.

Al llegar a la villa, dejaron las bicis en el césped y se despojaron de las camisetas. Llevaban puesto un bañador. Se ducharon y se lanzaron de pie a la piscina. Después de refrescarse y nadar un rato salieron y se tumbaron en el césped. Poco después Dima se levantó y fue en busca de su padre.

—¿Papá, han llamado los secuestradores?

—Aún no. Pero lo harán. No te preocupes. ¿Dónde habéis ido?

—A ver a Misha, pero no estaba. Su madre nos preguntó por vosotros.

—¿Y qué tal Yelena?

—Bien.

—Me alegra que la hayas invitado a acompañarte. La pobre está un poco sola.

—Sí, papá, lo sé.

—No está bien lo que le hiciste con el osito.

—Ya lo sé. No estuvo bien y no volveré a hacerle daño nunca más.

## **Capítulo 19 . El vestido de Vika**

María había vuelto a la villa a trabajar esa mañana después de faltar unos días. Olga la saludó y le preguntó cómo se encontraba su madre de la operación de hernia.

—La operación fue muy bien y le dieron el alta al día siguiente, pero ha tenido algunas complicaciones con los puntos, y ahora está ya mucho mejor. Mi madre siempre ha sido muy fuerte, aunque ya se le van notando los años.

—¿Tu madre *vivir* contigo?

—No. Ella vive en Rojasles. Tengo que ir a su casa a ayudarla. Estoy deseando que se ponga del todo bien. Es una mujer llena de manías y miedos. Muy difícil. Siempre fue así, pero desde que murió mi padre es inaguantable.

Olga asintió y sonrió, aun cuando no había comprendido todo lo que le había contado María. Le dijo que se alegraba de que su madre estuviera mejor, y después le indicó por dónde quería que empezara en la casa.

—Primero lavadora —le dijo Olga, había mucha ropa sucia acumulada—. Luego *limpiar y ordenar* casa como siempre.

—¿Qué tal todo por aquí?

—Bien.

—¿Todavía no sabéis nada de Vika?

—¿Vika? No, pero *estar* contentos. Espero que hoy *entregar* los secuestradores.

—Me alegro mucho de que al fin podáis recuperarla. Pobre niña. Qué malos días habréis pasado sin saber de ella.

—Gracias —dijo Olga y, cuando se iba a dar la vuelta para dejar a María, añadió—: Por cierto, ¿sabes dónde *estar* vestido blanco de Vika?

—¿Te refieres al de piqué estampado de flores de colores?

—Sí, ese.

—Lo tengo en mi casa. Olvidé decírtelo. Vi que tenía el bajo descosido y me lo llevé para coserlo, pero aún no he podido, con la operación de mi madre no he tenido tiempo de hacer nada. A ver si esta tarde puedo arreglarlo y te lo traigo cuando venga a trabajar pasado mañana.

—Gracias.

Olga no había entendido bien todo lo que le había explicado María, pero sí lo suficiente para saber que ella tenía el vestido de Vika que había echado en falta, y que lo iba a arreglar y devolver.

Más tarde Yuri se acercó a saludar a María y le preguntó, también, cómo estaba su madre. Ella le contestó con amabilidad y se extendió explicándole los detalles de la operación más de lo que Yuri necesitaba saber, pero la escuchó con suma paciencia.

Era la hora del almuerzo. Estaban todos sentados a la mesa, comiendo, cuando el teléfono de Alexander sonó. De la misma manera que las dos veces anteriores, la pantalla indicaba número oculto. Alexander miró a Olga, asintió con la cabeza y descolgó el teléfono. Todos permanecieron expectantes, intuyendo que eran los secuestradores.

La mujer rusa de la voz pausada y sugestiva, una voz que ya era familiar para Alexander, lo saludó y le preguntó si ya había conseguido el dinero. Alexander replicó que sí, que lo tenía en el banco.

—Pues mañana lo sacas del banco. Recuerda, son quince mil euros y los quiero en billetes de cien. Los metes en un sobre y esperas mis instrucciones. Te volveré a llamar.

—Lo tendré a primera hora, en cuanto abran la sucursal del banco. ¿Mi hija está bien?

—Sí, no te preocupes por ella. Está perfectamente.

—Necesito que me envíes una foto o un vídeo de ella.

—No. Insisto, tienes que fiarte de mí. Tu hija está bien, créeme, y mañana volverás a verla. A eso de las nueve de la noche te llamaré y te diré en qué lugar haremos el intercambio: yo te devuelvo a tu hija y tú me entregas el dinero. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, sí. Conforme.

La mujer colgó el teléfono y Alexander permaneció unos segundos absorto en sus pensamientos: «¿Por qué no le había dicho aún dónde tendría lugar el intercambio?».

Todos lo observaban esperando que dijera algo. Alexander habló al fin y dijo:

—Era ella, la misma mujer que me llamó las dos veces anteriores.

—¿Y qué te ha dicho? Di —preguntó Olga sin dejar de mirarlo.

—Que tenga el dinero preparado y que mañana volverá a llamarme a eso de las nueve de la noche para darme las instrucciones a seguir para el intercambio.

—¿Te ha dicho dónde debemos entregar el dinero? —preguntó Olga.

—No me lo ha dicho —replicó Alexander.

—Es lógico. No quieren que tengamos a la policía alerta. Seguro que ya han pensado dónde se hará la entrega pero se reservan la información hasta el último momento. Es muy probable que no sea en el mismo sitio que la

primera vez por la misma razón —explicó Yuri.

—Puede ser. En todo caso, no vamos a llamar a la policía. Ya conoces mi opinión en cuanto a eso.

—Está bien. No lo haremos, pero déjame que te acompañe.

—Sí. Vendrás conmigo.

Se levantaron de la mesa sin terminar de comer y los niños se marcharon al jardín. Hacía mucho calor y se dieron un chapuzón en la piscina.

Olga y Alexander se encaminaron hacia su habitación y, una vez dentro, cerraron la puerta y se besaron. Se tendieron en la cama. Él volvió a besarla en los labios. Se acariciaron mutuamente y se despojaron de toda la ropa. Él se colocó sobre ella, se acoplaron con suavidad y disfrutaron del sexo por primera vez desde que Vika había desaparecido.

Cuando hubieron terminado, Alexander se sentó en la cama y encendió un cigarrillo que había guardado en el cajón de la mesilla de noche junto a una caja de cerillas. Olga se extrañó al verlo con el cigarro en la mano y le preguntó si es que había vuelto a fumar. Él le dijo que sí, pero que fumaba muy poco y que lo dejaría tan pronto Vika volviera con ellos al día siguiente.

—Te lo prometo —dijo y le dio a Olga un beso suave en los labios.

Olga se colocó de lado, rodeó con su brazo el pecho de su esposo, que se había tumbado boca arriba después de apagar el cigarrillo en el cenicero, y se durmió.

Alexander intentó también dormirse un rato, pero no pudo. Pensaba en qué ocurriría al día siguiente y si todo saldría bien. Le parecía increíble que pudieran volver a ver a su hija. De pronto se acordó de Vladimir y del dinero que le debía, y volvió a barajar la idea de vender la villa de La Zenia, y con

una parte del dinero que obtuviera saldar la deuda. Ya no le parecía el lugar idílico y tranquilo que había sido antes de que raptaran a su hija. Pensó en que tenía que hablarlo con Olga y que no tomaría ninguna decisión hasta consensuarlo con ella. No le diría nada de cuánto le debía a Vladimir ni de cómo lo conoció y mucho menos de cuáles eran las transacciones que mantenía con él. Para Olga el único negocio de su esposo no era otro que la importación de productos de alimentación españoles. Así que Alexander decidió que no tenía por qué inquietarla haciéndole saber que trabajaba para una organización criminal. Y en cuanto a la villa, tal vez a ella tampoco le gustara volver a España después de lo que le había ocurrido a Vika.

Se quedó dormido al fin, y una hora después se despertó sudando. Le dio un beso a Olga y ella abrió los ojos. Ambos se levantaron de la cama y salieron en busca de los niños que se encontraban hablando de sus cosas, tendidos en el césped a la sombra del pino.

## **Capítulo 20. El intercambio**

Alexander se había pasado la noche dando vueltas en la cama sin poder dormir. Se levantó procurando no hacer ruido y se metió en la ducha. Era muy temprano. Cuando salió de la casa, Yuri lo esperaba al volante del Laguna para dirigirse a la ciudad a sacar el dinero del banco. Al llegar al centro de Torrevieja, aparcó el coche y los dos se sentaron en la terraza de una cafetería para hacer tiempo hasta que la sucursal del banco abriera sus puertas a los clientes. Se tomaron un café.

A diferencia de lo que había acaecido la vez anterior, el empleado que lo atendió en ventanilla lo reconoció y no se extrañó de que quisiera retirar quince mil euros en billetes de cien, esta vez Alexander había llamado con antelación así que el dinero estaba preparado. Alexander le dijo que quería los billetes metidos en un sobre, o en dos si no cabían en uno.

Con el dinero guardado en su bolso caminaron hasta la terraza de la cafetería Mediterráneo<sup>[21]</sup>. Pidieron una tostada con aceite de oliva y tomate y un café con leche cada uno.

Cuando acabaron de desayunar, Yuri le ofreció un cigarrillo y Alexander lo aceptó y le dijo que dejaría de fumar ese mismo día, tan pronto como recuperara a Vika. Más tarde miró a Yuri y le dijo:

—¿Has hablado con Natasha sobre lo que te dije?

—Sí, hablo con ella a diario y se lo propuse hace unos días. Me dijo que cuando consiguiéramos liberar a Vika se vendría a pasar unos días conmigo, si te sigue pareciendo bien.

—Pues claro que sí. Ojalá pueda venir. A Olga y a mí nos encantaría.

En eso se les acercó un hombre que vendía lotería y les ofreció un número para el sorteo del sábado, un número que según él iba a tener premio.

Alexander no quiso rechazar la suerte que el hombre le brindaba y le compró dos décimos, le pagó, le dio uno de ellos a Yuri y se guardó el otro en su billetero.

—A ver si tenemos suerte —dijo Alexander mientras se lo entregaba.

—Gracias. Hoy es un día muy especial.

—Ya lo creo. Hoy recuperaré a mi hija. Vámonos a la villa y nos damos un buen baño. Hace ya mucho calor, va a hacer un día de cuidado.

Se levantaron y, antes de retirar el coche del parking, echaron una ojeada por el Puerto Pesquero, donde acababan de atracar los barcos cargados de cajas de sardinas y boquerones que venían, minutos antes, seguidos por un bando de gaviotas. Más tarde entraron en la lonja y presenciaron la subasta que realizaba un hombre al que no se le entendía nada. Desde allí se dirigieron al aparcamiento y subieron en el Laguna para regresar a La Zenia.

El día avanzaba lentamente. No dejaban de consultar el reloj. Después del almuerzo Olga y Alexander se acostaron un rato a descansar. Estuvieron haciendo planes. Alexander le dijo:

—Tal vez sea una buena idea vender la villa.

—¿Por qué piensas eso?

—No creo que me apetezca volver después de lo que le ha ocurrido a nuestra hija.

—No sé. Supongo que con el tiempo nos olvidaremos de ello.

—¿Tú crees que nos olvidaremos?

—Seguro que sí. No tomemos la decisión ahora en caliente. Dejemos pasar algo de tiempo antes de decidirlo.

Permanecieron tumbados boca arriba, con las manos entrelazadas, pensando en mil cosas durante un buen rato. Al cabo Olga reclamó:

—Quiero ir con vosotros esta noche.

—¿Quieres decir al intercambio con los secuestradores?

—Sí. Quiero darle un abrazo a Vika tan pronto nos la den.

—No. Puede ser peligroso. Espera en casa.

A las nueve y media de la noche Alexander y Yuri se encontraban sentados en la terraza de la cafetería del casino, tomando una cerveza, cuando el teléfono móvil de Alexander sonó. Descolgó después del tercer tono de llamada y de comprobar que era un número oculto.

—¿Sí? —dijo Alexander.

—Supongo que ya tienes el dinero —dijo la voz de la secuestradora.

—Sí, lo tengo metido en un sobre, tal como me pediste.

—Bien. ¿Sabes dónde está la playa de Los Locos<sup>[22]</sup>?

—Claro, saliendo de Torrevieja en dirección norte por la carretera de la costa.

—Exacto. Después de pasar la playa encontrarás un descampado entre el restaurante 222 y la residencia de la tercera edad Mar Bella. Aparca en ese lugar, cerca de la carretera. Por cierto, ¿qué coche tienes?

—Un Renault Laguna.

—Bien. Debes ir solo. Y no avises a la policía, ya sabes por qué. ¿Dónde estás ahora?

—En la terraza del casino de Torrevieja.

—Entonces tardarás unos veinte minutos o algo menos en llegar al descampado. Aparca y espera dentro del coche.

—Así lo haré.

—No te asustes, tu hija irá durmiendo en el asiento trasero de mi coche. Tan pronto nos entregues el sobre con el dinero podrás llevártela.

—Conforme —dijo Alexander mirándose el dorso de la mano libre—. Voy a retirar el coche del parking y salgo ahora mismo para allá.

—Bien.

La mujer colgó.

Alexander le explicó a Yuri la conversación que había mantenido con la secuestradora.

Los dos se pusieron en pie. Alexander dejó el dinero de la consumición en la mesa y ambos se marcharon en busca del coche. Salieron del aparcamiento hacia la playa de Los Locos. Esta vez conducía Alexander. Enseguida localizaron el descampado al que había aludido la mujer, viraron a la derecha y estacionaron el coche. Apagaron las luces de los faros y Yuri inclinó hacia atrás el asiento del acompañante para no ser visto desde fuera. Alexander permaneció atento a la llegada del coche de los secuestradores.

Aproximadamente media hora después vieron las luces de un vehículo que giraba a la derecha y estacionaba muy cerca del Laguna. Anochecía y el lugar estaba poco iluminado, aun así Alexander pudo identificar el Nissan todoterreno que él y Yuri habían seguido el día de la entrega de los diez mil euros. Se mantuvo en el asiento, las manos en el volante. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y notó un ligero temblor en ambas

extremidades inferiores. Desde su asiento Yuri levantaba de cuando en cuando la cabeza para mirar el exterior. Se percató de que su jefe estaba nervioso y le dijo que se tranquilizara que todo iría bien.

El Nissan apagó las luces y dos hombres se apearon del todoterreno y se acercaron al Laguna. En ese momento Alexander salió del coche. Yuri sacó el arma por si acaso era necesaria y permaneció atento en su asiento. Alexander se había tranquilizado, pensaba que todo iba a resultar bien.

Cuando estuvo frente a los dos hombres, dijo:

—¿Dónde está mi hija?

—Está en el coche, dormida en el asiento de atrás. ¿Has traído el dinero?

—Claro. Lo tengo dentro de mi coche.

—Ve a por la pasta y tráela. No intentes nada o te meto un tiro en la cabeza. ¿Me has entendido?

—Primero quiero ver a mi hija.

—No. Haz lo que te digo y confía en nosotros. Entréganos el dinero y luego te daremos a tu hija —dijo uno de los hombres, el mismo al que habían seguido la otra vez y ahora le apuntaba con una pistola. El otro secuestrador también sacó un arma y lo encañonó.

Yuri, que estaba atento a la charla, salió del coche empuñando su pistola y apuntando al tipo que llevaba la voz cantante.

—Te dijimos que vinieras solo, ¿recuerdas?! —gritó uno de los secuestradores que seguía apuntando a Alexander con su arma. Luego posó la vista sobre Yuri y le dijo que dejara la pistola en el suelo o dispararía. El otro dirigió su arma hacia Yuri.

Alexander le dijo al expolicía que hiciera lo que el secuestrador le había

pedido. Yuri se quedó pensando unos segundos y al cabo obedeció a su jefe. Dejó su pistola en el suelo y levantó las manos.

—Ahora ve al coche y entréganos el dinero —le ordenó uno de los secuestradores a Alexander—. Y tú no hagas ningún movimiento sospechoso —le dijo a Yuri—. Con el pie empuja tu puta pistola hacia mí. Yuri obedeció y desplazó el arma tal como le había ordenado el secuestrador.

Alexander se acercó al Laguna y cogió su bolso de piel. Acto seguido metió la mano en él para sacar el sobre del dinero. Los dos secuestradores le apuntaron a la vez y uno de ellos le dijo:

—¿Qué llevas ahí? No hagas ni un puto movimiento más o te metemos un par de balas en el cuerpo.

Alexander sacó la mano del bolso y la mostró abierta a los secuestradores.

—Tomad —dijo alargándoles el bolso—. Sacad vosotros mismos el sobre y entregadme a mi hija.

Uno de los hombres lo cogió, sacó el sobre y tiró al suelo el bolso. Comprobó el dinero. Le dijo al compañero que no dejara de apuntarles y se subieron los dos en el Nissan, arrancaron y salieron de allí haciendo derrapar los neumáticos sobre el suelo de tierra.

Alexander y Yuri se miraron y advirtieron que algo no iba bien. Tardaron varios segundos en reaccionar.

¿Qué había ocurrido?

¿Por qué no habían cumplido el trato?

¿Se habrían molestado porque Alexander no había acudido solo a la cita?

Alexander, con el rostro alterado, le dijo a Yuri que condujera él de regreso a la villa.

## **Capítulo 21 . Una segunda oportunidad**

Los dos se dirigían a casa en el coche. Iban en silencio, incluso llevaban la radio apagada. Alexander no quería aceptar lo que su sentido común le dictaba: lo habían estafado. Lo entristecía no solo el hecho primordial de no haber recuperado a su hija, sino también el haber perdido el dinero, que era mucho y, en especial, que lo hubieran engañado.

No le quedaba otra alternativa que confiar en que la policía llegara a buen término en sus investigaciones para hallar a Vika, «¿pero cuándo?», se preguntó.

Necesitaba creer que su hija estaba viva y que la iban a encontrar porque, si no, sería incapaz de soportarlo.

Se preguntó también cómo reaccionaría Olga cuando llegara a la villa con las manos vacías, qué pensaría Dima, qué diría Yelena.

Se había hecho tantas ilusiones de recobrar a Vika esa noche que aún se permitía conjeturar que los secuestradores que se habían llevado su dinero la tuvieran retenida, que su hija estuviera dormida en el asiento de atrás del Nissan y ellos no hubieran querido entregarla debido a que él no había cumplido las instrucciones. No había acudido a la cita solo, como le habían requerido, sino acompañado de Yuri y, por si esto fuera poco, Yuri iba armado, había sacado la pistola y los había amenazado.

«¿Fue por esto por lo que tomaron el dinero y se marcharon sin cumplir el pacto?», se preguntó Alexander intentando justificar la actitud de los secuestradores.

«¿Podría existir aún la posibilidad de que la rusa volviera a llamarme para ofrecerme una segunda oportunidad? Quizá sí, aunque fuera a cambio de más dinero», pensó.

Estaba dispuesto a entregarles lo que pidieran, pero en caso de que lo volvieran a llamar esta vez iría solo, no cometería el mismo error de dejarse acompañar por Yuri.

Este lo miró y trató de imaginar lo que estaba pasando en ese momento por la cabeza de su jefe. Lo veía pensativo, preocupado, y decidió que era mejor no hablarle en esos momentos. Se dedicó a analizar su propia actuación durante la entrega del rescate. Pensó que podía haber utilizado el arma, pero hubiera sido una locura que habría acabado mal. Los secuestradores eran dos y ambos iban armados. Así pues había hecho lo que tenía que hacer, lo sensato, lo lógico. Es posible que le faltara iniciativa y coraje, pero sabía que había hecho lo mejor. Además, la orden de su jefe había sido tajante, y esa orden lo ayudó a evitar un enfrentamiento desigual que hubiera acabado en tragedia.

Después de lo ocurrido, Yuri estaba convencido de que se trataba de un secuestro sin rehén, es decir, un falso secuestro, un timo. Los tipos que los habían desplumado no tenían a Vika. Se habían aprovechado de las noticias publicadas por la prensa y la televisión para identificar a su jefe, para saber dónde vivía, y cómo se llamaba la niña desaparecida. Así que era muy fácil convencer al padre de que tenían a su hija y amenazarlo con matarla si no entregaba el dinero. Se trataba, pues, de un falso secuestro para obtener un rescate.

Eso era lo que Yuri pensaba.

«¿Pero cómo habían conseguido el número de teléfono de Alexander?», se preguntó, y se dijo que quizá su *socio* Vladimir pudiera haber sido quien lo hubiera proporcionado. Supuso que el capo mafioso había ordenado a su gente hacer lo que habían hecho y fue él quien les facilitó el teléfono de Alexander. Había otras formas de conseguir un número de teléfono, desde

luego, pero que hubiera sido Vladimir era una posibilidad que no podía descartarse.

«¿Y cómo le habían hecho creer a su jefe que tenían a Vika?, Alexander le había comentado que había oído su voz por teléfono. Pero no es difícil simular la voz de una niña pidiendo auxilio, puede hacerse mediante una grabación, o con otra niña de verdad...».

Era forzoso, ahora sí, acudir a la policía a denunciar la extorsión, contarle los hechos, y aportar las fotografías que guardaba en su teléfono móvil para que pudieran identificarlos y detenerlos. Sin embargo, no le pareció el momento adecuado de planteárselo a Alexander, estando como estaba tan bajo de ánimo. Pensó que debía esperar a que su jefe asimilara lo ocurrido y no se negara a interponer la denuncia ante la Guardia Civil.

Llegaron a La Zenia y salieron todos a abrazar a Vika.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Vika? —preguntó Olga acercándose al coche y mirando en su interior a través de los cristales sin poder encontrar a su hija.

—Hemos tenido un problema. Les hemos dado el dinero pero no nos han entregado a Vika —dijo Alexander.

—¿Por qué?! ¿Qué ha pasado?! —dijo Olga gritándole a Alexander.

—Ha sido por mi culpa. Me dijeron que debía ir solo al intercambio y al ver a Yuri se enfadaron, y después de coger el dinero se marcharon a toda velocidad y nos dejaron con un palmo de narices.

—¿Se marcharon sin entregaros a Vika?

—Sí, no nos dieron otra opción. Iban armados y eran dos.

—¿Y vosotros qué hicisteis?

—Yuri sacó su pistola y se enfrentó a ellos, pero yo le ordené que entregara el arma y él obedeció.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Esperar. Yo creo que llamarán para concertar una nueva cita. Nos darán una segunda oportunidad, estoy seguro de ello.

—¿Esperar? ¿Cuánto tendremos que esperar aún? ¿Tú crees que llamarán para citarnos de nuevo? ¿Cuándo? —dijo Olga precipitándose sobre Alexander. Lo cogió por el cuello de la camisa y lo zarandeó mientras lloraba. Estaba fuera de sí y le gritó—: ¡No puedo esperar más, Alex, quiero que me entreguen a mi hija, quiero que me la traigas de vuelta a casa! ¡No puedo aguantar más!

—No sé cuándo volverán a llamar, pero estoy convencido de que lo harán —dijo Alexander y asiendo los brazos de Olga los bajó con suavidad. Luego la abrazó y le susurró que tratara de tranquilizarse.

Ella continuó llorando, incapaz de calmarse. Apoyó su cabeza en el hombro de Alexander y él le acarició el cabello.

Los niños miraban la escena, decepcionados y tristes.

Olga retiró la cabeza, se limpió los ojos, y les pidió a Dima y a Yelena que se marcharan a sus habitaciones y se acostaran.

Se había hecho muy tarde.

Yuri permaneció callado. No quiso intervenir.

«¿Y si estuviera equivocado y realmente Alexander tuviera razón?», se preguntó.

Alexander cogió de la mano a su esposa y ambos se acomodaron en dos tumbonas del jardín y pusieron la vista en el cielo estrellado. Se mantuvieron en silencio hasta que Olga dijo:

—Alex, tengo mucho miedo de no recuperar a Vika. ¿Tú crees que los secuestradores volverán a llamar?

—Claro que sí. Espero que lo hagan.

—Ojalá.

—¿Quieres una copa?

—Sí.

Él se incorporó de la hamaca y entró en la casa en busca de la bebida. Regresó con una botella de vodka medio llena y dos vasos pequeños. Sirvió dos chupitos y ambos se los bebieron de un trago. Notaron cómo su garganta ardía al pasar por ella la bebida. Olga le pidió otro chupito, y estuvieron bebiendo hasta que no quedó ni una sola gota de licor en la botella.

## **Capítulo 22 . Nueva llamada**

Al día siguiente se levantaron de la cama con un terrible dolor de cabeza. Con el café con leche se tomaron un analgésico. Alexander comprobó que no había recibido ninguna llamada en el móvil. Más tarde lo enchufó a la corriente eléctrica para cargar la batería.

—Alex, ¿no te han llamado? —preguntó Olga.

—Todavía no, pero verás como llamarán.

En eso entró Yuri en la cocina. Regresaba de dar su paseo matinal por la playa, y les preguntó:

—¿Qué tal estáis?

—Bien —respondieron los dos.

Yuri observó que no era verdad, que a juzgar por sus ojeras no estaban nada bien, era muy probable que no hubieran descansado lo suficiente, pero no dijo nada al respecto.

—¿Quieres un café? —le preguntó Olga.

—Sí, me encantaría.

—¿Qué tal el paseo?

—Muy bien. Hace un día estupendo.

Olga le sirvió el café.

—Gracias —dijo Yuri.

Se mantuvieron los tres si pronunciar palabra. Al cabo de unos segundos, Yuri dijo:

—He pensado que, si os parece bien, voy a pedirle a Natasha que venga a pasar unos días en La Zenia.

—Claro que me parece bien. Me encantaría conocerla —dijo Olga.

Alexander se masajeó las sienes, tratando de aliviar el dolor de cabeza, que persistía, y asintió.

—Entonces, si estáis de acuerdo, la llamaré hoy mismo para que prepare el viaje.

María acababa de llegar y se metió en el cuarto de baño a cambiarse de ropa. Para trabajar en la casa se ponía una bata azul de manga corta y unas zapatillas cómodas que se había comprado en el mercado de los viernes<sup>[23]</sup> de Torrevieja.

Olga fue a su encuentro y la saludó.

—Toma, te he traído el vestido de Vika —dijo María entregándole la prenda.

—¿Ya arreglar?

—Sí, ya está cosido el bajo.

—Gracias.

—¿Qué pasó con Vika ayer?

—Nada. Secuestradores no *entregar a ella*.

—¿Y eso?

Olga intentó explicarle lo que había ocurrido, pero no pudo, no solo porque le faltaron las palabras en español, sino también porque las lágrimas inundaron sus ojos. Se marchó a su habitación y se abandonó en la cama, sin ganas de hacer nada.

Yuri y Alexander aún se encontraban sentados a la mesa de la cocina.

Alexander se sirvió un segundo café y le preguntó a Yuri si quería tomar otro. Yuri aceptó y Alexander calentó las dos tazas de café en el microondas.

—¿Qué opinas de lo que pasó ayer noche? —le preguntó Alexander, mirándose el dorso de las manos que había colocado sobre la mesa.

—No sé qué decirte. Siento mucho que las cosas ocurrieran de esa manera, pero qué podíamos haber hecho nosotros...

—¿Tú crees que en el Nissan estaba Vika? —dijo Alexander sin dejarlo terminar la frase y mirándose de nuevo el dorso de las manos.

—No estoy seguro, pero, si he de ser sincero, yo creo que no. Siento decírtelo, Alexander, pero pienso que ellos no tienen a tu hija. Están simulando un secuestro simplemente por dinero.

—¿Tú crees? ¿Y si la tuvieran tú qué harías?

—Podría ser que la tuvieran, no digo que no exista esa posibilidad, pero lo dudo. En todo caso, si eso fuera cierto, ya sabes lo que opino, yo iría a la policía a denunciar los hechos.

Alexander movió la cabeza a uno y otro lado. Le dijo a Yuri que quería creer, que necesitaba creer que ellos tenían secuestrada a Vika y que esperaba que volvieran a llamarlo para citarlo de nuevo y convenir el momento de la entrega.

—Ojalá sea así, Alexander, y todo termine bien. Sabes que estoy aquí para ayudarte a encontrar a tu hija, pero mi instinto me dice que esta gente está mintiendo.

—Me alegra que hayas decidido llamar a tu esposa para que venga a reunirse contigo —dijo Alexander cambiando de tema. No quería discutir de nuevo con Yuri el asunto del secuestro.

—Gracias. Le va a gustar mucho pasar unos días en la playa y conoceros. Tengo muchas ganas de verla. Espero que no sea una molestia para vosotros.

—Claro que no será ninguna molestia, Yuri. Al contrario, a todos nos gustará conocerla.

En eso, el teléfono de Alexander recibió una llamada desde un número oculto.

Alexander miró la pantalla y descolgó. Era una voz masculina que hablaba en ruso.

—Hola, Alexander.

—¿Quién eres?

—Anoche no debiste hacerte acompañar de tu guardaespaldas. Cometiste un grave error. Te advertimos de que fueras solo, y no lo hiciste.

—Lo siento. Tienes que comprenderlo. ¿Mi hija está bien?

—Sí. Y no sabes las ganas que tiene de veros. Todos queremos acabar con este asunto lo antes posible. Lo que pasa es que ahora el precio para devolverte a tu hija ha subido. Por lo tanto, si deseas recuperarla tienes que pagar más dinero.

—¿Más dinero? ¿Cuánto queréis?

—Otros veinticinco mil euros.

—No. Eso es demasiado.

—En ese caso, no hay trato. No volverás a verla nunca.

—No..., espera, no cuelgues. No dispongo de tanto dinero en estos momentos.

—Pues búscalos. Si no lo tienes pídelo.

—Conforme. Trataré de reunirlo. ¿Cuándo haremos el intercambio?

—La entrega ha de realizarse esta noche.

—¡¿Esta noche?! Eso es imposible, yo no puedo reunir esa suma para esta misma noche. No puedo.

—Inténtalo. Te llamaré para saber si lo has conseguido a eso de las nueve y te diré dónde haremos el canje. Y acude tú solo, ¿de acuerdo?

—Conforme. Haré todo lo que pueda para disponer del dinero —dijo Alexander sin saber aún cómo podría reunir veinticinco mil euros para esa misma noche—. Por favor, no le hagáis nada malo a mi hija.

El hombre colgó.

Alexander permaneció pensando en qué podía hacer. Al cabo de un rato llamó por teléfono a su banco de San Petersburgo. Preguntó al empleado que atendió su llamada si podían hacerle una transferencia urgente a España. Este le dijo que sí, pero que el dinero no podría recibirlo en su cuenta española en el día. A continuación llamó a su banco en Torre Vieja y le informaron de que, como pronto, si le hacían la transferencia urgente, una vez recibido lo más probable era que el dinero estuviera disponible al día siguiente.

Alexander arrugó la frente y le pidió a Yuri un cigarrillo. Al coger el cigarro y llevárselo a los labios notó que le temblaba la mano. Yuri le dio fuego. Alexander dio una calada y expulsó el humo. Notó que las manos habían dejado de temblarle. Le comentó a Yuri la conversación que acababa de mantener con el secuestrador.

—¿Cuánto te han pedido esta vez?

—Veinticinco mil euros.

—¡Qué cabrones! Eso es mucho dinero.

Alexander asintió.

—¿Cuándo dices que debes hacer el pago?

—Esta noche.

—¿Esta noche?

—El problema es que no sé cómo podré conseguir el dinero, no hay tiempo suficiente.

—¿Cuándo te volverá a llamar ese tipo?

—Ha quedado en volver a llamarme a eso de las nueve para decirme dónde se hará el intercambio.

—¿Tienes algún amigo aquí que pueda prestarte esa cantidad?

—Sí, pero es mucho. No sé si...

—Es tu hija, Alexander, dile que lo necesitas para recuperarla.

—Lo intentaré, pero me temo que será difícil que alguien pueda dejarme tanto dinero.

—Tienes otra opción. Llama a Vladimir y dile que te lo adelante.

—Pero una transferencia desde Rusia no llegaría hoy, he hablado con los bancos y como muy pronto hasta mañana no estaría disponible, y necesitaría, además, avisar al banco con antelación para obtener el dinero en efectivo. ¿Qué puedo hacer?

—Hay otros medios de envío urgente. O quizás él conozca a alguien de aquí que te lo pueda entregar. Pregúntale.

—Tienes razón, Yuri. Voy a llamarlo ahora mismo.

Alexander cogió su móvil de la mesa y marcó el número de Vladimir. El

teléfono comunicaba. Dejó pasar un rato, volvió a llamarlo y el teléfono seguía dando señal de ocupado. Esperó unos minutos para marcar de nuevo, y al fin recibió una llamada de Vladimir.

—Hola, Alexander. Tengo una llamada tuya, ¿qué quieres?

—Gracias por devolverme la llamada. Vladimir, estoy en un apuro muy serio.

—No me digas. De qué se trata.

—Ya sabes que han secuestrado a mi hija. Pues bien, he pagado un rescate, pero los secuestradores me reclaman más dinero para entregármela.

—¿Y estás dispuesto a pagar?

—Sí, pero no dispongo del dinero en metálico para pagarles y la entrega ha de hacerse esta noche.

—¿Esta noche? ¿Y qué puedo hacer yo?

—Adelantarme el pago en negro, luego arreglaremos cuentas.

—¿De cuánto estamos hablando?

—De veinticinco mil euros.

—¡Joder, tío!, y ¿quieres que yo te adelante esa pasta?, y además ¡esta noche! Recuerda, me debes mucho dinero. Quedaste en solucionarlo con tu gente, y aún no me has pagado ni un rublo.

—¿Cuándo te he fallado yo? Necesito que me concedas un aplazamiento para pagarte, Vladimir. Sabes que te pagaré hasta el último rublo. Pero dame tiempo. Te pido que me hagas este favor, hazlo por mi hija.

Vladimir se mantuvo un rato en silencio, pensando en qué podía hacer por su *amigo* y si en realidad le interesaba hacerlo.

«¿Qué puedo ganar yo ayudándole?», se dijo.

—¿Estás ahí o se ha cortado la llamada? —preguntó Alexander.

—Déjame que haga una gestión a ver si puedo ayudarte. Lo veo muy difícil, pero voy a intentarlo... Te vuelvo a llamar lo antes posible.

—Gracias. Ten en cuenta que necesito el dinero hoy, antes de las nueve de la noche. Por favor, date prisa.

—He dicho que luego te llamaré. ¿De acuerdo? No te prometo nada, pero lo intentaré.

—Sí, claro. Gracias otra vez.

—Por si acaso, déjame tu dirección en España.

## **Capítulo 23 . Me llamo Sergei**

Alexander le relató a Yuri, que seguía sentado frente a él, los detalles de la conversación que había mantenido con Vladimir, y la posibilidad de conseguir los veinticinco mil euros. Yuri pensaba que era inútil entregar más dinero a los falsos secuestradores, pero no quiso insistir, no estaba seguro de que su jefe estuviera equivocado. Si Alexander estuviese en lo cierto, Vika podría estar de nuevo en casa esa misma noche.

—Espero que consigas el dinero —le dijo Yuri—. Te acompañaré al intercambio por si me necesitas, aunque esta vez no podré llevar la pistola, esos cabrones se quedaron con ella.

—Si consigo el dinero, esta vez iré yo solo a entregarlo. No quiero que ocurra lo mismo que sucedió anoche.

—Lo que tú digas. Si es así, y todo sale bien, creo que ya no me necesitas aquí.

—Has sido de gran ayuda para mí, Yuri, pero esta noche debo ir solo. No te lo tomes a mal.

—Lo entiendo. Si yo estuviera en tu lugar probablemente haría lo mismo.

Alexander le pidió un cigarrillo y los dos fumaron en silencio, con la vista puesta sobre la mesa de la cocina. A continuación Yuri se levantó y se marchó a su cuarto. Estiró las sábanas de la cama que aún estaba sin hacer. Se tumbó encima y estuvo reflexionando un buen rato. No pensaba igual que Alexander en lo relativo a la ayuda que él le había prestado. No estaba contento con su aportación al caso de la desaparición de Vika. Sabía que no había podido hacer nada para encontrarla, ni siquiera había podido hallar un solo indicio que poder investigar. Nada había dado resultado. Se hallaba en uno de esos momentos de abatimiento en los cuales se duda de todo. Incluso

desconfiaba de que fuera una buena idea que Natasha viniera a reunirse con él. Pero necesitaba verla, abrazarla, estar con ella y compartir sus experiencias en aquel bonito lugar de la costa alicantina, y como si sus pensamientos hubieran viajado hasta San Petersburgo, una llamada telefónica lo sacó de su ensimismamiento.

—*Da!*

—Hola, Yuri. Soy Katia.

—¿Katia?

—¿No me reconoces? Tengo una tienda de bebidas en el centro comercial Gostiny Dvor, enfrente de la tienda de tu esposa.

—¡Ah!, ya caigo. Perdona, ¿cómo estás, Katia?

—Mira, no te asustes... Natasha ha sufrido un desvanecimiento esta mañana, he llamado a Emergencias y se la han llevado al hospital.

—¿Un desvanecimiento? ¿Se la han llevado al hospital? —dijo Yuri, muy nervioso.

—Puede que haya sido una lipotimia. No lo sé, pero es que se dio un buen golpe en la cabeza al caer.

—¿Un golpe en la cabeza?

—No te asustes. Mira, el doctor que la atendió dijo que por seguridad había que hacerle unas pruebas, y por eso se la han llevado al hospital.

—Ahora la llamo. Gracias por avisarme. Por si acaso, dime en qué hospital está.

Katia le indicó adónde habían trasladado a Natasha, y le dijo que ella, tan pronto como cerrara la tienda, iría a verla y la acompañaría un rato.

Yuri llamó a su esposa, pero el teléfono estaba apagado. Pensó en que quizás Katia no le había contado toda la verdad para no alarmarlo, y decidió que lo mejor era regresar a San Petersburgo cuanto antes a ver qué había sucedido y cómo estaba Natasha.

Salió de su habitación a toda prisa y buscó a Alexander. Este estaba en la piscina, sentado en una hamaca, con el teléfono en la mano. Yuri le explicó por qué tenía que regresar a San Petersburgo lo antes posible.

—Lo siento mucho. Espero que no sea nada lo de Natasha —dijo Alexander.

—Voy a reservar un billete de avión para esta tarde, si hubiera plazas, y si no, para mañana. ¿Necesitas que vuelva?

—Tómame el tiempo que te haga falta. Me gustaría que volvieras, aun cuando espero poder liberar esta noche a mi hija.

—En ese caso pediré un billete de ida y vuelta.

—Conforme. ¿Yuri, me puedes hacer un favor?

—Lo que tú quieras.

—Yelena está deseando volver con sus padres. ¿Te importaría que viajara contigo a San Petersburgo?

—Por supuesto que no me importa. Si quieres ahora mismo reservo dos billetes.

—Espera, antes de reservarlos te digo algo. Voy a preguntarle a Olga qué opina.

Alexander se levantó de su asiento, entró en la casa en busca de su mujer y le comentó lo que le había pasado a Natasha.

—¡Pobre mujer! Lo siento mucho.

—Yuri se va unos días a verla y creo que podría llevarse a Yelena. ¿Qué opinas?

—Me da mucha pena que Yelena se vaya, la verdad, pero creo que está deseando volver con su familia. Sin Vika... —dijo y se le humedecieron los ojos—. Aun cuando pudiéramos recuperar a Vika esta noche pienso que es mejor que Yelena se marche.

Alexander se aproximó a ella y le dio un abrazo.

Olga fue a ver a Yuri y le dijo que sentía lo que le había ocurrido a su mujer. Le deseó suerte y le pidió que cuando estuviera en San Petersburgo los mantuviera al tanto de la evolución de Natasha.

Más tarde Olga habló con Yelena para preguntarle si deseaba quedarse o marcharse a San Petersburgo con Yuri. La niña le dijo que lo había pasado bien en La Zenia, pero estaba triste por la ausencia de Vika y quería volver a su casa con sus padres.

Yuri reservó dos billetes para viajar al día siguiente a las 15.30 a San Petersburgo, en un vuelo directo desde Alicante, de unas cinco horas de duración.

Alexander mantenía su móvil en la mano, como si se le hubiera pegado a ella. No dejaba de mirar la pantalla esperando una llamada, pero parecía como si el aparato estuviera averiado, o sin red, o la batería se hubiera descargado y el teléfono no pudiera recibir llamadas.

Era la hora del almuerzo. Olga preparó unos sándwiches y todos se sentaron a la mesa. Cuando hubieron terminado de comer, Yelena le pidió a Olga que la ayudara a preparar la maleta. La tenía arriba del armario y Olga la bajó y la colocó abierta sobre la cama. Entre las dos fueron metiendo la

ropa, y dejaron en el armario solamente lo que Yelena se iba a poner al día siguiente para el viaje, más su bolsa de aseo, un pijama de pantalón corto y su osito de peluche. En la mochila, junto a los *tesoros* que había recolectado en la playa, tales como algunas conchas y caracolas de mar, llevaba el inhalador y sus medicinas para el asma.

—Olga, no encuentro mi pantalón vaquero —dijo Yelena.

—¿Lo has echado al cesto de la ropa sucia? —preguntó Olga mientras buscaba el pantalón en el armario.

—No, hace tiempo que no me los ponía.

—No te preocupes, verás como aparece —dijo Olga y rebuscó en vano en el armario de Yelena y en el de Vika—. Mañana lo buscaremos antes de marcharte. Le preguntaré a María si los ha visto y dónde los ha guardado.

Hacia las cuatro de la tarde oyeron el sonido de una moto de gran cilindrada. Cada vez se oía más fuerte y enseguida dejaron de oírla. Se había detenido a la puerta de entrada al jardín. Unos segundos después sonó el timbre del interfono y Alexander preguntó quién era.

—Buenas tardes, vengo a entregarle una bolsa de parte de Vladimir.

Alexander abrió la cancela metálica desde la casa y le dijo al hombre que entrara hasta el porche.

Se trataba de un hombre joven, de unos veintinueve o treinta años, alto y delgado, con pantalón vaquero y camiseta de manga corta por encima del pantalón. Llevaba un casco de motorista en una mano y en la otra, una bolsa de deportes.

Alexander había bajado los tres escalones que lo separaban del jardín y

esperó a que el joven llegara hasta él. El motorista lo saludó y le dijo:

—¿Es usted Alexander S.?

—Sí, yo soy. ¿Y tú quién eres?

—Me llamo Sergei.

—¿Qué deseas de mí?

—Esto es para usted —dijo el joven entregándole la bolsa—. Me envía mi jefe por orden de Vladimir B.

Alexander intuyó cuál era el contenido de aquella bolsa.

El motorista, después de entregarla, se despidió de él. Salió a la calle, se colocó el casco y subió en la moto. Todos en la villa oyeron el rugido del motor al arrancar y cómo se desvanecía el ruido poco a poco hasta perderse en la lejanía.

## **Capítulo 24 . El dinero del rescate**

Alexander entró en la casa y se encaminó a su dormitorio con la bolsa de deportes en la mano. Olga lo siguió y le preguntó qué había en aquella bolsa. Él no le contestó, sino que la puso sobre la cama y la abrió. Los dos permanecieron un rato contemplando absortos el contenido. Se miraron y ninguno de los dos pronunció palabra. Al cabo, Alexander levantó la bolsa y vertió el dinero sobre la cama. Separó los fajos de billetes en montones según su valor. Billetes de veinte, cincuenta y cien euros. A continuación Olga y él los contaron.

Había exactamente veinticinco mil euros.

Alexander pensó que debía llamar por teléfono a Vladimir para darle las gracias, pero descartó enseguida la idea. Ya tendría ocasión de dárselas en otro momento. Estaba seguro de que el capo ya había sido informado de la entrega de los veinticinco mil.

Olga le preguntó cómo lo había conseguido.

—Es un préstamo que me ha hecho un amigo —dijo Alexander.

—¿Un amigo? ¿Quién?

—Se llama Vladimir B. Otro día te contaré quién es y a qué se dedica. Ahora alegrémonos de que este dinero, cualquiera que sea su procedencia, nos permitirá rescatar a Vika esta noche. Hay que esperar a que llamen los secuestradores y me digan dónde haremos el intercambio.

—¿Yuri irá contigo?

—No. Iré solo. No quiero que ocurra lo mismo que anoche. Esta vez regresaré a casa con Vika, te lo prometo.

—Espero que todo salga bien —dijo Olga y abrazó a su esposo.

Alexander salió del dormitorio mientras Olga se ocupaba de guardar los fajos de billetes dentro de la bolsa. Llamó a la puerta de la habitación de Yuri, entró y lo encontró tumbado boca arriba en la cama, fumándose un cigarrillo. Le preguntó qué tal estaba. Yuri se incorporó y se sentó en el borde de la cama, apagó el cigarro en el cenicero y le dijo a su jefe:

—Estoy preocupado por Natasha.

—Lo entiendo. ¿Has hablado con ella?

—No he podido, no contesta al teléfono.

—Quizá no tenga cobertura o se haya quedado sin batería. ¿Y con su familia, no has hablado con su familia?

—Tampoco. Su madre no responde a mis llamadas. No sé si se habrá enterado de lo que le ha ocurrido a Natasha. Espero que sí y esté con ella en el hospital haciéndole compañía.

—¿Le has preguntado a su amiga, la que te llamó?

—Katia me dijo que iría a verla después del trabajo. Así que la llamaré esta noche.

—Verás como todo irá bien.

Yuri asintió y le dio las gracias. A continuación Alexander le explicó qué había dentro de la bolsa que le había entregado Sergei.

—Ya tengo el dinero del rescate —le dijo.

—¿Ha sido Vladimir?

—Sí, me lo ha traído un motorista en nombre suyo.

—¿Sigues pensando en ir solo a realizar la entrega?

—Sí. Esta vez iré solo.

—Está bien. Si cambias de idea ya sabes dónde puedes encontrarme.

—No. Lo tengo decidido.

—Espero poder abrazar a Vika esta noche —dijo Yuri.

—¿A qué hora sale vuestro vuelo mañana?

—A las tres y media de la tarde.

—Yo os llevaré al aeropuerto en el Laguna.

—Gracias. Si no puedes tomo un taxi.

Alexander le dijo a Olga si quería acompañarlo a darse un baño. Les preguntaron a los niños y Yelena dijo que sí, que iba a ser su último baño en la playa antes de marcharse a San Petersburgo. Dima también fue con ellos. Los cuatro se metieron al agua, un agua que estaba muy caliente y limpia, y nadaron y jugaron con el balón a intentar que se mantuviera en el aire sin caerse, golpeándolo hacia arriba con las manos abiertas. Solo faltaba Vika, pero Alexander y Olga pensaban que esa noche volverían a tenerla.

Regresaron a la villa después del baño y se ducharon en el jardín. Se echaron en las hamacas a tomar el sol de la tarde. Dima le preguntó a Yelena si quería ir con él a ver si su amigo Misha podía acompañarlos. Ella dijo que sí y se subieron en las bicis y pedalearon hasta el chalet donde vivía Misha. Este se les unió con su bici y los tres dieron unas vueltas por la urbanización. Yelena le contó a Misha que volvía a San Petersburgo al día siguiente y, después del paseo, se despidió de él.

Eran casi las nueve de la noche cuando Alexander recibió una llamada desde un número oculto. Antes de descolgar imaginó quién era. Contestó:

—¿Sí?

—¿Alexander S.?

—Sí, soy yo.

Era la misma voz de hombre que había llamado la noche anterior para concretar el intercambio. La voz del secuestrador de su hija.

—¿Tienes el dinero?

—Sí.

—Has sido rápido esta vez. ¿Conoces dónde está el restaurante Barlovento?

—He oído que está en cabo Cervera, pero no sé exactamente dónde, nunca he estado allí.

—Conduce hacia La Mata y cuando llegues al hotel Masa, ya sabes, el hotel que está cerca de la Torre del Moro, te desvías a la derecha por la avenida de los Españoles, y antes de llegar al restaurante Barlovento encontrarás a la derecha la calle Bogavante. Te metes en esa calle hasta el final y aparcas allí el coche.

—Conforme. ¿A qué hora debo estar allí?

—A las diez. Recuerda, no quiero ni policías ni amigos. Debes ir solo esta vez. De lo contrario...

—Conforme —dijo Alexander sin esperar a que el secuestrador le dijera qué haría si no seguía sus instrucciones—. Espero que mi hija esté bien.

—Tu hija está bien. Nos vemos a las diez y podrás verla y llevártela a casa. ¿De acuerdo?

—Sí, conforme.

El secuestrador colgó.

Alexander miró en su teléfono móvil, por internet, la ubicación de la calle Bogavante y se dio cuenta de que estaba en la misma zona donde se encontraba la casa de los secuestradores, cerca de la ronda José Samper García. Se lo comentó a Yuri y este le dijo que todo cuadraba, y que posiblemente eran al menos tres personas: el hombre que retiró el dinero de la Torre del Moro, la mujer que lo llamó por primera vez y una tercera persona que podía ser quien se ocupaba de custodiar a Vika y estuvo presente la noche anterior en el Nissan. Pese a sus dudas, Yuri se había contagiado del entusiasmo de Alexander. Deseó que su jefe tuviera razón.

Alexander cogió la bolsa del dinero y se dirigió en el Laguna hasta el lugar de la cita. Había bastante tráfico, pero aun así llegó antes de la hora convenida.

Aparcó el coche donde le había indicado el secuestrador y miró a su alrededor tratando de localizar el Nissan todoterreno, pero no lo vio. Un cuarto de hora después dos hombres se acercaron caminando hasta el Laguna. Alexander se apeó. La zona estaba muy tranquila y solitaria. Los dos hombres llevaban un arma en la mano. Le pidieron el dinero. Alexander reclamó a su hija. El que llevaba la voz cantante le dijo que estaba en otro coche, un Ford Fiesta de color rojo que habían dejado en el parking del hotel Masa.

—¿Por qué no la habéis traído con vosotros?

—Por si no habías venido solo, como hiciste anoche.

—Estoy solo. Como podéis comprobar el coche está vacío. Llamad a vuestro socio y decidle que la traiga aquí. Si no, no hay dinero.

—No, no estás en condiciones de pedir nada —dijo el que mandaba señalando con la cabeza la pistola del compañero y mostrándole la suya.

Alexander se dio cuenta de que el otro hombre le apuntaba con su arma, y que estaba en manos de los secuestradores. Supuso que no tenía más remedio que entregarles la bolsa y confiar en que estuvieran diciendo la verdad. En ese momento no lo tenía nada claro. El hombre que hablaba cogió la bolsa y comprobó que dentro estaba el dinero, aunque no lo contó. La metió en el maletero de su coche y se acomodó en el asiento del conductor.

—No nos sigas. Deja pasar diez minutos y después te diriges al Hotel Masa. A la entrada del hotel encontrarás a Vika. Sabe que irás a buscarla y estará esperándote.

—Conforme.

Alexander los vio alejarse en el todoterreno. Tuvo la impresión de que lo habían engañado una vez más. Sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. Inspiró profundamente y expulsó el aire varias veces. Esperó diez minutos, como le habían ordenado. Al cabo, arrancó el Laguna y se dirigió hacia el hotel Masa, con la esperanza de encontrar a Vika en el lugar donde le habían indicado.

## **Capítulo 25 . La despedida de Yelena**

Halló un hueco en el aparcamiento de enfrente del hotel Masa y estacionó el coche. A medida que se acercaba al hotel el corazón le latía con más fuerza. Paró un momento para inspirar profundamente y expulsar el aire de los pulmones. Después entró en el hotel y le preguntó al empleado de la recepción si había visto a una niña rusa de diez años, rubia y de ojos azules, que respondía al nombre de Vika. El recepcionista le dijo que no y, al verlo tan excitado, le preguntó si se encontraba bien, y si quería un vaso de agua o alguna otra cosa. Alexander le respondió que no necesitaba nada y le dio las gracias.

Después de buscar a Vika en cada uno de los rincones de la planta baja del hotel, volvió a inspirar y a expulsar el aire varias veces y salió del edificio a toda prisa. Buscó a Vika en vano por los alrededores. Apretó los dientes y le entraron ganas de gritar. Abrió la boca y, antes de meterse en el coche, dio un aullido tan fuerte que debió de oírse en diez km a la redonda. Se colocó en el asiento del conductor y golpeó con los puños el volante mientras decía: «¡Mierda, mierda, mierda, estos malditos bastardos me la han jugado una vez más! Qué razón tenía Yuri cuando dijo que debía acudir a la policía a denunciarlos». Pensó en presentar una denuncia en el puesto de la Guardia Civil, pero como no tenía las fotos que Yuri les había hecho a los secuestradores decidió dejarlo para otro día.

Permaneció sentado en el Laguna, reflexionando sobre lo que acababa de sucederle, y al cabo de un buen rato decidió volver a la villa y anunciar que no había podido rescatar a Vika.

Todos lo esperaban sentados en el porche y al ver entrar el Laguna se levantaron para recibir a Vika. Alexander detuvo el coche y se apeó. Cuando vieron que iba solo, comprendieron que el intercambio no había tenido lugar

tal como esperaban.

Olga corrió hacia Alexander y, llorando, lo abrazó. No le hacía falta preguntarle qué había sucedido. El semblante ceñido de su esposo lo decía todo. Los niños sí preguntaron dónde estaba Vika, y Yuri se dijo para sí que, por desgracia, había ocurrido lo que él se temía.

—Me han engañado. No tenían a Vika. Yuri, mañana os llevaré al aeropuerto. Ahora me voy a la cama.

—Lo siento, Alexander. Mañana hablamos.

—Ah, necesitaré las fotos de esos bastardos. Envíamelas a mi correo electrónico, quiero ir a la Guardia Civil a contarle lo que me han hecho e interponer una denuncia.

Se marcharon todos a sus habitaciones. Esa noche no soplaba ni una brizna de viento, la temperatura no había bajado de los veinticuatro grados y la humedad era pegajosa.

Alexander no pudo dormirse hasta bien entrada la madrugada. No solo por el calor, sino también porque estuvo pensando en quién podía tener a su hija, qué habría sido de ella, y qué le diría a la policía cuando fuera a denunciar el engaño del que había sido objeto. Pensó en que tenía que llevar a Yuri y a Yelena al aeropuerto, y podía haber bastante tráfico, no sabía si sería mejor tomar la carretera de la costa o ir por la autovía.

Se dijo a sí mismo que la vida era una mierda. Y por si fuera poco se acordó de lo que le debía a Vladimir, y especuló una vez más con la posibilidad de vender la villa y no volver más a La Zenia.

Olga, que tampoco podía conciliar el sueño, no paró de dar vueltas en la cama sin poder dejar de pensar en su hijita. Se tomó una pastilla para dormir y finalmente lo consiguió.

Ambos se despertaron muy temprano. Alexander consultó su reloj y se levantó enseguida. Olga fue a ver a Yelena, que aún dormía. Más tarde la despertó y la ayudó a terminar de hacer el equipaje. La niña estaba contenta de volver a San Petersburgo, tenía muchas ganas de ver a sus padres. Le preguntó a Olga por Vika y esta le dijo que no había podido regresar aún, pero que volvería pronto.

—Esos señores que la han secuestrado no le harán ningún daño, ¿verdad?

—Claro que no, cariño —dijo Olga y volvió la cara para que Yelena no viera que estaba llorando.

A media mañana se encontraban tomando algo ligero en la cocina cuando apareció Dima.

—¿Puedo acompañaros al aeropuerto? —dijo el niño.

—Claro, pero date prisa o llegaremos tarde —dijo Alexander.

Dima se tomó un vaso de leche fría y una madalena. Se vistió a la carrera. Subieron los cinco en el Laguna y Yuri se puso al volante.

Camino de El Altet, Alexander le preguntó a este:

—¿Cómo está Natasha? ¿Has podido hablar con ella?

—Natasha está bien. Anoche hablé con Katia. Me dijo que fue a verla al hospital y estuvo con ella un buen rato. Aún no le han dado los resultados de las pruebas médicas.

—Verás cómo todo irá bien.

—Eso espero.

Durante el trayecto, Yelena les dijo que lo había pasado muy bien, que sentía pena de no haber podido despedirse de Vika y que esperaba verla en

San Petersburgo cuando terminaran las vacaciones. Le dijo a Dima que le había gustado pedalear a su lado, y que Misha le había parecido un niño muy simpático.

Llegaron al aeropuerto, aparcaron el coche y se dirigieron al mostrador de facturación. Faltaba casi una hora para la salida del vuelo a San Petersburgo.

A la hora de las despedidas, Yuri le dijo a Alexander que tan pronto estuviera bien Natasha él volvería a La Zenia para ayudarlo a encontrar a Vika.

—Tráela contigo y pasáis unos días en la villa —le dijo Alexander una vez más.

—Lo haré. A ver si puedo convencerla. Gracias por vuestra hospitalidad —dijo mirando a Alexander y luego a Olga.

Yelena se despidió con besos, y Dima le dijo:

—Perdóname por lo del osito.

—Ya pasó. Ahora somos amigos, ¿verdad?

—Claro, Yelena. Te echaré de menos. Que tengas un buen viaje.

Antes de pasar el control de seguridad se saludaron una vez más con la mano, y se mandaron besos.

Cuando llegaron al aeropuerto de Pulkovo, los padres de Yelena estaban esperándola en la terminal de llegadas. La abrazaron y lloraron de alegría al verla.

—Has engordado un poco —le dijo Anna.

—Olga nos daba muy bien de comer, y a veces María cocinaba unos

guisos muy sabrosos.

—Tienes buen color de piel.

—Es que me he bañado mucho, mamá, en la piscina y en el mar.

—¿Qué tal el asma? ¿Has tenido alguna crisis?

—Alguna sí. Pero estoy muy bien.

—Te veo muy guapa, mi vida —dijo Anna y le dio un abrazo muy fuerte.

Oleg le preguntó a Yuri cómo estaban los padres de Vika y cómo iba la investigación de la policía. Yuri le resumió lo que había ocurrido la noche anterior, y le dijo que la policía no tenía ninguna pista aún del paradero de Vika, pero seguían buscándola cada día.

—Me imagino que deben de estar rotos de dolor y de tristeza —dijo Oleg—. He de llamarlos para darles las gracias por todo, desearles que hallen pronto a su hija y disculparnos por no haber podido ir a recogerla. Les debemos una explicación.

Se despidieron y le agradecieron al expolicía el haberles traído a Yelena. Yuri tomó un taxi y se dirigió directamente al hospital.

Al entrar en la habitación de Natasha, la encontró sentada en un sillón viendo la televisión. Ella se levantó y le dio un abrazo largo y fuerte.

—Te he echado mucho de menos —dijo Natasha.

—Y yo a ti también. Cuéntame con todo detalle qué te ha ocurrido.

—No sé qué te habrá explicado Katia.

—Muy poco. Solo me dijo que te habías caído y te habían llevado al hospital para hacerte unas pruebas.

Natasha bebió un poco de agua de la botella que tenía en la mesilla y le

dijo:

—Creo que todo fue debido a que salí de casa sin desayunar, con la intención de tomar algo en el centro comercial, se me había hecho un poco tarde y, poco después de abrir la tienda, sentí un ligero mareo y de repente sufrí un desvanecimiento, me caí y parece ser que me di un buen golpe en la cabeza contra el suelo.

—Y Katia te ayudó.

—Sí. Katia vino enseguida a atenderme y según parece tardé algunos segundos en recuperar la consciencia. Al volver en mí me encontraba algo confusa y ella se asustó y llamó a emergencias. El médico que me atendió me dijo que debía llevarme al hospital para averiguar la causa del desvanecimiento, y por si el golpe me había provocado un hematoma en la cabeza. Ahora ya me encuentro bien.

—¿Qué pruebas te han hecho?

—Me preguntaron si había sufrido algún desmayo con anterioridad, y me hicieron análisis de sangre y de orina, un escáner y un electro. Espero que no tengan que hacerme nada más.

—Aún no te han dado los resultados, ¿no?

—Aún no. Creo que mañana cuando pase el médico a verme me dirá si puedo marcharme a casa. Qué pena lo de Vika —dijo Natasha cambiando de tema—. ¿Cómo están sus padres?

—Están muy afectados. Imagínate.

—¿Y tú cómo estás?

—Muy bien — respondió Yuri.

—Ya te veo. Tienes un bonito color tostado.

—La verdad es que me siento un poco inútil. No he sido capaz de ayudarlos mucho.

—Sabiendo cómo eres, estoy convencida de que has hecho todo lo que has podido.

—No estoy seguro. ¿Quieres que te traiga algo de beber o de comer?

—No. ¿Tú has comido?

—Sí, en el avión.

—Dime, ¿cómo es La Zenia?

—Un lugar fantástico para pasar unas vacaciones. Eso sí, hace mucho calor y bastante humedad, y a veces hay mosquitos. Alexander y Olga tienen una villa preciosa, muy grande, con piscina y un bonito jardín, y está a un paso de la playa. Cuando te recuperes, deberías acompañarme. Tengo que volver a ver si consigo encontrar a la niña.

—No sé, Yuri, me gustaría mucho acompañarte, pero estamos en temporada alta y hay que aprovecharla. Además, no quiero dejar sola a mi madre, está mayor y algo desmemoriada, y ya te dije que no quería interferir en tu trabajo.

—Solo unos días. Vente conmigo unos días. Lo pasaremos bien.

—Lo pensaré. ¿Por qué no te vas a casa a descansar?

—No, no estoy cansado. Prefiero quedarme aquí contigo mientras me dejen. Toma, te he comprado estos pendientes en el mercadillo de los hippies de Torre vieja.

Natasha los sacó de la bolsita y se los colocó con facilidad en las orejas. Eran dos aros de plata de dos centímetros de diámetro. Se miró en el espejo y dijo:

—¡Gracias, Yuri! Me encantan. ¿Cómo me ves con ellos?

—Estás muy guapa.

Siguieron hablando de mil cosas.

Ella se sentó en la cama y le dejó el sillón a Yuri. Este se acomodó en él, apoyó la cabeza en el respaldo y unos minutos después estaba durmiendo como un tronco. Ella lo observó y sintió que amaba profundamente a aquel hombre. Estuvo pensando en lo mucho que le apetecía acompañarlo a la costa de Alicante y pasar con él unos días en la playa. Y se preguntó que por qué no lo hacía. Después pensó en que ojalá las pruebas médicas salieran bien.

## **Capítulo 26 . Los pantalones vaqueros**

A la mañana siguiente Alexander le dijo a Olga que iba a las dependencias de la Guardia Civil de Torrevieja a interponer una denuncia contra los falsos secuestradores. Ella le indicó su deseo de acompañarlo, y él le dijo que sí.

María apareció por la casa a eso de las nueve y después de cambiarse de ropa comenzó su tarea recogiendo la cocina. Alexander la saludó y le dijo que le recordara a su esposo que tenía que fumigar el jardín contra los mosquitos.

—Ya lo sabe —dijo María—, pero ahora está bastante ocupado. Se lo comentaré cuando vuelva a casa.

Olga le preguntó si había visto el vaquero de Yelena.

—¿Qué vaquero?

—Su vaquero azul.

—¿Has mirado en el armario?

—Sí, y no *encontrar*.

—Vaya... Pues yo no lo he visto desde que lo lavé hace días. Lo buscaré bien.

Las dos se encaminaron a la habitación de las niñas y buscaron el pantalón. No estaba en ninguno de los armarios. María separó la cama de Yelena de la pared y lo encontró, hecho un gurrño, debajo de la cama.

—Aquí está —dijo María recuperándolo y mostrándolo a Olga. Después empujó la cama para reubicarla y añadió—: Lo lavaré y plancharé.

—Gracias —dijo Olga y pensó que ya se lo llevaría a Yelena cuando regresaran a San Petersburgo.

María preguntó si sabían algo nuevo de Vika. Olga le dijo que aún no, pero no quiso explicarle lo que había sucedido la noche anterior.

—¿Yelena ha llegado bien a San Petersburgo?

—Sí, *llamar* sus padres para *decir*.

Olga se dirigió a su alcoba para arreglarse. Alexander la esperó en el coche, delante de la villa, sin dejar de consultar su reloj.

El matrimonio se dirigió a la calle Patricio Zammit de Torrevieja. Alexander estacionó el Laguna en un parking cercano y los dos se encaminaron al puesto de la Guardia Civil. Al llegar, un guardia les preguntó qué deseaban. Se identificaron como los padres de la niña rusa desaparecida, y Alexander le dijo que deseaban ver al oficial de guardia para interponer una denuncia y preguntar por la marcha de las investigaciones concernientes a la desaparición de su hija.

El guardia les pidió los pasaportes y tomó nota de los datos en una hoja. Acto seguido los condujo hasta el despacho del oficial al mando del puesto. No era la primera vez que acudían al cuartel y el oficial enseguida los reconoció y se levantó del sillón para saludarlos estrechándoles la mano y dedicándoles una sonrisa.

Alexander le preguntó sin preámbulos cómo iba la búsqueda de Vika.

—La investigación sigue abierta, pero la realidad es que no hemos podido encontrar ninguna pista verdadera hasta la fecha. Ha habido muchas llamadas informativas y todas las hemos investigado, pero resultaron ser falsas.

Alexander y Olga asintieron, aunque ella era incapaz de entender todo lo que el agente decía. Este se mojó los labios con la lengua y continuó:

—Estos casos de niños desaparecidos son siempre difíciles, pero tengan

ustedes la seguridad de que estamos haciendo todo lo posible por encontrar a su hija, y seguiremos buscándola en colaboración con la Policía Nacional. ¿Acaso tienen alguna información nueva al respecto? ¿Alguien se ha puesto en contacto con ustedes?

—Por desgracia sí —dijo Alexander—. Me llamaron para pedirme un rescate. Hemos venido para interponer una denuncia.

—¿Un rescate? ¿Y usted qué hizo?

Alexander le contó, con todo detalle, qué le había ocurrido desde el día en que lo llamó por teléfono la mujer rusa. El oficial escuchó su relato sin interrumpirlo ni una sola vez. Cuando Alexander terminó de hablar, le dijo:

—Pero, hombre de Dios, cómo no nos llamó usted.

—Es que... ellos *amenazar* con *hacer* daño a mi hija.

—Es lo típico. Llaman a la familia y la presionan con amenazas de muerte para conseguir el dinero del rescate. No es el primer caso, ni será el último. Desde hace algún tiempo los secuestros falsos están a la orden del día. Ustedes, al entregarles el dinero, promueven nuevos casos de extorsión. Hay delincuentes que se dedican a eso. Llaman hasta conseguir una posible víctima y actúan con rapidez pidiendo un rescate con amenazas terribles para amedrentar a la familia. En su caso ha sido mucho más sencillo para ellos, sabían que su hija había desaparecido, pues la información se emitió en las noticias de la televisión y en la prensa, y por lo tanto jugaban con ventaja. Consiguieron convencerle a usted con amenazas y artimañas, como el llanto de una niña, para que entregara el dinero, y no solo una vez, sino hasta tres veces cayó usted en la trampa.

Olga permanecía callada, intentando entender lo que decía el guardia civil, asentía a medida que lo oía y miraba a Alexander con la esperanza de

que él le explicara más tarde lo que había dicho.

Alexander se observaba el dorso de las manos, que había puesto sobre las piernas, mientras le hablaba el oficial. Se sentía como un colegial al que regaña su maestro o su padre.

Cuando el agente terminó su reprimenda, Alexander le dijo:

—Lo sé, pero *tener* en cuenta que era mi hija y no quería ponerla en peligro.

—Lo siento mucho. He sido un poco duro con ustedes, pero, insisto, es un error no acudir a la policía en estos casos. Deben confiar más en nosotros. Estamos preparados para cumplir con nuestra misión que no es otra que atender a los ciudadanos, luchar contra la delincuencia y velar por su seguridad.

—Pero ustedes aún no *conseguir* encontrar a mi hija —dijo Alexander, en tono de reproche, mirando fijamente a los ojos del oficial.

—Ya les he dicho que estamos en ello. Pero eso es distinto, quizá si nos hubieran puesto al corriente de la llamada de la secuestradora habríamos evitado, al menos, que ustedes pagaran el rescate.

—Aquí *tener* fotos de los falsos secuestradores —dijo Alexander mostrándole las fotografías que tenía en su móvil, y acto seguido le dio la dirección de la casa donde vivían los extorsionadores y la matrícula del Nissan.

El oficial anotó la dirección de la casa y la matrícula del coche en una hoja en blanco.

—Mándenos esas fotos a esta dirección de correo electrónico —dijo el oficial apuntando la dirección de correo en un pósit y entregándola a

Alexander.

Este asintió con la cabeza y se levantó para despedirse. Olga hizo lo mismo.

—Esperen un momento, hay que redactar la denuncia.

Alexander y Olga volvieron a sentarse.

El oficial llamó a un guardia que pidió a Alexander los datos precisos para cumplimentar el informe. Una vez terminado este, el oficial lo leyó y se lo entregó a Alexander para que lo firmara.

—De acuerdo —dijo el oficial fijando la vista en Alexander—. Buscaremos a esos delincuentes y los pondremos a disposición del juez. Les informaremos y estaremos en contacto con ustedes. Tendrá que identificarlos cuando los detengamos.

—Conforme. No hay ningún problema —dijo Alexander.

—Siento mucho lo que les ha ocurrido. Tengan la seguridad de que haremos todo lo posible para encontrar a su hija.

El oficial se levantó dando por terminada la reunión y se despidió de Alexander y de Olga con un fuerte apretón de manos.

Estos salieron del puesto de la Guardia Civil. Alexander llevaba la cabeza agachada, como si fuera el culpable de no haber ayudado a encontrar a su hija. Se sentía mal por no haber avisado a la Guardia Civil. Recordó lo que le había aconsejado Yuri al respecto y se dijo a sí mismo que los dos, el oficial y Yuri, estaban en lo cierto, pero trató de justificarse pensando que ninguno de ellos era el padre de Vika.

Entraron en una cafetería aledaña, se sentaron a una mesa y ordenaron un café. Olga le pidió a su marido que le explicara todo lo que había dicho el

guardia civil y Alexander se lo contó.

Alexander pagó la cuenta. Antes de dejar la cafetería pidió un cigarrillo y fuego al camarero de la barra. Después se encaminaron hacia la costa. Llegaron hasta el paseo marítimo de Las Rocas y se sentaron en uno de los bancos alargados de madera, mirando al mar. Caía el sol como si desde el cielo descendieran bolas de fuego, el mar estaba tranquilo, apenas rizado por una brisa ligera y fresca que les daba en la cara y les producía una sensación de bienestar. Estuvieron un buen rato contemplando el espectáculo del agua que tenían enfrente, un agua transparente y azul. Olga, al verlo tan abatido, le pasó el brazo por la cintura, acercó la cara y le dio un beso en la mejilla.

A lo lejos navegaban varios veleros en grupo y Alexander imaginó que se trataba de una regata. La señaló con el brazo extendido para que Olga la viera.

Cuando se hubo relajado, se levantaron del banco y volvieron sobre sus pasos a retirar el coche del aparcamiento donde lo habían estacionado. Desde allí se dirigieron a su casa.

Iban los dos en silencio. Durante el trayecto Alexander vio a Vika como en un sueño. Ella jugaba en la playa, riendo a carcajadas con Yelena, con Dima, con Olga y con él. Estaban todos jugando a no dejar caer la pelota en el agua, buscando conchas marinas por la orilla, nadando en la piscina o tomando el sol sobre una toalla extendida en el césped.

¿Dónde estaba Vika ahora?, se preguntó.

A la vista de todo lo que habían hecho hasta ese momento, sin éxito alguno, tenía serias dudas de que la policía pudiera llegar a encontrarla, pero no le dijo nada a Olga.

«¿Y yo? ¿Qué puedo hacer yo al respecto?», se dijo a sí mismo.

## **Capítulo 27 . El resultado de las pruebas**

Yuri se alzó de la cama muy temprano, como de costumbre, y se encaminó, a buen paso, por la calle Sadovaya hasta los jardines del palacio Yusupov. Dio un par de vueltas alrededor del estanque y regresó a su casa por el mismo camino que había seguido. Se duchó y desayunó. A continuación salió a la calle y entró en una armería de la avenida de Moscú. Le atendió Andrei, un hombre mayor que él, cargado de espaldas, al que conocía desde que comenzó a trabajar en la policía. Le pidió un arma, a ser posible igual a la que le habían robado los falsos secuestradores en el descampado junto a la playa de Los Locos. El vendedor le entregó una pistola similar, ultra plana, corta, muy liviana, de empuñadura ergonómica. Yuri la observó y sopesó en la mano, la desmontó y miró a través del ánima del cañón.

—¿Te gusta?

—Sí. Me la quedo.

—Es un arma segura, fiable y económica.

A continuación la montó y le pidió una caja de cartuchos de 9 mm. Se colocó la pistola detrás, sujeta por el cinturón del pantalón, y se guardó las balas en el bolsillo. Pagó, se despidió del dependiente y volvió a casa a dejar el arma. Más tarde tomó un autobús y se apeó en la parada más cercana al hospital.

Al entrar en la habitación de Natasha la encontró sentada en el sillón, leyendo una revista, esperando que el médico pasara a verla de un momento a otro.

—Hola, Natasha —dijo Yuri y le dio un beso—. ¿Te han dicho algo los médicos?

—Todavía no. ¿Y tú has descansado bien?

—Perfectamente. He dormido más de seis horas seguidas.

—Yo también he dormido bien, pero estoy ansiosa por dejar el hospital. No entiendo por qué tardan tanto en comunicarme los resultados. Me altera estar aquí, ociosa y aguantando el olor a desinfectante.

—Anoche me llamó mi jefe para preguntarme cómo estabas. Me dijo que ya ha denunciado a los falsos secuestradores. Y me ha ordenado que vuelva lo antes posible a La Zenia para ayudarlo a buscar a Vika.

—Es lógico, aún no sabe nada de ella y estará preocupado. He estado pensando en acompañarte, me gustaría mucho, pero me preocupa dejar sola a mi madre. ¿Y si le pasara algo mientras estoy en España? Ella no tiene a nadie más que a mí donde acudir.

—Mujer..., serán solo unos días. ¿Qué le puede pasar?

—Nada, supongo que nada, pero me cuesta irme y dejarla sola.

En eso, apareció el doctor que había prescrito las pruebas. Natasha se levantó y le presentó a Yuri.

—Este es mi marido.

—Mucho gusto —dijo el doctor estrechándole la mano.

Yuri permaneció atento, esperando oír los resultados del estudio médico.

Natasha puso la vista en los ojos del doctor, esperando que él hablara. Este la miró, serio, como si hubieran detectado alguna anomalía en la salud de su paciente, lo que a ella la inquietó aún más de lo que estaba.

—Está todo bien —dijo el doctor—. No hemos hallado nada en los análisis, ni en el escáner ni en el electrocardiograma. No hay ninguna

anomalía que podamos considerar como la causa de su desvanecimiento, solo tiene un poco alto el colesterol, como la mayoría de la gente de su edad, así que procure no tomar nada de grasas en su dieta.

—Entonces ¿no tengo nada grave, doctor?

—Está usted perfectamente. Tiene una salud de hierro.

—¿Y por qué se desmayó? —preguntó Yuri.

—Los desmayos pueden obedecer a diversas causas, la mayoría de las cuales no son debidas a trastornos graves. En el caso de su esposa no vemos ningún motivo aparente de gravedad. El desvanecimiento que ha sufrido puede haber sido provocado por un bajo nivel de glucosa en la sangre, por haber estado de pie mucho tiempo, por sentarse y levantarse con rapidez, por una bajada de la presión arterial... En fin, le voy a dar el alta y si le vuelve a ocurrir, vengan a vernos.

—Gracias doctor —dijo Olga con una sonrisa.

Yuri también le dio las gracias al médico y le estrechó la mano.

Después de dejar el hospital, contentos por el resultado negativo de las pruebas, se dirigieron en autobús hasta el centro comercial Gostiny Dvor a saludar a Katia y reiterarle las gracias por su ayuda. Después comprobaron que todo estaba bien en la tienda y se marcharon a casa. Era la hora del almuerzo y Natasha preparó unos sándwiches. Cuando hubieron terminado de comer entraron en la alcoba, se besaron, se despojaron de la ropa, se metieron entre las sábanas y apagaron la luz. Se prodigaron en caricias y besos, guardados durante tantos días de separación, e hicieron el amor. Después permanecieron en la cama, disfrutando de ese momento único de relajación, con las manos entrelazadas, y hablaron de nuevos proyectos.

Olga se quedó dormida enseguida y Yuri permaneció un buen rato junto a su cuerpo cálido y atractivo aún, sin moverse, observando el rostro sosegado de su esposa. Pensó que la quería y que se alegraba de que disfrutara de buena salud. Se había asustado mucho.

Poco después se levantó de la cama, buscó su cajetilla de tabaco y encendió un cigarrillo. Sacó del cajón de la cómoda la pistola que le había comprado a su amigo el armero. La colocó sobre la mesa del comedor y fue en busca de la caja donde guardaba los materiales y herramientas de limpieza. Se sentó, desmontó el arma y la limpió y engrasó con esmero, aun cuando no parecía necesario, estaba perfectamente limpia. La volvió a montar y pensó en cuándo regresaría a La Zenia.

En eso Natasha salió del dormitorio, estirando los brazos hacia arriba y arreglándose el pelo. Se le acercó, lo besó en los labios con dulzura y le dijo:

—Te quiero, Yuri.

Desde la silla él la rodeó con sus brazos por la cintura, apoyó la cabeza en el pecho de ella y le dijo que también la quería.

Le propuso salir a dar un paseo en barco por el río Neva. Ella volvió a besarlo y le dijo que le parecía una excelente idea, una idea muy romántica.

Ninguno de los dos había surcado en barco los ríos y canales de San Petersburgo en su vida. En invierno era imposible, pues permanecían varios meses helados, y en verano ellos pensaban que esos cruceros eran actividades lúdicas solo para turistas.

Esa tarde hacía una buena tarde de verano y aún estaban en el periodo de las noches blancas, así que la luz del día duraba más de veinte horas. Algunos nubarrones negros amenazaban tormenta, pero eso era lo más normal en la ciudad de Pedro I el Grande.

Llegaron al embarcadero del río Fontanka poco antes de las siete de la tarde y consiguieron los tiques para el siguiente barco que zarpaba a las siete en punto. El guía les dio una mantita para cubrirse, pues se sentaron en los asientos de la cubierta del barco y, aunque la temperatura era cálida ese día, la brisa que les llegaba desde el agua, debido al movimiento del navío, era fría. Recorrieron parte del Fontanka y contemplaron los edificios y palacios de colores suaves que surgían en ambas orillas del río, el Jardín de Verano, la catedral de la Sangre Derramada. El barco viró a la izquierda y se adentró en el río Moika, más estrecho que el Fontanka, y continuó navegando, cruzando por debajo de algunos de los puentes de la ciudad de los canales hasta desembocar en el río Neva, cuyas aguas, más caudalosas, hacían balancearse el barco. Atravesaron el puente del Palacio y más tarde el de la Trinidad. Llevaban las manos entrelazadas debajo de la manta, como dos jóvenes turistas enamorados, y comentaban las vistas, y disfrutaban del paseo, y se besaban de cuando en cuando, y observaban los diferentes edificios monumentales que iban apareciendo ante sus ojos: el Palacio de Invierno, sede del museo Hermitage, la Fortaleza de Pedro y Pablo, la sede de la Academia de las Ciencias de Rusia, el Almirantazgo, la catedral de San Isaac... El barco volvió a meterse en el río Fontanka y surcó sus negras aguas hasta el punto de amarre donde había empezado el crucero una hora antes.

Devolvieron la manta y le dieron las gracias al guía, que había estado explicándoles durante el trayecto los diferentes monumentos y edificios más notables, así como ofreciéndoles unas pinceladas de la historia de la ciudad de Pedro I.

—Qué distinto es descubrir esta ciudad desde un barco, navegando por sus ríos y cruzando por debajo de sus puentes —dijo Natasha.

—Sí, es diferente y mucho más hermosa, si cabe.

Desde el malecón del río Fontanka, Yuri le propuso a Natasha ir a cenar a un restaurante de comida rusa, situado en las inmediaciones de la iglesia de El Salvador sobre la Sangre Derramada, a orillas del canal Grivoyedov.

Sentados a la mesa, después de haber pedido la cena y un buen vino tinto español, Yuri le dijo a Natasha que iba a volver a La Zenia en unos días y necesitaba saber si lo iba a acompañar o no, para reservar los billetes.

—Me encantaría, Yuri, ya lo sabes, pero he tomado la decisión de quedarme. En parte es por mi madre, pero también porque debo atender la tienda. Espero que tengamos algún otro momento para disfrutar de España.

—Está bien. Como tú quieras. Quizás podamos hacer juntos este viaje en otra ocasión.

## **Capítulo 28 . La deuda**

Vladimir llevaba un buen rato sentado a la mesa de su despacho, en el club *Golden Girls*, examinando unos documentos. Dejó los papeles sobre el escritorio, tomó el teléfono móvil y marcó el número de Alexander.

—¿Sí?

—Hola, Alexander. ¿Has conseguido que te devuelvan a tu hija?

—No. Desgraciadamente no lo he conseguido.

—Pero ¿entregaste el dinero o no?

—Lo hice, pero fue inútil. No recuperé a Vika. De todas formas, muchas gracias por mandarme el dinero con Sergei en tan poco tiempo.

—A mí me gusta cumplir con los amigos... Entonces, cuéntame qué pasó, ¿te engañaron o qué?

—Sí, me engañaron como a un niño.

—No me digas... Lo siento mucho, amigo.

—Tú no sabrás nada de mi hija, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que si has oído algo sobre quién puede tenerla.

—No, ya sabes que si me hubiera enterado de algo te lo habría dicho.

—Gracias —dijo Alexander sin creer lo que le decía Vladimir. No estaba seguro de que le estuviera diciendo la verdad.

Vladimir dijo:

—De nada. ¿Cuándo crees que podrás pagarme lo que me debes? Necesito recuperar mi dinero.

—Estoy pasando por un mal momento de liquidez, y encima he pagado un rescate que no ha servido para nada. Necesito que me des tiempo para recuperarme.

—¿Más tiempo? ¿Tú crees que con más tiempo conseguirás reunir el dinero para pagarme? Mira, ya está bien de darme largas, te voy a dar un plazo. Si no recibo una transferencia en una semana, pagarás de otra manera. ¿Entiendes lo que te digo?

—¿Qué insinúas, me estás amenazando?

—Tómalo como quieras. Solo digo que puede pasarte algo. A ti o a tu familia.

Alexander permaneció unos segundos callado, apretando el puño de la mano izquierda, pensando que Vladimir no dudaría en hacerle daño a él o a los suyos, como le estaba diciendo, si no le pagaba. Era capaz de hacer cualquier cosa por un puñado de rublos. Sabía que no era un tipo de fiar. Al fin le dijo:

—No me amenes. Si me pasara algo a mí o a mi familia, puedes estar seguro de que tú también tendrías problemas con la policía.

—No me digas, ¡qué miedo me das! —dijo Vladimir usando un tono burlón. Calló por unos segundos y al fin añadió—: Solo quiero que me pagues mi puto dinero. Lo necesito ya. Te doy una semana. Si no dispones de liquidez pide un préstamo, joder, ¿me has entendido bien?

Alexander comprendió que hablaba en serio, tenía que encontrar la manera de reunir el dinero y liquidar la deuda.

—Está bien. Haré todo lo que pueda —le dijo en tono conciliador.

—Eso espero. Encuentra una solución.

Vladimir colgó.

A continuación Alexander telefoneó a su director financiero y le pidió que le mandara por correo electrónico el balance semestral de la empresa, y que le dijera a cuánto ascendían las facturas de Vladimir B. pendientes de abonar.

Un par de horas después recibió la información del estado de cuentas de su empresa y la suma que le debía a su *amigo* Vladimir: veintiséis millones de rublos en términos redondos, casi cuatrocientos mil euros.

Consultó el estado de la cuenta bancaria a través de internet y comprobó lo que ya sabía: no disponía siquiera de la cuarta parte de ese dinero, y tenía que pagar a los suministradores, a los empleados de la empresa, afrontar los gastos de mantenimiento, y retener una cantidad para imprevistos.

Era imposible saldar la totalidad de la deuda en una semana como quería Vladimir. Imposible.

Supuso que si le pagaba una parte calmaría al *capo*, pero ¿por cuánto tiempo? No tenía más remedio que vender la villa de La Zenia, lo había considerado mucho antes, pero ahora estaba decidido a hacerlo. Aun cuando a Olga no le pareciera bien.

No podía aplazar por más tiempo el viaje a San Petersburgo, tenía que asegurarse de que las cosas funcionaban bien en la empresa, buscar el dinero que debía y, sobre todo, mantener una reunión con Vladimir y tratar de convencerlo, explicarle cuáles eran sus planes para pagarle. De pronto pensó que quizás él estuviera interesado en comprarle la villa.

La conversación telefónica que había mantenido con Vladimir lo había inquietado profundamente. Sabía que el *capo* era un hombre despiadado, un delincuente peligroso, un enemigo que cumplía sus ultimátums.

Tan pronto como consiguió tranquilizarse, marcó el número de teléfono de Yuri y le preguntó cuándo pensaba volver a La Zenia. Este le dijo que ya tenía el billete para viajar en un par de días, concretamente el lunes por la mañana. Alexander se alegró de oír eso, pues él había previsto salir hacia San Petersburgo un día después y no quería dejar solos a Olga y Dima, luego de lo que le había ocurrido a Vika.

—Conforme. Yo tengo previsto volar a San Petersburgo el martes y regresar el viernes. ¿Vienes con Natasha?

—No. Finalmente no puede ser. Quizás lo hagamos en otra ocasión.

—Si puedo iré a recogerte al aeropuerto de El Altet y si no, tomas un taxi. No pierdas de vista a mi familia durante mi ausencia. Tengo miedo de que les pueda pasar algo.

—*Jarashó.*

Alexander reservó el billete y a continuación le comunicó a Olga que no podía aplazar por más tiempo su viaje, tenía que ir a San Petersburgo para asistir a una reunión y examinar cómo iban las cosas en la empresa.

—He hablado con Yuri. Vendrá el lunes, así que no os quedaréis solos estos días en los que yo falte.

—¿Cuándo volverás?

—El viernes. Ya tengo reservado el billete de ida y vuelta.

El martes por la tarde, cuando el taxi que tomó en Pulkovo se dirigía hacia la isla Vasilievski, Alexander llamó por teléfono a Vladimir. El móvil del *capo* estaba ocupado, como de costumbre. Esperó unos minutos y volvió a llamarlo.

—Alló? —dijo Vladimir.

—Hola, Vladimir, soy Alexander.

—Ya lo sé, he reconocido tu voz. ¿Qué quieres?

Alexander no esperaba oír ese tono seco con el que le contestó Vladimir. Se encogió de hombros y continuó:

—Estoy en San Petersburgo y me gustaría verte.

—¿Para qué? ¿Me has pagado ya lo que me debes?

—Aún no, de eso quería hablarte.

—Adelante. Habla.

Alexander calló un momento, y pensó en qué le iba a decir para convencerlo.

—He estado revisando mis cuentas y me gustaría discutir contigo un plan para cancelar mi deuda. Estoy convencido de que te interesará mi propuesta.

—Qué plan. Qué propuesta. A ver, cuéntame.

—¿Por qué no quedamos esta noche a tomar una copa y te lo explico?

—¿Esta noche? ¿Por qué no? Ven al club y hablamos.

—¿Ahí en tu club? No. Es mejor que busquemos un lugar donde no nos moleste nadie y podamos hablar con tranquilidad. Te invito a cenar.

—¿A cenar? ¿Dónde?

—¿Conoces el restaurante Toscana Grill?

—No. Me suena, pero no lo conozco. ¿Es un italiano?

—Es un sitio muy agradable de comida italiana, sí, pero también rusa y europea en general, puedes comer lo que tú quieras: pescado, carne, pasta,

pizza... Lo que tú prefieras. Te gustará.

—¿Dónde está?

—En el número 64 del malecón del Griboyedov.

—Por mí de acuerdo. ¿A qué hora quedamos?

—¿Te viene bien a las nueve?

—Sí, me viene bien. Allí estaré.

—Conforme. Ahora mismo hago la reserva —dijo Alexander.

Consultó su reloj y advirtió que aún tenía tiempo suficiente para ducharse y descansar del viaje un momento. Encendió un cigarro y mientras se lo fumaba, sentado en su sillón habitual, revisó mentalmente su plan y cómo se lo explicaría a Vladimir para intentar convencerlo.

Más tarde abrió la caja fuerte y retiró la pistola que guardaba, pistola que solo había usado de manera esporádica en las prácticas de tiro, pero nunca contra una persona. La desarmó y la limpió con un trapo de algodón y una baqueta de cerdas rígidas para el cañón. Luego la armó, la cargó, puso el seguro y la dejó encima de la mesa de centro.

## **Capítulo 29 . Una interesante oferta**

Alexander se puso unos pantalones de vestir de color beige, una camisa blanca de manga larga, sin corbata, y una americana de lino de color azul oscuro. Antes de salir de casa cogió la pistola y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. No tenía intención de usarla, pero Yuri le dijo en una ocasión que con ella en el cinto se sentía mucho más seguro.

Se encaminó hacia el restaurante con determinación. Llegó unos diez minutos antes de la hora convenida y esperó a Vladimir sentado a la mesa que había reservado.

Su invitado apareció unos minutos después de las nueve. Vestía traje negro, camiseta negra de cuello redondo y llevaba una pulsera de oro, una cadena de eslabones grandes, también de oro, en el cuello y un Rolex. Llegó acompañado de un guardaespaldas y, cuando encontró a Alexander, lo despidió diciéndole que ya no lo necesitaría en toda la noche. El chófer lo esperaba en el coche, un modelo Mercedes de color negro, aparcado muy cerca del restaurante.

Alexander estaba tomando una Baltika cuando llegó Vladimir y le preguntó, después de saludarse ambos, si quería también una cerveza. Este aceptó. Unos minutos después el camarero les llevó la cerveza y la carta. Alexander ojeó la carta de vinos y eligió una botella de Ribera de Duero, un vino de crianza que conocía bien, pues era uno de los que comercializaba en su empresa. A continuación Alexander pidió unos entrantes para el centro de la mesa y salmón a la plancha con verduritas al horno, en tanto que Vladimir ordenó un entrecot de ternera con patatas fritas.

Durante la cena Alexander le explicó los detalles de la desaparición de Vika y cómo los falsos secuestradores lo habían engañado. Vladimir asentía mientras comía. Bebía el vino español con deleite y sin pausa. Alexander le

preguntó si le gustaba el vino y Vladimir le replicó que mucho. Le pareció que había sido una buena elección para la carne, que encontraba muy tierna y sabrosa, hecha en su punto.

En un momento dado de la cena, Vladimir le reclamó que le contara cuál era el plan que quería proponerle. Alexander le dijo que se lo explicaría cuando terminaran de cenar. Llamó al camarero y pidió otra botella de Ribera de Duero. Vladimir sonrió y le dijo que si es que quería emborracharlo para que aceptara su propuesta.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? —preguntó Alexander.

—No, hombre, no me encuentro mal, pero he bebido más que tú.

—Si quieres anulo la botella de vino.

—Ni se te ocurra. Este vino está genial.

—De los que yo vendo es uno de los mejores.

Cuando acabaron con el segundo plato, Alexander dijo:

—Voy a pedir el postre. Te recomiendo el tiramisú. En este sitio lo hacen buenísimo.

Vladimir asintió y bebió un sorbo de vino. La segunda botella aún estaba por la mitad. Alexander llamó al camarero de nuevo y pidió dos tiramisús y dos chupitos de *grappa*.

Cuando hubieron terminado de cenar, permanecieron sentados a la mesa, saboreando el licor italiano y un café expreso muy concentrado. Alexander comenzó a contarle su propuesta, le dijo que su plan consistía básicamente en venderle la villa que poseía en La Zenia para poder saldar su deuda, pues le resultaba imposible hacer frente a ella en una semana, como le había pedido el *capo*.

—¿Venderme tu villa de la playa? ¿Para qué quiero yo una villa en España? En fin, no contaba con esto, pensaba que me habías citado para darme buenas noticias. ¡Una villa en una playa española! Qué idea más absurda.

—No creas. Es una estupenda inversión y una manera de blanquear dinero. Se escritura por menos de lo que vale y el resto se abona en negro, ya sabes.

Vladimir permaneció en silencio, pensando en la oferta y tratando de asimilar lo que Alexander le estaba proponiendo. Al final dijo:

—En caso de que me interesara, ¿cuánto pides por ella?

—Antes de decirte el precio quiero que conozcas la casa. Mira —dijo Alexander mostrándole unas fotografías del chalet que llevaba almacenadas en su móvil—. Es una villa de lujo, de dos plantas, tiene más de trescientos metros cuadrados construidos y mil metros de parcela. Dispone de una terraza solárium de ochenta metros, y de cinco habitaciones, tres baños, una amplia cocina, piscina y jardín. Y lo mejor de todo, está a menos de cien metros de la playa en una urbanización tranquila y segura.

—Está bien, pero insisto ¿para qué quiero yo una villa en la costa española?

—Hombre, como inversión y, esencialmente, para poder cobrarte mi deuda. Te la quedas y si no te interesa, la vendes. También es una buena manera de lavar dinero negro como digo —insistió Alexander.

—No sé. Dime cuál es tu oferta.

—Según mis cuentas te debo unos veintiséis millones de rublos, lo que equivale a trescientos setenta y siete mil euros al cambio actual.

—Sí, eso es lo que me debes.

—A los precios que está pagándose el metro cuadrado construido en esa zona, mi casa vale seiscientos mil euros. Sin embargo, yo te la dejo por quinientos cincuenta mil, es decir, unos treinta y ocho millones de rublos.

—Eso es mucho dinero.

—No es tanto. La villa lo vale. Además, te cobras mi deuda y el resto me lo pagas en negro.

—No estoy interesado en comprar una casa en España. Nunca se me hubiera ocurrido. No obstante, déjame unos días para pensarlo y te llamo — dijo Vladimir.

Permanecieron un buen rato con la vista puesta en la mesa.

—¿Quieres otro chupito? —dijo finalmente Alexander.

—No, ya he bebido demasiado por hoy.

Vladimir levantó los ojos de la mesa, miró a Alexander y dijo:

—No quiero que te alarmes, pero debes saber que he oído que en esa zona de España está actuando una organización que se dedica al robo de niños. No digo que a tu hija la haya raptado esta gente, que se dedica a venderlos a pederastas o para la adopción por familias que pagan bastante por un niño sano. Al parecer incluso los venden para la donación de órganos.

—Lo sé. He oído hablar de ello, pero no sabía que también actuaran en España. Espero que no sea el caso de Vika —dijo Alexander después de notar un escalofrío en la columna vertebral.

Vladimir pensó que debía haberse callado.

—No quise decirte nada antes para no alarmarte. Yo también espero que

no sea lo que le haya ocurrido a tu hija. Ni yo ni mis contactos en España nos dedicamos a eso, estuve en un orfanato y ese tipo de negocios me repugna. Nunca haría una cosa así, pero hay gente para todo.

—Nikolai me habló de tus orígenes antes de presentarnos en aquella partida de póquer.

—Bueno..., ya te diré si te compro la villa. Pero si no lo hiciera, no te olvides del plazo que te he dado: una semana y empezamos hoy la cuenta atrás, así que ve buscando el dinero por si acaso.

—No tengo suficiente dinero para pagarte todo en este momento. Si no te interesa mi casa de la playa te ruego que me permitas abonarte en plazos mensuales lo que te debo.

—Bueno, ya veremos, te digo algo en unos días, puede que la semana que viene —dijo Vladimir levantándose de la mesa.

Antes de marcharse añadió:

—Gracias por la cena. El restaurante me ha gustado mucho y la comida también. El vino estaba estupendo.

—Me alegro.

—Tengo al chófer esperando ahí fuera, ¿quieres que te acerque a tu casa?

—No. Me apetece ir caminando y tomar un poco de aire fresco.

Vladimir se marchó y Alexander llamó al camarero, pagó la cuenta, se puso la chaqueta, que había dejado en el respaldo de la silla, comprobó que la pistola estaba en el bolsillo y salió a la calle.

Mientras caminaba por el malecón del Griboyedov se dijo para sí que Vladimir no era tan fiero como él pensaba, o quizá lo había cogido en un buen momento.

Eran casi las doce de la noche y la claridad del día, debido al fenómeno de las noches blancas, aún iluminaba la ciudad como si estuviera amaneciendo. Caminó hasta incorporarse a la avenida Nevsky. Giró a la izquierda y anduvo hasta el puente del Palacio. Lo cruzó y se dirigió hacia su casa. Cuando llegó se quitó la chaqueta y guardó la pistola en la caja fuerte. Poco después llamó a Olga para charlar un rato y saber cómo estaban ella y Dima. Le deseó las buenas noches y se fue a la cama. Estaba cansado y, aun así, tardó un buen rato en poder conciliar el sueño.

Vladimir, después de dejar el restaurante, se acomodó en el asiento de atrás de su coche e hizo una llamada telefónica a España. Habló con un amigo que poseía una inmobiliaria en Torre Vieja.

## **Capítulo 30. Una visita al museo Hermitage**

El miércoles 5 de julio por la mañana, a eso de las ocho y media, Alexander salió del garaje de su casa conduciendo el BMW. Se dirigió a la empresa para asistir a una reunión que había convocado a las nueve. El orden del día incluía una intervención de cada uno de los directores para explicar los problemas más apremiantes de su departamento, si los había, y el balance provisional de la empresa correspondiente al primer semestre.

Los jefes hablaron de cómo iban los asuntos de su responsabilidad. No había temas importantes que requirieran la toma urgente de decisiones, todo estaba controlado. La empresa iba bien y las cuentas indicaban un beneficio antes de impuestos superior al previsto. Los productos españoles se vendían bien en Rusia, en especial los vinos y cavas, que marcaban una clara, aunque leve, tendencia al aumento de las ventas.

Cuando terminó la reunión, Alexander se hizo acompañar del director financiero hasta su despacho. Este estaba al corriente de las operaciones de blanqueo que llevaban a cabo y de dónde procedían los ingresos periódicos de dinero negro que se reflejaban en la contabilidad de la empresa. Sentados uno frente al otro, Alexander le pidió que le preparara un plan de pagos mensual para atender las facturas pendientes de Vladimir en el menor tiempo posible, sin dejar de cumplir los plazos acordados en los pagos a proveedores y, por descontado, de abonar las nóminas a los empleados de la empresa cada mes. También le pidió que explorara la viabilidad de conseguir un préstamo bancario para considerar la posibilidad de liquidar toda la deuda de una sola vez.

Alexander dedicó parte de la tarde de ese miércoles a relajarse. Necesitaba desconectar, al menos durante unas horas, de la terrible realidad que había dejado en España: la desaparición de su hija. Y a olvidarse también

del principal problema económico que lo acuciaba en estos momentos: la deuda pendiente con Vladimir.

Esa tarde, después de almorzar, condujo su coche hasta el garaje, lo aparcó y subió a su casa a cambiarse de ropa. Decidió encaminarse hacia el Palacio de Invierno para visitar el museo Hermitage. Como es lógico, ya había recorrido sus estancias en diferentes ocasiones, pero hacía miles de años que no volvía a franquear sus puertas para admirar algunas de las miles de obras de arte que albergan sus salas.

Al llegar al museo, se encontró con una buena cola a la entrada, pero consiguió tener paciencia y esperó su turno, observando a la gente que aguardaba delante y detrás de él. Casi todos eran turistas extranjeros, aunque había también compatriotas suyos, en especial, grupos personas jubiladas. De cuando en cuando llegaba un grupo de asiáticos, especialmente chinos, o de europeos de cualquier nacionalidad que accedían enseguida al museo por la cola especial para visitantes que disponían de entradas previamente adquiridas por las agencias de viaje.

Cuando al fin consiguió entrar en el recinto del museo, después de esperar casi una hora, advirtió que el vestíbulo y las puertas de acceso a las salas de exposición habían cambiado de lugar, era todo distinto a como él lo había conocido. Una vez que superó los controles de seguridad, pasó rápidamente y, después de consultar un plano, se adentró en las salas dedicadas a los maestros de la pintura italiana y flamenca, donde se detuvo algo más para contemplar la colección de los cuadros de Rembrandt, pintor al que admiraba. Por último se dirigió al edificio del Estado Mayor, enfrente del Palacio de Invierno, donde visitó las salas de los impresionistas en las que encontró las colecciones de Monet, Renoir, Cezanne, Gauguin, Matisse, Van Gogh, entre otros, y del español Pablo Picasso.

Dos horas después dejó el museo, cansado de caminar a ritmo lento entre la multitud que se aglomeraba en cada una de las estancias y sacaba fotografías sin medida para, seguramente, no volver a mirarlas nunca más.

En la calle hacía calor y decidió caminar sin rumbo hasta que de súbito una nube negra descargó un chaparrón. Se refugió en una cafetería de la avenida Nevsky, se sentó a una mesa junto a un ventanal y pidió un café con leche. Mientras se lo tomaba, estuvo observando, a través del cristal, la calle por la que caminaba la gente, cubriéndose con chubasqueros o paraguas, y los coches y trolebuses que circulaban por la calzada despacio a causa del denso tráfico.

Cuando amainó la lluvia, pagó el café y volvió a la calle. Tomó un taxi y le dio al conductor la dirección de su casa. Entró, se acomodó en *su* sillón del salón y volvió a pensar en Vika y en Olga y en Dima.

Más tarde llamó a su amigo Anatoli.

—Hola, Anatoli, ¿hay partida mañana?

—Claro, como todos los jueves. ¿Estás en San Petersburgo?

—Sí. Llegué ayer.

—Yo te hacía en España con tu familia.

Alexander le contó brevemente lo que le había ocurrido a Vika.

—Cuánto siento oírte decir eso. No sabía nada. ¿Cómo estáis?

—Imagínate, muy mal. He tenido que venir a San Petersburgo para una reunión inaplazable, pero vuelvo el viernes a España.

Después de un silencio breve, Alexander le dijo a su amigo que iría el jueves a jugar al póquer.

—Serás bienvenido.

—Preparad el dinero que esta vez os voy a desplumar a todos —dijo intentando aparentar una seguridad en sí mismo que no tenía en esos días aciagos, una falta de autoestima que sobrellevaba con resignación desde que ocurrió lo de Vika.

—Tendrás que aprender mucho de póquer para ganarme a mí —dijo Anatoli siguiendo la ironía de su amigo.

La noche del jueves, después de cenar en el restaurante italiano de la avenida Nevsky, cerca del puente Anichkov, donde solía acudir con Yuri los días de partida, se dirigió al piso de su amigo Anatoli. No había llegado aún ningún jugador y Alexander aprovechó que estaba solo con su amigo para hablarle de lo que le había ocurrido a Vika y de cómo lo habían estafado unos falsos secuestradores rusos. Anatoli había oído hablar de ese tipo de delincuentes, pero no que fueran compatriotas suyos los que lo practicaran en España.

—Yo hubiera hecho lo mismo que tú, Alexander. Habría entregado el dinero para rescatar a mi hija.

—Gracias. Cuánto tardan nuestros compañeros de partida. Estoy ansioso por empezar.

—Es cierto, están retrasándose mucho —dijo Anatoli mirando su reloj—. No creo que se demoren mucho más.

En eso llamaron al timbre del interfono y Anatoli fue a abrir la puerta. Subieron dos hombres que eran habituales en la partida de los jueves y después de disculparse por el retraso, se sentaron a la mesa de tapete verde. Comenzaron a jugar de inmediato. Poco después de iniciar el juego llegó un

quinto jugador, que se incorporó a la partida.

Alexander comenzó perdiendo, bastante dinero, pero media hora después de comenzar la partida le cambió la suerte, entró en una excelente racha y ganó. Ganó mucho. Consiguió esa noche casi un millón cuatrocientos mil rublos —algo más de veinte mil euros—. Estaba eufórico.

La partida acabó bien tarde. Guardó el dinero en una bolsa de plástico que le solicitó a su amigo Anatoli, se despidió, salió a la calle y detuvo un taxi. Al llegar a su residencia, guardó el dinero en la caja fuerte y se fue a la cama inmediatamente. Se encontraba bien. Como hacía tiempo que no se sentía. Unos minutos después de acostarse se levantó de la cama y se preparó la maleta. Al día siguiente debía emprender viaje de regreso a La Zenia. Volvió a acostarse y pensó en que antes de trasladarse al aeropuerto Pulkovo debía coger una parte del dinero para llevárselo a España.

A la mañana siguiente, día 7 de julio, después de un sueño reparador de casi seis horas seguidas, hizo lo que había planeado con el dinero ganado en la partida de póquer y lo guardó en su bolso de piel. A continuación pidió un taxi, se dirigió al aeropuerto y tomó un vuelo con destino a Alicante.

Cuando llegó al aeropuerto de El Altet, Olga y Dima estaban esperándolo junto con Yuri. Después de los saludos, subieron todos en el coche y se dirigieron a La Zenia. Dima iba en el asiento del acompañante y Olga y Alexander detrás. Este preguntó si sabían algo nuevo de Vika. La respuesta fue negativa.

Después de un largo silencio hablaron de diversos temas. Olga se interesó por cómo iban los asuntos de la empresa. Alexander dijo que todo iba bien y que la ciudad estaba llena de turistas. Les comentó que había tenido tiempo de visitar el Hermitage. En La Zenia no había ocurrido nada importante que reseñar. Estuvieron unos minutos en silencio y al cabo Alexander preguntó a

Yuri si había hablado con la Guardia Civil sobre la marcha de las investigaciones en relación con Vika. Le dijo que sí, y que no habían conseguido nada nuevo.

—Siguen buscándola, eso sí, pero no tienen ningún indicio ni pista alguna que seguir —añadió Yuri—, excepto las pruebas que les entregaste sobre los falsos secuestradores, pero sobre ese asunto no me han dado ninguna información.

—¡No están haciendo nada por encontrarla! Eso es lo que ocurre. ¡Mañana iré a hablar con ellos y les diré que son unos inútiles! Ha pasado más de un mes desde la desaparición de mi hija y no han hecho nada, absolutamente nada —dijo Alexander, gritando muy excitado.

Dima giró la cabeza y miró a su padre. Hacía tiempo que no lo veía tan enfadado, tan fuera de sus casillas. Olga se extrañó de su reacción, aunque le pareció lógica, y le cogió una mano para mostrarle su apoyo. Le dijo que se tranquilizara. Yuri conducía en silencio, atento a la calzada. No se atrevió a decir nada más. No quería llevarle la contraria a su jefe, pues él entendía que el despliegue de la policía española había sido considerable, y sabía que los casos de niños desaparecidos eran muy difíciles de resolver.

Cuando llegaron a la Villa, abrieron la verja con el mando a distancia y entraron en la parcela. Yuri estacionó el coche en el garaje. Se apearon todos y se encaminaron hacia la puerta de entrada de la casa.

## **Capítulo 31 . Confiar en la policía**

Al día siguiente Alexander le ordenó a Yuri que lo llevara al puesto de la Guardia Civil de Torrevieja. Al llegar allí solicitó ver al oficial al mando, y este los recibió a los dos de inmediato. Las preguntas que hizo Alexander, más tranquilo que la noche anterior, pero en un tono serio, directo y crítico con la labor de la Benemérita, fueron:

—¿Cómo *ir* las investigaciones para localizar a mi hija? ¿Han conseguido alguna pista?

—Mire, entendemos cómo deben de sentirse ustedes y lamentamos mucho no haber encontrado aún a su querida hijita. Seguimos buscándola, pero cada día que pasa es más difícil y...

—¡Usted no *poder* entenderlo! —dijo Alexander elevando el tono de voz e interrumpiendo al guardia civil—. Estamos destrozados y creemos que ustedes no *hacer* lo suficiente para hallarla.

—Usted sabe que no siempre se pueden resolver este tipo de casos. Muchas veces se pierde el rastro y no hay manera de localizar al desaparecido. Según las estadísticas, anualmente hay miles de denuncias por desapariciones en España y solo un centenar de ellas se queda sin resolver. Hacemos todo lo que podemos, se lo aseguro. En el caso de su hija, como en la mayoría de los niños desaparecidos, estamos dedicando muchos recursos y pese a ello, desgraciadamente, no hemos logrado encontrarla todavía. La investigación sigue activa y todas las hipótesis continúan abiertas. Lo siento mucho, de verdad, pero esa es la realidad.

—¿Quiere decir que ya no *haber* esperanzas de encontrarla?

—No. En absoluto. Digo que aún debemos tener confianza en que podamos hallar a su hija con vida. Es verdad que el tiempo corre en contra

nuestra, pero, como les he dicho, la mayor parte de los casos acaba resolviéndose.

Alexander asintió. Se miró el dorso de las manos, como solía hacer, como si de esa forma consiguiera serenarse. Le hubiera gustado levantarse y darle un puñetazo al oficial, pero comprendió que eso no habría solucionado el caso de Vika. Respiró profundamente y expulsó el aire. Al cabo de un rato levantó la mirada y la clavó en el oficial.

—Conforme. ¿Y qué puedo yo hacer?

—Confiar en la policía. Si lo necesitáramos lo llamaríamos. Y, en todo caso, cualquier novedad que se produzca, se la haremos saber. Por cierto, hemos identificado ya a las tres personas que lo extorsionaron a usted gracias a las fotografías que nos facilitó. Los tres tienen antecedentes penales por robo, extorsión y otros delitos contra las personas. Forman parte de una red de delincuentes peligrosos y están reclamados por la Interpol. El juez ha dictado una orden de búsqueda y captura nacional.

—¿Y ya *estar* detenidos?

—Todavía no. La casa de la ronda José Samper García, donde vivían, según la información que usted nos proporcionó, era de alquiler y la dejaron inmediatamente después de conseguir el dinero del rescate. Por cierto, según el propietario se fueron sin pagar varios meses de renta. Huyeron y actualmente están en paradero desconocido.

—Espero que *conseguir* detenerlos cuanto antes y *meter* en la cárcel para evitar nuevos delitos.

—Tenga la seguridad de que daremos con ellos. En cuanto a la búsqueda de su hija, confíe en que hemos hecho y seguiremos haciendo todo lo posible por encontrarla.

Yuri se mantuvo callado durante toda la entrevista. De cuando en cuando asentía y tomaba alguna nota en su cuaderno. Estaba de acuerdo con el oficial en que los casos de niños desaparecidos eran difíciles de resolver y, en cuanto a los secuestradores falsos, se culpaba a sí mismo de no haber convencido a su jefe de que acudiera a la policía mucho antes para pedir ayuda, pero aun cuando lo hubiera conseguido, no habría servido de nada: ellos no tenían a Vika. Eso sí, Alexander no habría perdido tanto dinero.

Iban los dos en el coche camino de la villa, sin pronunciar palabra. En un momento dado, Alexander miró a Yuri y le preguntó qué opinaba sobre la conversación que acababa de mantener con el guardia civil. Este le dijo que la policía, a veces, estaba desbordada por el trabajo, pero él tenía el convencimiento de que cuando se trataba de niños desaparecidos utilizaban todos los medios y recursos disponibles para encontrarlos.

—Lo cierto es que no siempre lo consiguen. Pese a ello, desde fuera, en especial, cuando se trata de los padres afectados, la labor de las fuerzas de seguridad no se valora como se merece —añadió Yuri, sin dejar de mirar la carretera.

—Tú lo ves de manera distinta a la mía. Estoy desesperado. No quiero aceptar que no vayamos a recuperar a Vika. No puedo aceptarlo.

—Y así debe ser, Alexander. Nosotros seguiremos haciendo todo lo que podamos, y dejaremos a la policía española que continúe trabajando.

—Pero no sé qué más podemos hacer nosotros.

—Yo reviso mis notas cada día e intento encontrar algo, algún indicio que pueda ayudarnos, pero por desgracia hasta ahora no he podido hallar nada que me haya llamado la atención. Sin embargo, tengo la esperanza de

descubrir algo en algún momento.

—¿Fuiste a ver al senegalés del mercadillo? —preguntó Alexander.

—Sí, estuve una noche hablando con Madou, pero no me dijo nada nuevo. Ratificó lo que le había dicho a la Guardia Civil, piensa que la niña que vio era Vika, pero no recuerda nada de la mujer que la llevaba cogida de la mano.

—Dime si puedo ayudarte en algo, Yuri.

—Lo haré. De momento intenta estar tranquilo.

Al llegar a la villa, Olga preguntó qué les había dicho la policía y Alexander le contó que todo seguía igual. Lo mismo que su esposo, ella tampoco quería aceptar que habían perdido a Vika para siempre.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, Alex.

—Lo sé, Olga, pero ¿qué podemos hacer nosotros sino confiar en la policía?

Olga suspiró profundamente. Se sentó en una de las tumbonas y puso la vista en el agua de la piscina, un agua azulada, quieta, transparente, y evocó a su hija bañándose, riéndose, jugando con su amiga Yelena y con su hermano Dima y se echó a llorar.

## **Capítulo 32 . Luna llena**

La noche del 9 de julio Yuri salió de la villa con intención de dar un paseo. Quería relajarse. Pensar con claridad. Encendió un pitillo y se encaminó hacia la playa. Una vez allí, apagó el cigarro en la arena, se desnudó y se metió en el mar. Hacía una noche cálida y la luna llena se reflejaba en el agua tranquila marcando la silueta de un torrente de luz plateada. Su luminosidad intensa disipaba el resplandor de las estrellas. Nadó hasta donde no podía hacer pie, se mantuvo unos minutos a flote, y al cabo dio la vuelta para dirigirse hacia la orilla. Salió del agua y se tendió un rato en la arena con las manos cruzadas debajo de la nuca y la vista clavada en el cielo. Estuvo un buen rato reflexionando y de pronto sintió un escalofrío en la espalda.

«¿Cómo no se me había ocurrido antes?», se dijo a sí mismo en voz alta.

A la mañana siguiente Yuri esperó a que María llegara a la villa. Cuando esta se disponía a empezar sus tareas, la abordó y estuvo interrogándola. Se interesó por conocer cómo había muerto su hijita.

—Me dijo Olga que se te murió una hija.

—Sí, de eso hace mucho tiempo. Se llamaba María como yo y tenía ocho años. Una niña preciosa, era muy lista y cariñosa.

—Lo siento. ¿Fue debido a una enfermedad?

—No. La encontraron muerta en una acequia de riego.

Yuri movió la cabeza y arrugó el entrecejo. Dijo:

—Lo siento mucho... ¿Cómo ocurrió?

María se quedó callada unos segundos con la vista puesta en el suelo. Después levantó la cabeza y miró fijamente a los ojos de Yuri. Con el

semblante tenso, contestó:

—La violaron y después la estrangularon y la dejaron tirada en un azarbe como a un perro.

Yuri volvió a mover la cabeza. Le puso la mano en el hombro y dijo:

—Qué horrible. Debiste pasarlo muy mal.

María bajó la vista y no dijo nada.

Yuri le preguntó:

—¿Descubrieron quién lo había hecho?

—No. No consiguieron saber quién lo hizo. Me quedé con las ganas de que atraparan al asesino y pagara por su crimen, pero no pudieron encontrarlo. Sospecharon de un hombre que vivía en Rojasles, pero no pudieron demostrar si había sido él.

—¿Ese hombre tenía antecedentes?

—No —dijo María y, muy seria y sin quitar la vista de los ojos de Yuri, añadió—: Desde entonces la imagen de mi hija sin vida en aquella acequia me ha obsesionado continuamente. No puedo quitármela de la cabeza, aunque con el tiempo he conseguido acostumbrarme a vivir con ese mal recuerdo.

—Lo entiendo, María. Y lo siento mucho. Debe de haber sido muy duro para ti vivir con ese mal recuerdo.

María calló. Yuri le preguntó si había tenido más hijos.

—No, Dios ya no quiso concedernos más.

—¿Y adoptar?, ¿no pensasteis en adoptar uno?

—Pensamos en ello, en adoptar una niña rusa como vosotros, o china,

como había hecho una amiga mía que no podía quedarse embarazada, pero desechamos la idea cuando esta amiga me explicó la cantidad de dinero que se había gastado, los largos trámites administrativos que había tenido que soportar, los viajes y lo mucho que tardaron en concederle un niño en adopción. Ahora está contenta con su hijo adoptivo. Juan me dijo que hiciera lo que yo quisiera y me lo pensé, pero decidí que no. No estaba dispuesta a pasar por todo ese lío.

—Te comprendo perfectamente. Mi mujer y yo no tenemos hijos y no hemos querido adoptar tampoco. Se corre un gran riesgo y no siempre sale bien.

María asintió, se despidió de Yuri y continuó con sus tareas domésticas.

Más tarde María le dijo a Olga:

—Olga, hoy tengo que marcharme a las once. Juan no está muy católico y quiero llevarlo al médico, tenemos cita en el ambulatorio a las doce.

—¿No está muy católico?

—Perdona, quiero decir que está enfermo. Lleva tres días con diarrea y fiebre, y sin poder comer nada sólido. Menos mal que está grueso y tiene reservas.

—¿Enfermo?

—Enfermo, sí —dijo señalándose el vientre. A continuación le mostró la hora en su reloj de pulsera y le hizo un gesto con la mano para indicarle que se iba—. Si quieres vuelvo mañana para planchar la ropa y terminar de asear la casa.

—OK. *Venir* mañana.

María salió de la villa a toda prisa y se montó en su coche, un modelo de

Jeep todoterreno de segunda mano, bastante viejo. Yuri había dejado el Laguna estacionado en la calle por si la familia necesitaba ir a algún sitio. Salió de la casa detrás de María y subió al coche. Siguió a cierta distancia al Jeep, que se había metido en la carretera de la costa en dirección hacia Alicante. Antes de llegar a Torrevieja el todoterreno dejó la N-332 y rodeó la rotonda para salir por la CV-995, la carretera de las múltiples rotondas que enlaza con el tramo gratuito de la autopista AP-7<sup>[24]</sup>.

Antes de llegar a la autopista, en la última rotonda, salió hacia Benijófar por la carretera CV-995a y después de cruzar el pueblo giró a la derecha en dirección a Rojales. Sin llegar a esta ciudad se desvió hacia la huerta, cruzó el río Segura y poco después tomó un camino angosto de tierra que apenas daba para el paso de un vehículo.

Yuri se detuvo en el arcén de la carretera asfaltada para evitar ser visto por María. Poco después se introdujo en el camino de tierra y continuó hasta llegar a una casa de dos plantas, de fachada bastante dañada por la humedad y el paso del tiempo. La casa estaba ubicada en un terreno rodeado de un huerto de limoneros y naranjos, que disponía, delante de la casa, de una zona amplia, en la que había algunos árboles de sombra. En esta explanada Yuri vio el Jeep de María aparcado. No se detuvo. Siguió por el sendero de tierra y a menos de un Km dio la vuelta en un ensanche del camino. Regresó a la calzada asfaltada y aparcó en el arcén, muy cerca de un letrero publicitario de un supermercado muy conocido en la comunidad valenciana.

Se dispuso a esperar lo que hiciera falta, imaginando que María volvería con el Jeep para incorporarse a la calzada y llevar a su esposo al médico. Encendió la radio. Sintonizó la emisora Radio Clásica y en ese momento oyó los coros inconfundibles del *Dies Irae* de la *Misa de réquiem* de Mozart, e imaginó a los buenos sentados a la derecha de Dios, y a los malos a la

izquierda, en espera de que el Todopoderoso los enviara al cielo o al infierno, una vez concluido el Juicio Final.

Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Al cabo de un rato volvió a divisar el todoterreno de María, que conducía ella, en el que viajaba también su marido. Salía del camino de tierra para incorporarse a la carretera en dirección a Rojasles, adonde probablemente se dirigía para asistir a la consulta del médico, si era cierto lo que le había dicho a Olga hacía poco menos de una hora.

Yuri arrancó el Laguna cuando perdió de vista al Jeep y accedió de nuevo al camino estrecho de tierra en dirección a la casa. Estacionó el coche en la explanada y se apeó. Dejó el vehículo abierto con la llave de contacto puesta por si necesitaba huir a toda prisa. Se dirigió a la puerta de entrada de la casa y al advertir que estaba cerrada con llave, la buscó por entre las macetas de geranios que había junto a la fachada, en el alféizar de las ventanas enrejadas, miró en una pila vieja de piedra en la que había un rosal. Finalmente la encontró en el buzón del correo colgado en la fachada, a la derecha de la puerta. El buzón estaba cerrado, pero consiguió abrirlo forzando la cerradura con un cortaúñas que solía llevar con él.

Abrió la casa con la llave, una llave grande y oxidada, y entró.

En voz alta preguntó:

—¿Hay alguien aquí?!

—No recibió respuesta alguna.

A continuación se dio prisa en comprobar que no había nadie en ninguna de las estancias de la planta baja. Tampoco encontró a nadie en el patio, ni en el cuarto de baño. Después volvió a entrar en la casa y subió por una escalera de obra con pasamanos. Abrió la puerta de la entrada al primer piso, que no

estaba cerrada con llave.

Preguntó de nuevo:

—¿Hay alguien aquí?!

Oyó el grito de una niña que procedía de una de las habitaciones y decía:

—¡Por favor, sácame de aquí!

La niña comenzó a llorar.

Yuri reconoció la voz de Vika. Empujó con fuerza la puerta de madera de la habitación, pero no consiguió abrirla. Sacó la pistola que llevaba detrás, sujeta con la correa del pantalón, y dijo:

—Vika, no te asustes. Soy Yuri y he venido a rescatarte. Sepárate de la puerta.

Vika obedeció y se colocó en un rincón de la habitación, en cuclillas.

Yuri efectuó un solo disparo certero a la cerradura. A continuación abrió la puerta de una patada y encontró a Vika agazapada junto al armario ropero. Lloraba y balanceaba el tronco hacia delante y hacia atrás, del mismo modo que se mueve una persona autista o que está aterrada.

Al ver a Yuri corrió hacia él y se echó en sus brazos. Yuri la abrazó levantándola en peso.

—Tranquila, Vika. Todo ha terminado. Dentro de muy poco podrás abrazar a tus padres y a tu hermano.

Vika no dijo nada.

Yuri llamó a Alexander por teléfono para darle la buena noticia.

Alexander le dijo, emocionado, llorando de alegría:

—Gracias. Muchas gracias. Dinos donde estáis.

—Esperadme en la villa. Yo os la llevo tan pronto llegue la policía.

Yuri había llamado a la Guardia Civil y les dijo que había encontrado a la niña rusa desaparecida.

—Vengan lo antes posible, por favor.

—¿Dónde está? —preguntó el agente.

—Estoy en una casa de la huerta de Rojas. En la carretera que va desde Benijófar a Rojas. Le envió mi localización desde mi teléfono móvil. Por favor no tarden. Dense prisa.

Varios coches de la Guardia Civil y una ambulancia se dirigieron hacia el lugar que había señalado Yuri y se presentaron en la casa en algo menos de media hora. Estacionaron los vehículos en la explanada frente a la casa. Varios agentes accedieron a la vivienda y encontraron a Yuri con la niña rusa desaparecida, sentados en un diván.

Yuri les explicó a los guardias civiles lo que acababa de hacer y quiénes eran los dueños de la casa donde habían retenido a Vika.

El doctor que acudió en la ambulancia reconoció a la niña, le hizo algunas preguntas y redactó un parte médico antes de devolverla a Yuri. En el informe se indicaba que la niña no había sufrido ningún tipo de abuso.

Yuri se despidió de la Guardia Civil y subió con Vika en el Laguna. Se dirigió a La Zenia lo más rápido que le permitían las señales de tráfico.

Durante el trayecto, Vika le preguntó cómo estaban sus padres y si su hermano se había recuperado bien de la operación de la pierna.

—¿Qué operación? —preguntó Yuri, asombrado.

—Me dijo María que lo había atropellado un coche cuando iba con la bicicleta por la urbanización, por eso mis padres no podían venir a recogerme.

—Tu hermano está bien. No lo ha atropellado ningún coche.

Vika lo miró con extrañeza y asintió.

—¿Y cómo está mi amiga Yelena?

—Está bien, pero se marchó a San Petersburgo. Quiso regresar a casa con sus padres y yo la acompañé.

—¿No va a volver?

—No lo sé, quizás debas hablarlo con tus padres.

Al llegar a la villa todos esperaban con ansiedad la llegada de Vika. Se besaron y abrazaron, y lloraron de alegría por el reencuentro. Vika les dijo que estaba muy feliz de estar de nuevo en casa y preguntó enseguida si Yelena iba a volver.

—Se ha tenido que marchar, cariño, pero si quieres le pediremos que vuelva —dijo Olga.

Vika estaba contenta de volver con su familia, pero eran tantas las emociones que había experimentado durante el tiempo que estuvo retenida que su semblante reflejaba una profunda tristeza. Dijo que quería estar un rato a solas con su madre.

Olga la cogió en brazos y la llevó a su cuarto.

Después de que Yuri se marchara con Vika de la casa de dos plantas, llegaron Juan y María. Se encontraron con los coches de la Guardia Civil y comprendieron que aquella aventura había terminado. Sin embargo, no se

detuvieron frente a la casa. Siguieron por el camino de tierra y dieron la vuelta para escapar, pero los agentes vieron el Jeep y los detuvieron. Después de leerles sus derechos, los esposaron. A continuación los llevaron a cada uno en un coche policial hasta el cuartel de la Guardia Civil, donde ingresaron en los calabozos. Más tarde los interrogaron por separado y María confesó de manera espontánea que habían raptado a Vika. Juan confirmó y firmó la declaración de su mujer tal como ella lo había explicado, sin añadir ni modificar nada.

Pasaron la noche en los calabozos del puesto de la Guardia Civil de Torrevieja, y al día siguiente fueron puestos a disposición judicial, acusados del secuestro de una menor.

## **Capítulo 33 . Por qué**

El médico que sometió a Vika a un examen exhaustivo en el hospital les dijo a sus padres:

—Veo a la niña bien. Su estado de salud es bueno, aunque parece que ha perdido algo de peso y está muy pálida. Nada que no pueda remediarse con unos días de sol en la playa y una buena alimentación. No obstante, les recomiendo que la lleven a un psicólogo, ha estado muchos días sin verles a ustedes y ha soportado una situación extrema de aislamiento y miedo. No he detectado ningún signo de violencia física ni sexual. He pedido unos análisis clínicos para verificar su estado general de salud. Les llamaré tan pronto estén disponibles los resultados.

Cuando acabaron en el hospital y se marcharon a casa, Olga no se separó de Vika en todo el día. Por la noche se acostó con ella en su cama y, antes de que la niña se durmiese, estuvieron hablando un buen rato de un montón de cosas. Olga le preguntó a su hija si recordaba qué había ocurrido desde la tarde-noche en que desapareció en el mercadillo de los hippies. Vika comenzó a relatarle a su madre lo que recordaba, y lo primero que le dijo fue:

—¿Por qué María quería que la llamara mamá si no es mi madre?

—No lo sé, cariño. Yo creo que es porque te quería mucho, tanto que imaginaba que era tu madre. Ella tuvo una niña de tu edad y la perdió, tal vez fue por eso por lo que quería que fueras su hija.

—Pero mi madre eres tú, no ella.

—Claro que sí, y te quiero mucho.

—Si creía que era mi madre por qué me retuvo en aquella habitación sin apenas dejarme salir.

—No lo sé. Tendría miedo de que te escaparas para reunirte con nosotros.

O querría evitar la posibilidad de que alguien te descubriera. Hemos estado buscándote cada día desde muy temprano hasta por la noche. María tendrá que explicar su conducta ante un juez. Pero, dime, ¿te hicieron algún daño?

—No, mamá, solo que no me dejaban salir de la habitación. De vez en cuando me sacaban a la puerta de la casa para que tomara un rato el sol y respirara el aire limpio de la calle y luego me volvían a encerrar.

—¿Te daban bien de comer?

—Sí, pero algunas cosas no me gustaban.

—¿Nunca en este tiempo te pusiste enferma?

—No. Nunca.

—¿Cómo te perdiste en el mercadillo? Todo esto te lo van a preguntar los policías.

—Estaba con Yelena mirando los puestos de venta, eso lo recuerdo como si me hubiera pasado ayer, y de pronto dejé de verla y os busqué, pero no conseguí encontraros y me asusté. Me asusté mucho, mamá. Seguí buscándoos y me crucé con María y Juan. Ellos estaban paseando por allí. Cuando me vieron, me preguntaron si me había perdido y yo les dije que sí. Me preguntaron también por vosotros, y les dije que no sabía dónde estabais y que seguramente estaríais buscándome.

—¿Y ellos qué hicieron? ¿Trataron de encontrarnos? —preguntó Olga.

—No. Me dijeron que me llevarían a su casa en el coche y os llamarían por teléfono para deciros que estaba con ellos y que vinierais a recogerme. Me subí en su coche y más tarde me quedé dormida.

—¿Te dormiste?

—Sí. Estaba muy cansada.

—¿Acaso te dieron alguna medicina para dormir?

—No lo sé, me dieron agua de una botella que llevaban en el coche. Tal vez me dormí por el sonido que hacía el motor. Cuando desperté estaba en una cama de una habitación pequeña, una habitación que tenía cuarto de baño y un armario ropero de dos puertas, blanco, como los de IKEA. Cuando María vino a verme, ella estaba muy contenta. Me hizo unas trenzas, como solía hacerme en la villa, y me dio un vaso de leche y dos madalenas. Yo no sabía qué hora era, no llevaba mi reloj en la muñeca, pero supuse que era por la mañana porque entraba luz por las rendijas de las ventanas. No entendía por qué no habíais venido aún a recogerme y le pregunté si os había llamado.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que sí os había llamado, y que no habíais podido ir a recogerme porque Dima había tenido un accidente con la bici y lo habíais tenido que llevar al hospital.

—¿Un accidente con la bicicleta? —dijo Olga.

—Sí, me dijo que lo había atropellado un coche y se había roto una pierna, y que le habíais pedido a María que me quedara con ella hasta que pudierais recogerme.

—¿Y no te extrañó?

—No, mamá. Pensé que era verdad y me dio mucha pena por Dima, pero sí me pareció raro que tardarais tanto en venir a llevarme con vosotros a casa. Le preguntaba a María, y ella me decía que habían tenido que operarlo de la pierna y estaba ingresado en el hospital. Fueron pasando los días y yo le volvía a preguntar y me di cuenta de que no había ninguna razón para que papá o Yuri no vinieran a por mí.

—¿Cómo te trataban?

—Ya te lo he dicho, bien. Pero no me dejaban salir de mi cuarto, ni siquiera para comer con ellos en el comedor. Me traían la comida a mi habitación. Así que llegó un momento en que pensé que me estaban mintiendo, y no podía entender por qué me mentían ni por qué me tenían allí encerrada. Ni siquiera me dejaban ver la televisión, ni oír música en la radio.

—Es porque no querían que supieras lo que decían los telediarios o las noticias de la radio sobre tu desaparición. Hablaban mucho de ti y de nosotros.

—Tenía muchas ganas de veros —dijo Vika y se frotó los ojos.

Olga añadió:

—Has debido de pasarlo muy mal, cariño. Ahora tienes que olvidarte de todo lo que te ha sucedido. Estás de nuevo en casa, con nosotros, gracias a Yuri que ha sido quien te ha encontrado.

Vika asintió moviendo la cabeza varias veces. Miró a su madre y le dijo:

—Mamá, estoy cansada y tengo sueño.

—Duérmete, mi vida, no temas nada. Yo estaré aquí contigo.

Vika cerró los ojos y se quedó dormida al instante. Olga estuvo velando su sueño y observándola sin quitarle la vista de encima ni un solo segundo. La vio más delgada y triste que antes de su desaparición, y decidió que nunca más se separaría de ella ni dejaría de vigilarla como había hecho, confiada, aquella aciaga tarde en el mercadillo de los hippies de Torre Vieja.

## **Capítulo 34 . Iré a recogerte al aeropuerto**

Alexander se sentó con Yuri en el jardín y le preguntó si deseaba tomar una cerveza. Yuri aceptó y Alexander entró en la casa a buscarlas. Estuvieron conversando un buen rato esa noche. Alexander le reiteró su agradecimiento por haber encontrado a Vika, y le preguntó por qué había sospechado de María y su esposo.

Yuri bebió un trago de la botella, se limpió la boca con el dorso de la mano y le replicó:

—Había un par de cosas que me llevaron a desconfiar de María. La primera, quizá la más importante, fue que no tiene hijos, perdió de manera violenta a su única hija, que tendría ahora aproximadamente la misma edad que Vika, pérdida que debió de afectarla mucho; y la segunda cosa que me hizo sospechar de ella fue que el día que llevé a Olga y a Yelena de compras a Torre Vieja nos encontramos con María y Juan en el parking del Puerto Pesquero, y ella llevaba en la mano una bolsa de papel con el nombre grabado de una tienda de ropa de niños. ¿Por qué había comprado ropa infantil si no tenía hijos?, me dije a mí mismo.

—Puede haber varias explicaciones para justificar eso —dijo Alexander.

—Desde luego, puede haberlas. Y además nadie secuestra a una menor por el mero hecho de no tener hijos. Le pregunté si había tenido la intención de adoptar y me respondió que sí, pero pensaba que era un proceso largo y costoso. Así que ella, que le había tomado un cariño muy especial a Vika, según he podido notar en estos largos días, debió de pensar que con el paso del tiempo podría convertirla en su propia hija y se la llevó.

—Es cierto, pero nadie en su sano juicio va raptando niños por ahí cuando no puede tenerlos o no quiere adoptarlos.

—Tienes toda la razón, Alexander, pero era la única pista que tenía y quise comprobar si Vika estaba retenida en casa del matrimonio, como por suerte así ha sido. Por eso los seguí, me aseguré de que ellos no estuvieran en la vivienda e irrumpí en ella, la busqué y ¡bingo!, tuve la gran suerte de hallar a tu hija en una de las habitaciones. Yo mismo no podía creerlo, pero así fue.

—De modo que, gracias a tu intuición, ahora Vika está de nuevo con nosotros. Has realizado un gran trabajo que ha dado su fruto.

Yuri asintió con la cabeza, y no dijo nada más.

Alexander lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Cuando nos entrevistaron a Olga y a mí en la televisión, poco después de la desaparición de mi hija, prometí una recompensa a quien diera alguna pista que pudiera llevarnos a encontrarla. Esa recompensa te la has ganado tú, es de justicia.

—Gracias, Alexander, yo solo intentaba hacer lo mejor posible mi trabajo. Para eso me pediste que viniera y por ello me pagas.

—Lo sé, pero nadie mejor que tú se merece ese dinero. Tendrás que esperar a cobrarlo con la nómina de julio. En dicha nómina figurará como una gratificación extraordinaria.

Alexander no dijo cuánto sería, quizás porque aún no había decidido la cantidad, y Yuri no se atrevió a preguntarlo.

—Estupendo. El dinero siempre viene bien. Alexander, quería saber si puedo regresar a San Petersburgo o me necesitas todavía aquí.

—Queremos quedarnos en La Zenia, tal como habíamos previsto, hasta finales de agosto. Vika necesita recuperarse y tomar el sol, pero permanecer aquí dependerá de cómo evolucione, ha sufrido mucho estrés debido al

secuestro y la notamos excesivamente triste.

—Yo también la he notado muy triste —dijo Yuri.

—Hemos de intentar entre todos que vuelva a ser la niña sana y alegre que era, pero si no se encontrara bien tendríamos que contratar a un psicólogo para que la ayude a superar el trauma que ha padecido. Creo que será mejor acudir a un psicólogo ruso, por el idioma. De modo que después de lo que le ha ocurrido, necesito que te quedes con nosotros, más que nada por motivos de seguridad, pues yo tendré que viajar posiblemente alguna que otra vez a San Petersburgo para seguir de cerca los asuntos de mi empresa y no quiero que Olga y los niños se queden solos en la villa.

Yuri asintió con la cabeza de nuevo y dijo:

—*Jarashó.*

—Con todo, seguro que prefieres regresar a San Petersburgo y estar con tu esposa. Pero ¿por qué no le vuelves a proponer que venga y pasáis unos días juntos aquí? Ya te dije que podéis quedaros en mi casa todo el tiempo que queráis.

—Entiendo y te lo agradezco mucho. La llamaré e intentaré convencerla de que venga y pase aquí al menos unos días.

—Conforme.

Alexander se levantó y entró en la vivienda para irse a la cama. Yuri se quedó en el jardín, y permaneció tendido en una hamaca con las manos cruzadas debajo de la nuca, contemplando el cielo estrellado, pensando en lo que le había dicho Alexander y en las ganas que tenía de volver a estar con Natasha. Al cabo de un buen rato sacó su teléfono móvil y la llamó.

—Hola, Natasha.

—Hola, Yuri... Es muy tarde. ¿Qué ocurre? Estaba ya durmiendo.

—Perdona... No me he dado cuenta de lo tarde que es. Quería hablar contigo. Te echo de menos.

—Y yo a ti.

Yuri le explicó que había sido él quien había encontrado a Vika y lo contento que estaba por haberlo hecho. También le dijo que su jefe le había prometido una gratificación.

—Me alegro mucho por Vika y por ti. Me siento muy orgullosa de que la hayas encontrado tú.

—Gracias.

—¿Cuánto te va a dar de gratificación?

—No me lo ha dicho.

—¿Y no se lo has preguntado?

—No. Ya me enteraré cuando vea la nómina de este mes.

—Felicidades por tu éxito y por la gratificación. Esperemos que sea buena.

—Natasha, ¿por qué no te vienes y pasamos aquí unos días juntos? Ya he terminado mi tarea, así que tu excusa ya no puede ser que no quieres interferir en mi trabajo.

—Me apetece mucho pasar unos días contigo, Yuri. Pero ahora que has culminado con éxito tu misión en España ¿por qué no regresas a San Petersburgo?

—No puedo. Mi jefe me ha pedido que permanezca aquí. Tiene miedo de que a los niños o a Olga les ocurra algo como le sucedió a Vika. Lo que me

queda por hacer aquí es pura rutina, una labor de seguridad y de chófer.

—En ese caso...

—No te lo pienses más. Tengo muchas ganas de verte. Mañana reserva el vuelo.

—De acuerdo, lo haré —concedió Natasha.

—Te llamo o me llamas tú cuando consigas el billete y concretamos, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Iré a buscarte al aeropuerto de Alicante. Un beso muy fuerte.

—Otro para ti.

Yuri llegó al aeropuerto de El Altet con más de media hora de antelación sobre la hora prevista de llegada del vuelo procedente de San Petersburgo, con escala en Moscú y llegada a las 23.15. Estacionó el Laguna en el parking y entró en la terminal. No dejó de caminar por la sala hasta que el tablero electrónico anunció que el vuelo en el que venía Natasha estaba aterrizando.

Cuando vio a su esposa salir por la puerta con su maleta de ruedas se encaminó hacia ella y ambos se fundieron en un abrazo prolongado.

Al llegar a la villa todos salieron a saludar a Natasha. Los niños habían cenado ya y enseguida se fueron a dormir. Olga y Alexander los esperaron y cenaron con ellos. Se quedaron charlando y tomando una copa hasta muy tarde.

Olga congenió con Natasha y, como un día había hecho con Yelena, dedicó una mañana a ir de compras con ella por el centro de Torre Vieja. Yuri las llevó en el Laguna a las tres, Olga, Vika y Natasha. Él se dio un paseo por

el puerto y más tarde se sentó en la terraza del casino a tomar una cerveza fría con aceitunas rellenas mientras las esperaba.

Yuri y Natasha pasaron cinco días felices, tomando el sol, cenando en los mejores restaurantes de la zona, y gozando como dos jóvenes enamorados de aquel precioso lugar de la costa mediterránea.

## **Capítulo 35 . Regreso a San Petersburgo**

A pesar de haber recuperado a Vika, Alexander seguía sin poder dormir por la noche más de tres horas seguidas. Se despertaba muy temprano y ya no podía conciliar el sueño. Lo desvelaba el que Vladimir no lo hubiera llamado desde el día en que se reunió con él en San Petersburgo y le propuso que le comprara la villa para saldar la deuda.

«El hecho de que no me haya llamado aún puede significar que no está interesado en la compra, y si no lo está, ¿cómo podré pagarle? Si no le pagara Vladimir podría hacerme daño a mí o a mi familia», se repetía a sí mismo.

Por otra parte, también le preocupaba el no haberle contado a Olga el origen de sus copiosas pérdidas, ni la cuantía de la deuda que le reclamaba Vladimir. Tampoco le había hablado de las amenazas de este en caso de no pagarle. Alguna vez le mencionó que le explicaría quién era el *capo*, pero no lo había hecho ni le había revelado a qué se dedicaba, ni la procedencia del dinero que periódicamente le entregaba *la organización* ni cómo lo blanqueaba a través de la empresa.

Olga estaba convencida de que todos los ingresos de su marido provenían de sus negocios de importación y distribución de productos de alimentación y vinos españoles. Alexander nunca había tenido la voluntad de confesarle que se jugaba grandes sumas de dinero al póquer, ni que blanqueaba el dinero procedente de una de las organizaciones mafiosas más importantes de San Petersburgo. Sin embargo, ahora necesitaba decirle a Olga que intentaba vender la villa, y no podía confesarle que quería venderla para saldar la deuda que le reclamaba Vladimir.

Deseaba conocer la opinión de su esposa sobre dicha venta, y en caso de que no estuviera de acuerdo, intentaría convencerla.

Esa noche, después de cenar, los dos se sentaron en el porche. Hacía viento fuerte de levante y la temperatura no era tan alta como otros días. Alexander se levantó y se dirigió a la cocina. Volvió enseguida con una bandeja en la que portaba una botella de whisky, dos vasos y una cubitera.

—¿Quieres una copa? —le preguntó a Olga, y dejó la bandeja en la mesa rectangular del porche.

—Sí, pero ponme muy poco —dijo Olga mirando la botella.

—¿Quieres hielo?

—Sí, por favor, solo dos cubitos.

Alexander puso en los vasos los cubitos de hielo con la mano y después vertió el whisky. Le dio a su mujer uno de los vasos y él cogió el otro. Lo levantó y dijo:

—¡Por nosotros!

Olga respondió levantando también su vaso y acercándolo al de su esposo hasta hacer chocar el cristal sutilmente. Bebieron un sorbo y mantuvieron las copas en la mano.

—Olga, ¿cuándo piensas que debemos regresar a San Petersburgo?

—No lo tengo claro. Depende de cómo se encuentre Vika. Pienso que le puede venir bien tomar un poco el sol y bañarse en la playa. Espero que no haya perdido el apetito y recupere pronto su peso normal. Así que, si todo va bien, podríamos regresar a finales de agosto como habíamos previsto, quizá la penúltima semana para preparar los libros y la ropa del colegio.

—Estoy de acuerdo contigo. Iremos viendo su evolución. Tal vez tengamos que contratar a un psicólogo como recomendó el médico.

—Sí, pero eso lo podemos ir valorando en función de cómo la veamos, y

aplazarlo hasta que regresemos a San Petersburgo.

—Conforme.

Permanecieron en silencio, bebieron un sorbo de whisky y al cabo de un rato Alexander le dijo:

—Recuerdas que en una ocasión te hablé de mi intención de vender la villa y de no volver más por aquí.

—Sí, lo recuerdo. ¿Has vuelto a pensar en ello?

—Sí, Olga. Después de lo que le ha ocurrido a Vika, no quiero volver a La Zenia, me traería malos recuerdos.

—No lo sé, Alex. Me da pena vender la casa. Me encanta este lugar. Espero que con el paso del tiempo nos olvidemos de lo ocurrido.

—Quizá podríamos ir a otro país a pasar el verano, ¿no crees?

—¿A otro país? No. A mí me encanta España. Me he acostumbrado a la villa, a esta playa, al clima, y no quiero hacerme a otro sitio. La verdad es que lo que nos ha hecho María ha sido increíble, pero quizá eso mismo podría haber ocurrido en otro lugar, incluso en Rusia.

—Haremos lo que tú desees —concedió Alexander, y enseguida añadió —: De todas formas, quiero sondear cómo está el mercado inmobiliario y si me ofrecieran un buen precio me gustaría volver a discutirlo contigo.

—Muy bien, como te parezca.

Alexander bebió otro trago de whisky y recapacitó. Pensó en que tenía que hablarle a su esposa con sinceridad y contárselo todo: sus pérdidas en el juego, su deuda acumulada, quién era Vladimir, qué *negocios* mantenía con él. Pero no lo hizo. Se dijo a sí mismo que quizás lo haría en otro momento si finalmente Vladimir aceptaba la villa como pago de la deuda.

Terminaron sus bebidas y permanecieron mirando las estrellas en un cielo limpio durante un buen rato. El viento de levante no había amainado y la temperatura era idónea para dormir bien esa noche. Poco más tarde se marcharon a la cama.

Al día siguiente Alexander llamó por teléfono a Vladimir. Era temprano y este no contestó. Alexander pensó que quizá aún estaría durmiendo y decidió que lo volvería a llamar más tarde.

A mediodía Vladimir le devolvió la llamada, y le recriminó que aún no hubiera recibido en su banco el pago de, al menos, una parte de la deuda.

—Entendí que me darías una respuesta sobre la compra de mi casa de la playa y no me has llamado. ¿Recuerdas? Confiaba en que me dirías algo.

—He estado muy liado y, además, no me interesa tu casa. ¿Para qué quiero yo una villa en España?

—Te vendría bien como inversión y para blanquear dinero, ya te lo dije.

—Mira, si te soy sincero, he estado informándome de los precios en la zona a través de un amigo que tiene una inmobiliaria en Torrevieja, y dice que el precio que pides es muy alto.

Alexander supuso que si había preguntado a un amigo era porque le interesaba la casa.

—¿Por qué no vienes a verla? —le dijo—. Cuando la veas comprenderás que el precio que te pido es muy razonable, un precio ajustado, la casa vale mucho más. Si no fuera por lo que te debo, no la vendería.

—No, no puedo viajar a España. Pero... quizás mande a mi amigo de la inmobiliaria para que la vea y me dé su opinión.

—Conforme. Cuando tú quieras. Dile que me llame antes de presentarse en mi casa. ¿Es ruso?

—Sí. Te digo algo.

Cuando colgó el teléfono, Alexander suspiró aliviado. Se puso el bañador y fue en busca de Olga, Vika y Dima que se habían marchado a la playa a darse un baño. Los tres estaban tendidos en la arena, tomando el sol, cuando Alexander llegó.

Se metieron los cuatro en el agua y jugaron con el balón de plástico a intentar que no se les cayera, como solían hacer al principio de las vacaciones. Vika reía como antes, como si nada le hubiera ocurrido. Olga al verla contenta se sentía muy feliz.

Unos días después Alexander recibió la visita del hombre de la inmobiliaria, un hombre estirado, de pocas palabras. Alexander le enseñó la casa y el de la inmobiliaria se marchó sin decir si le gustaba o no, aun cuando Alexander había insistido en pedirle su opinión.

Vladimir lo llamó ese mismo día por la noche y le dijo que le compraba la casa, pero le ofreció por ella bastante menos de lo que le había pedido Alexander.

Cerraron el trato en una cifra redonda: medio millón de euros, aproximadamente treinta y cinco millones de rublos.

—Prepara la escritura de compraventa y cuando esté lista para firmar me avisas. Irá mi apoderado a firmarla. Es la misma persona que fue a ver la casa.

—Conforme. Así lo haré. Has hecho una buena compra.

Finalmente Alexander convenció a Olga de que aceptara vender la villa, cuando en realidad ya estaba vendida. Ella no se opuso, aunque no renunció a volver a España, al mismo lugar en el que había pasado sus vacaciones con los niños durante cinco veranos seguidos. Alexander finalmente le explicó la razón por la que tenía que vender: la deuda contraída por sus pérdidas en el juego. Pero no le habló de Vladimir ni de los *negocios* que lo unían con él.

A Vika ya se le notaba el color bronceado, la señal del bañador, había recuperado su peso normal y cada día que pasaba estaba más alegre y contenta de estar de nuevo con su familia.

Alexander viajó a San Petersburgo para quedarse una semana, y seguir de cerca los asuntos de la empresa. Volvió la semana siguiente y se quedó con la familia en la playa hasta el momento del regreso.

Dima siguió dando sus paseos en bicicleta por la urbanización con su amigo Misha, y se bañaba en la piscina con Vika; en ocasiones también con Misha, o en la playa con los demás miembros de la familia.

Olga volvió a la lectura.

Una semana antes de finalizar el mes de agosto todos regresaron a San Petersburgo, las clases del nuevo curso escolar comenzaban el día uno de septiembre y había que hacer los preparativos oportunos. Una vez allí Vika llamó a su amiga Yelena, la invitó a su casa y le contó la experiencia que había vivido en aquella habitación de la vivienda de dos plantas rodeada de naranjos y limoneros. Y esa tarde jugaron al P'yanitsa.

Yuri aparcó, como de costumbre, el BMW cerca de la puerta de entrada de las oficinas. Introdujo el disco de *Las cuatro estaciones* en el reproductor del coche y se dispuso a escucharlo mientras esperaba que su jefe terminara su jornada laboral.

## **Agradecimientos**

A mi familia por su apoyo y comprensión, en especial, a mi esposa, siempre mi primera lectora, por sus sugerencias.

A la escritora Mayte Uceda por la revisión de este libro, por sus importantes sugerencias y consejos, por su inestimable apoyo.

A todos aquellos que han leído mis libros y han contribuido a mejorarlos con sus comentarios y recomendaciones. A ellos les debo el seguir escribiendo.

A mis amigos de las redes sociales por su continuo y generoso apoyo.

A mis amigos senderistas que no han dejado de leerme nunca.

Muchas gracias.

El autor

## **Sobre el autor**

Manuel Navarro Seva (Boris Rudeiko) nació en Callosa de Segura (Alicante, España), en 1947. Es ingeniero de Telecomunicaciones y escritor. Ha publicado cuentos en diversos foros literarios; en las revistas *Panace@*, *Prosofagia* y en su propio blog. Es coautor de los libros de cuentos *Atmósferas*, *Necroslogía*, *una Antología de la muerte*, *Del Miedo y otras islas* y *Algo que me urge contarte*; autor de los libros de cuentos *Cosas que nunca confesé a nadie*, *Sobre la sangre derramada*, *Otras cosas que no te conté*, *El hámster*, *El final de algo* y *La estación*; y de las novelas *Nevsky prospekt*, *Diario de un expatriado*, *Una mujer increíble*, *Isla Perdida*, *Desaparecida* y *No mires atrás, amor*.

Todos sus libros están publicados en Amazon.

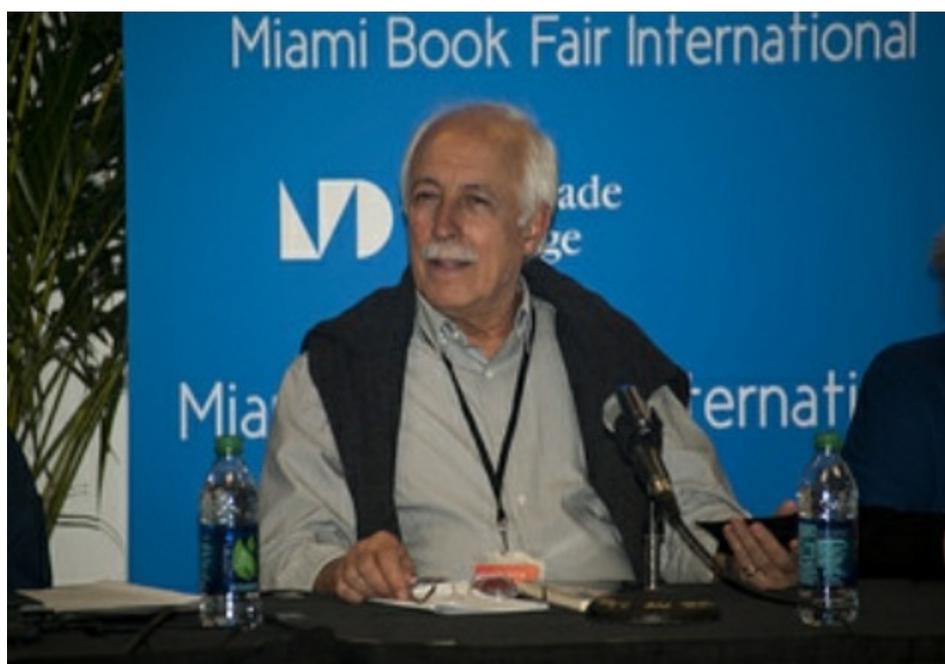
Ha sido cofundador y miembro del equipo de redacción de la revista literaria *Prosofagia*, y colaborador de las revistas *A golpe de tecla* y *Making Of Ezine*.

**Blog:** <http://manuelnavarroseva.blogspot.com/>

**Email:** [mdnseva@hotmail.com](mailto:mdnseva@hotmail.com)

**Twitter:** @ManuelNavarroSe

**Facebook:** Manuel Navarro



En la Feria Internacional del Libro de Miami, con motivo de la presentación de mi libro *El hámster*.

Noviembre de 2014

Estimado lector:

Si te gustó esta obra, por favor, recomiéndala y deja un comentario en Amazon o una reseña en tu web o blog. Otros lectores te lo agradecerán.

Muchas gracias,

Manuel Navarro Seva.

---

[1] Dulces recubiertos de azúcar o chocolate, elaborados con harina, mantequilla, huevo, leche, azúcar y aceite para freír. Son muy similares a los donuts americanos. En San Petersburgo al *ponchik* se le llama *pishka*.

[2] El juego consiste en mostrar a la vez una carta y quien tiene la mayor gana y se lleva la del contrincante —o contrincantes si son cuatro jugadores—, que coloca debajo de su mazo. En el caso de que las cartas descubiertas sean iguales, se descubre una nueva carta.

[3] Jarashó significa vale, bien o de acuerdo.

[4] Uno de los puentes más antiguos y bellos de San Petersburgo, sobre el río Fontanka, célebre por sus cuatro estatuas de un hombre domando a un caballo.

[5] Plaza del Heno, en cuyos alrededores Dostoievski tuvo tres residencias distintas y donde se desarrolla la trama de la novela *Crimen y castigo*.

[6] Una de las escuelas de ballet clásico más influyentes del mundo. Es la escuela asociada al Ballet Mariinski de San Petersburgo.

[7] La Zenia está situada en la costa oriolana, en la provincia de Alicante, entre Cabo Roig y Punta Prima. Es una pequeña localidad turística constituida por villas y chalets construidos en las proximidades de sus dos playas de arena fina y dorada. Las personas que residen en este lugar son jubilados españoles y extranjeros, en especial, ingleses, escandinavos, alemanes y rusos, aunque también jóvenes parejas españolas que trabajan en localidades cercanas, como, por ejemplo, Torrevieja, y viven de alquiler durante todo el año.

[8] Una población de más de diecisiete mil habitantes, que incluye Ciudad Quesada, urbanización en la que viven muchos extranjeros, principalmente ingleses y alemanes. Rojales está ubicada al sur de

la provincia de Alicante, en la comarca de la Vega Baja del Segura, río que la bordea y atraviesa en su último recorrido hasta desembocar en el mar Mediterráneo, en la localidad de Guardamar del Segura. Un bello puente de sillería de tres ojos, construido en el siglo XVIII, y más tarde reconstruido, se conserva en buen estado y permite cruzar el centro de Rojales a coches y peatones.

[9] El popular mercadillo de los hippies es uno de los lugares más visitados de Torrevieja. Flanqueado por más de ciento cuarenta puestos de venta de diversos artículos artesanos, ropa, perfumes, bisutería, bolsos de cuero, cuadros, fundas de móviles o tabletas y toda clase de souvenirs para turistas, el mercadillo está situado en el paseo de la Libertad, junto a la feria de verano.

[10] Unidad Central Operativa de la Guardia Civil.

[11] Plaza donde se encuentra la iglesia de la Inmaculada Concepción y el ayuntamiento de Torrevieja.

[12] En el mes de julio se celebra en Torrevieja, todos los años, el Certamen Internacional de Habaneras y Polifonía.

[13] Una población situada a orillas del golfo de Finlandia, a unos treinta kilómetros de San Petersburgo. Repino es un lugar de descanso para muchos de los habitantes de la ciudad fundada por el zar Pedro I.

[14] Más conocido como el paseo de Las Rocas, construido sobre las rocas de la costa de Torrevieja, paseo donde en la actualidad existen varias piscinas y playas artificiales fruto de su remodelación en el año 1999.

[15] La catedral de Nuestra Señora de Kazán es la principal catedral de San Petersburgo, sede del obispo ortodoxo de esta ciudad. Está dedicada a la Virgen de Kazán, icono de la Virgen María, patrona de la ciudad de Kazán. El templo se construyó entre 1801 y 1811 siguiendo el modelo de la basílica de San Pedro de Roma. Está situada en la avenida Nevsky, junto al canal Grivoyedov.

[16] Un edificio emblemático de la ciudad de Torrevieja de estilo modernista, situado en el paseo Vistalegre, frente al Puerto Pesquero. Fundado en 1867 con el nombre de Casino de Torrevieja, a escasos metros del mar, es la institución más antigua de la ciudad que hoy día se conoce como la Sociedad Cultural Casino de Torrevieja. Sus salones han albergado durante años actividades sociales y culturales de todo tipo, tales como exposiciones de arte, eventos musicales, bailes, conferencias y otros tipos de acontecimientos culturales.

[17] La Torre del Moro está ubicada en cabo Cervera, a cinco km de Torrevieja, en dirección a La Mata. Es una torre de vigilancia almenada, de forma troncocónica que ha sido restaurada en varias

ocasiones. Fue declarada como bien de interés cultural en 1995.

[18] Nils Gäbel fue el primer turista sueco que llegó a Torrevieja en su yate, en el año 1963, lo fondeó en la bahía del puerto y decidió instalarse en esta ciudad, donde fundó la llamada Colonia Sueca.

[19] El paseo del Dique de Levante es una pasarela elevada de madera y metal que termina en el faro del puerto de Torrevieja. Tiene una longitud de 1350 metros, y es un lugar muy frecuentado por los turistas para caminar y disfrutar de la vista panorámica del mar abierto, a un lado, y de la dársena del puerto, al otro lado.

[20] La plaza Waldo Calero de Torrevieja se encuentra en el paseo Vistalegre, muy cerca del casino. Se caracteriza por la fuente en cascada y los bancos de cerámica que imitan las olas del mar.

[21] Situada en la calle José Martínez Ruiz Azorín, esquina con el paseo de la Libertad, junto al casino.

[22] La playa de Los Locos debe su nombre a un sanatorio psiquiátrico que se construyó a principios del siglo xx, donde hoy se encuentra la zona residencial de El Palmeral. En verano llevaban allí a los enfermos mentales con la creencia de que el mar y el clima de la costa podían ayudar a su curación. El sanatorio cerró unos meses antes de comenzar la Guerra Civil Española.

[23] El mercado de los viernes de Torrevieja es uno de los más grandes de la Costa Blanca. Puede haber más de 1200 puestos de artículos a la venta: verduras, embutidos y jamones, quesos, ropa, artículos para el hogar, zapatos, cinturones, juguetes, herramientas y otras cosas más. Suele acudir mucha gente para aprovechar las ofertas o, simplemente, para curiosear.

[24] Llamada autopista del Mediterráneo. Comunica toda la costa mediterránea desde Francia a Algeciras.